J. N. DARBY

LA ESPERANZA ACTUAL

DE LA IGLESIA

LA ESPERANZA ACTUAL DE LA IGLESIA
Y PROFECIAS QUE ESTABLECEN LA VERDAD
DEL REGRESO PERSONAL DEL SALVADOR

EXPUESTA EN ONCE CONFERENCIAS

en Ginebra (1840)

por J. N. DARBY

Traducido de la quinta edición francesa
por *Santiago Escuain*

Cortesía de

VERDADES BÍBLICAS

P.O. Box 649 • ADDISON • IL 60101 • EE. UU

Apartado 1469 • LIMA 100 • PERÚ

Casilla 1360 • COCHABAMBA • BOLIVIA

J. N. DARBY

LA ESPERANZA ACTUAL

DE LA IGLESIA

LA ESPERANZA ACTUAL DE LA IGLESIA

Y PROFECIAS QUE ESTABLECEN LA VERDAD

DEL REGRESO PERSONAL DEL SALVADOR

EXPUESTA EN ONCE CONFERENCIAS

en Ginebra (1840)

por J. N. DARBY

Traducido de la quinta edición francesa

por *Santiago Escuain*

Cortesía de

LA ESPERANZA ACTUAL DE LA IGLESIA

o

PROFECIAS QUE LA ESTABLECEN

PREFACIO DEL TRADUCTOR

La Iglesia de Dios: ÀCu‡l fue su origen? Àcu‡l es su naturaleza, y cu‡l su destino? ÀQuŽ

prop—sitos tiene Dios para con ella? ÀCu‡l es su relaci—n o distinci—n con Israel? ÀQuŽ hay de la Segunda Venida de Cristo? ÀQuŽ es la Primera Resurrecci—n? Estos y otros temas son tratados con profundidad y esmero en esta serie de conferencias que fueron pronunciadas por John N.

Darby en 1840, hace pues ya 150 a–os, en la ciudad de Ginebra. Las conferencias tuvieron un enorme impacto, y el libro producto de las mismas hizo Žpoca, dirigiendo los pensamientos de muchos creyentes a las ense–anzas de la Escritura acerca de la verdadera naturaleza y vocaci—n de la Iglesia, y su esperanza. Por fin la lengua castellana tiene a su disposici—n esta obra fundamental, breve en extensi—n, pero con un contenido verdaderamente vital para la ense–anza de la verdadera esperanza de la Iglesia.

Estas conferencias poseen una calidad muy especial, de gran profundidad doctrinal y pr‡ctica a la vez. Este libro es un cl‡sico en el estudio de la Iglesia y de su esperanza, en el estudio de Israel y su llamamiento y futuro y en el estudio del papel y del futuro de las Naciones, exponiendo de una manera luminosa los principios de la Palabra de Dios acerca de estas cuestiones.

Su resultado es que impulsa al creyente a ajustar su vida a las realidades de la vocaci—n con que ha sido llamado. Presenta con un peculiar apremio la gran realidad del Dios soberano de la historia, del Dios fiel a Sus promesas, del Dios que mandar‡ a Jesucristo, como Rey de reyes y Se–or de los que gobiernan, para recoger a Su Iglesia, juzgar a las naciones, y recoger y salvar al remanente de Israel, y a cumplir todas las promesas dadas a Abraham, Isaac, Jacob y David.

En esta obra tambiŽn se muestra, frente a aquella actitud que quisiera desprestigiar su estudio, la vital necesidad de considerar atentamente la palabra profŽtica, Ça la cual hacŽis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el d’a esclarezca y el lucero de la ma–ana salga en vuestros corazonesÈ (1 P 1:19), a fin de mantenernos m‡s y m‡s cerca de Aquel que dijo: ÇYo soy la ra’z y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la ma–ana ...

Ciertamente vengo en breveÈ (Ap 22:16, 20). AmŽn; s’, ven, Se–or Jesœs.

Santiago Escuain

Caldes de Malavella (Espa–a)

Oto–o de 1990

êNDICE

PRIMERA CONFERENCIA

(2 Pedro 1)

Introducci—n

El cristiano debe tratar de conocer no s—lo la salvaci—n que es en Cristo, sino tambiŽn todos los frutos de esta salvaci—n. No s—lo debe asegurarse de que est‡ en la casa de su Padre, sino tambiŽn gozar de los privilegios de la casa.

Dios Çnos llam— por su gloria y excelenciaÈ (2 P 1:3).

Dios nos da, en la gloria de Cristo y de la Iglesia, un porvenir que ﬂ mismo ha llenado con Sus designios, y el estudio de esta preciosa verdad ocupa nuestros pensamientos de la manera m‡s œtil; y desde luego Žste es uno de los objetivos que ﬂ se ha propuesto al comunicarnos la profec’a, la cual nos da, al revelarnos sus intenciones en calidad de amigos de ﬂ (Jn 15:15; Ef 1:9), el participar en los pensamientos que le ocupan a ﬂ. No pod’a darnos ﬂ una prenda m‡s entra–able de Su amor y confianza (Gn 18:17), ni nada que pudiera tener para nuestras almas una eficacia m‡s santificadora. En efecto, si el car‡cter de los hombres se manifiesta en los objetivos que persiguen, nuestra conducta en el presente estar‡ marcada por el porvenir de nuestra esperanza; tendr‡ necesariamente su reflejo y color. Los que s—lo ambicionan posici—n, los que no sue–an m‡s que en las riquezas, los que buscan su felicidad en los placeres del mundo, actœan cada uno de ellos segœn lo que tienen en sus corazones; sus vidas respectivas est‡n gobernadas por los objetos en los que han depositado sus afectos. Lo mismo sucede con la Iglesia. Si los fieles comprendieran *su* vocaci—n, la cual es la participaci—n en una gloria venidera plenamente celestial, Àque suceder’a? Vivir’an aqu’ abajo como extranjeros y peregrinos. Al conocer las profec’as tocantes a esta tierra, comprender’an mejor la naturaleza de las promesas dadas a los jud’os, las distinguir’an de las que nos ata–en a nosotros los cristianos; juzgar’an el esp’ritu del siglo, y se librar’an de las preocupaciones humanas, y de inquietudes siempre funestas para la vida cristiana; aprender’an a apoyarse en Aquel que lo ha dispuesto todo, que conoce el fin de las cosas desde el principio, y a entregarse totalmente a la esperanza que les ha sido dada, y a la observancia de los deberes que se derivan de ella.

Se dice generalmente que el verdadero empleo de las profec’as es mostrar la divinidad de la Biblia por medio de las que ya se han cumplido. Y es verdad que es uno de los usos que se pueden hacer, pero no es el objeto especial por el que fueron dadas. Han sido dadas no al mundo, sino a la Iglesia, para comunicarle los pensamientos de Dios, y para servirle de gu’a y antorcha antes de la llegada de los acontecimientos que anuncian, o durante el curso de estos acontecimientos. ÀQue dir’amos de alguien que s—lo empleara las confidencias de un entra–able amigo para convencerse m‡s tarde de que ha dicho la verdad? ÁAy de nosotros! ÀHasta d—nde hemos

llegado? ÀHemos perdido hasta tal punto el sentimiento de nuestros privilegios y de la bondad de Dios? Entonces, Àno hay nada para la Iglesia en todas estas santas revelaciones? Porque, desde luego, no es la Iglesia la que debe preguntarse si Dios, su amigo celestial, ha dicho la verdad.

Pero aœn hay m‡s: la mayor'a de las profec'as, y, en cierto sentido, se puede decir que todas ellas, se cumplen al final de la dispensaci—n con la que tenemos que ver; ahora bien, cuando llegue el cumplimiento de las mismas ser‡ demasiado tarde para convencerse de su veracidad, o para emplearlas para convencer a otros; el juicio abrumador que caer‡ sobre los que dudan ser‡ su demostraci—n bien evidente. Tomemos un ejemplo de las predicciones del Se–or. ÀA quŽ buen fin servir'a la advertencia del Se–or de que huyeran en tal o cual circunstancia, si no comprend'an por adelantado lo que ßl dec'a, ni cre'an por adelantado en la veracidad de Su palabra? Era precisamente este conocimiento y esta fe lo que los distingu'a de todos sus compatriotas incrŽdulos. Y lo mismo sucede con la Iglesia: los juicios de Dios caer‡n sobre las naciones; la Iglesia ha sido advertida de ello; gracias a la ense–anza del Esp'ritu Santo, ella lo comprende, lo cree, y escapa a las desventuras que han de sobrevenir.

Pero se objetar‡: Žstas son ideas puramente especulativas. ÁArdid de Satan‡s! Si yo, elev‡ndome por encima del presente, por encima del sentimiento de mis necesidades y circunstancias moment‡neas; si, saliendo del dominio de los seres materiales, me proyecto al porvenir, a este campo entregado a la inteligencia humana, todo ser‡ vago y sin influencias, a no ser que lo llene o bien con mis pensamientos, o bien con los pensamientos de Dios. ÁMis pensamientos! Mis pensamientos son mera especulaci—n. Los pensamientos de Dios: es la profec'a la que los expone y desarrolla; por cuanto la profec'a es la revelaci—n de los pensamientos y de los consejos de Dios acerca del porvenir. ÀQuiŽn hay que tenga el nombre de cristiano y que no se goce de la perspectiva de que Çla tierra ser‡ llena del conocimiento de Jehov‡, como las aguas cubren el marÈ? Pues bien, Áhe aqu' una profec'a! Si nos preguntamos: Ày c—mo se cumplir‡?, no es de boca del hombre que debe salir la respuesta; la palabra de la misma profec'a nos instruye acerca de esta cuesti—n, y acalla las imaginaciones y la vanagloria de nuestros orgullosos corazones.

En efecto, aunque la comuni—n de Dios nos solaza y nos santifica; aunque esta comuni—n, que debe ser eterna, nos ha sido ya dada, Dios ha querido actuar en nuestros corazones por medio de esperanzas positivas, y ha sido necesario que nos las comunicara para que fueran eficaces, y para

que nuestro porvenir no fuera vago, ni lleno de f‡bulas ingeniosamente imaginadas. ÁAh, alabado sea el Dios de gracia y de bondad! Nuestro porvenir no es ni vago ni lleno de f‡bulas ingeniosamente imaginadas. ÇPorqueÈ, dice el Ap—stol, queriendo alentar la piedad, la virtud, el amor fraternal y la caridad en las almas de los fieles, y hacer que pudieran en todo momento tener memoria de estas cosas, Çno os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Se–or Jesucristo siguiendo f‡bulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando Žl recibi— de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magn’fica gloria una voz que dec’a: ƒste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros o’mos esta voz enviada del cielo, cuando est‡bamos con Žl en el monte santo. Tenemos tambiŽn la palabra profŽtica m‡s segura, a la cual hacŽis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el d’a esclarezca y el lucero de la ma–ana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profec’a de la Escritura es de interpretaci—n privada, porque nunca la profec’a fue tra’da por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron, siendo inspirados por el Esp’ritu SantoÈ (2 P 1:16-21).

Al estudiar los rasgos m‡s generales de la profec’a, examinaremos estos tres grandes temas: la *Iglesia,* las *naciones* y los *jud’os.*

Al proseguir este estudio, hallaremos, segœn la medida de la luz que nos ha sido dada, un resultado de lo m‡s grato, esto es, el pleno desarrollo de las perfecciones de Dios segœn los dos nombres o caracteres bajo los que se ha revelado en sus relaciones con nosotros. A los jud’os se revel— como Jehov‡ (ƒxodo 6:3); a la Iglesia, como Padre. Como consecuencia, Jesœs es presentado a los jud’os en calidad de Mes’as, centro de las promesas y de las bendiciones de Jehov‡ hacia su naci—n; a la Iglesia se aparece como el Hijo de Dios, reuniendo consigo a sus ÇmuchosÈ hermanos, y compartiendo con nosotros Sus t’tulos y privilegios. Somos Çhijos de DiosÈ, Çmiembros de su familiaÈ y Çcoherederos del PrimogŽnitoÈ, el cual es la expresi —n de toda la gloria de Su Padre. En la consumaci—n de los siglos, cuando Dios reunir‡ todas las cosas en Cristo, entonces se verificar‡ el pleno sentido del nombre bajo el que se revel— a Abraham, de aquel nombre bajo el que fue adorado por Melquisedec, el tipo de sacerdote regio, que ser‡ el centro como la certidumbre de la bendici—n de la tierra y de los cielos reunidos --del nombre de Çel Alt’simo, poseedor de los cielos y de la tierraÈ.

SEGUNDA CONFERENCIA

(Efesios 1)

La Iglesia y su gloria.

De los tres objetos que indiquŽ en nuestra primera conferencia como tema de nuestro estudio, el primero que consideraremos es el de la Iglesia y su gloria. Nos introduce, como hemos dicho, a lo que pertenece al Padre, el car‡cter bajo el que Dios se nos ha revelado, y de donde derivan para la Iglesia los frutos de la gracia y de todas las circunstancias de su estado en la gloria, como se derivaban para Israel del nombre de Jehov‡. Y ahora podemos agregar otro principio destacado en la Ep’stola a los Efesios, y estrechamente relacionado con nuestro tema principal: que el Padre ha dado la Iglesia a Cristo como Su Esposa, de manera que ella participar‡ plenamente en toda Su gloria. Al adoptarnos como hijos suyos, el Padre nos ha asociado a los derechos y a la gloria del Hijo, el primogŽnito entre muchos hermanos. Como Esposa de Jesœs, nos gozamos en todos los privilegios que le pertenecen, en virtud de Su incomparable amor.

El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en Su mano. He aqu’ el primer gran principio que deseo presentar. Y de la manera en que el Hijo ha glorificado al Padre, as’ el Padre glorifica al Hijo.

Un segundo principio es que nosotros participaremos de la gloria del Hijo, como est‡ dicho (Juan 17:22): ÇY yo les he dado la gloria que me disteÈ. Y ello para que el mundo sepa que el Padre nos ama como ama al mismo Jesœs. Al vernos en la misma gloria, el mundo quedar‡ convencido de que nosotros somos objeto del mismo amor; y la gloria que tendremos en el d’a postrero ser‡

simplemente la manifestaci—n de esta preciosa y asombrosa verdad.

As’, la esperanza de la Iglesia no es s—lo la de ser salva, la de escapar de la ira de Dios, sino la de tener la gloria del mismo Hijo. Lo que constituye la consumaci—n de su gozo es ser amada por el Padre y por Jesœs; y, despuŽs, como consecuencia de este amor, ser glorificada. Adem‡s, le plugo al Padre comunicar el pleno conocimiento de estas riquezas, y de darnos las arras por la presencia del Esp’ritu Santo en todos los salvados.

Antes de desarrollar estas ideas mediante otros testimonios de la palabra de Dios, ideas que no hemos derivado m‡s que de esa fuente,

hagamos algunas observaciones acerca del cap’tulo que hemos le’do.

Ya desde las primeras l’neas, Dios se nos presenta como Padre, y en las relaciones ya indicadas.

ﬂ es Ç *nuestro Padre* È (v. 2), y Çel Padre de *nuestro Se–or Jesucristo* È.

Hasta el vers’culo 8 inclusive, el ap—stol expone la salvaci—n. Dios nos ha Ç *predestinado* para ser adoptados hijos suyos ... para alabanza de la gloria de su *gracia* È; y esta salvaci—n est‡ efectuada de una manera real: ÇTenemos redenci—n por su sangreÈ.

En los vers’culos 8-10 vemos que esta gracia de la salvaci—n nos introduce por su poder real, por el Esp’ritu Santo, en el conocimiento del determinado prop—sito de Dios en cuanto a la gloria de Cristo: esto es una prueba conmovedora, como hemos dicho ya, del amor de Dios, que nos trata como amigos, y que tranquiliza nuestra alma de una manera inefable, al permitirnos ver a d—nde llegar‡n todos los esfuerzos y toda la agitaci—n de los hombres de este mundo. He aqu’ el determinado prop—sito de Dios: Dios reunir‡ todas las cosas en Cristo, as’ las que est‡n en los cielos, como las que est‡n en la tierra.

La participaci—n de la iglesia en la gloria

A continuaci—n tenemos, desde el vers’culo 11, nuestra participaci—n, todav’a futura, en la gloria as’ dispuesta; y adem‡s se nos da el sello del Esp’ritu mientras esperamos esta gloria. ÇEn Žl asimismo tuvimos herencia ... a fin de que seamos para alabanza de su gloria.È Antes del vers’culo 8 se trataba de Çla alabanza de la gloria de su graciaÈ; ahora se trata de Çla alabanza de su gloriaÈ

(v. 12); y luego, Çhabiendo cre’do en Žl, fuisteis sellados con el Esp’ritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra *herencia, hasta la redenci—n* de la posesi—n adquirida, para alabanza de su gloriaÈ (v. 14). El resto del cap’tulo es una oraci—n del ap—stol para que los fieles comprendan su esperanza, y el poder de la resurrecci—n y de la exaltaci—n de Cristo, con quien est‡ unida la Iglesia, y que este poder de ﬂ actœa en ellos.

Esta posici—n de la Iglesia rescatada, que goza de la redenci—n, y que espera asimismo la redenci—n de la herencia, tiene su tipo perfecto en Israel. Este pueblo, rescatado de Egipto, no entr— en el acto en Cana‡n, sino en el desierto, mientras que la tierra de Cana‡n segu’a en poder de los cananeos. La redenci—n de Israel hab’a sido consumada, pero no la redenci—n de la herencia. Los herederos hab’an sido redimidos, pero la herencia no hab’a sido aœn libertada de manos de

los enemigos. ÇY estas cosasÈ, dice el ap—stol, Çles acontecieron [a los israelitas] como ejemplo, y est‡n escritas para amonestarnos a nosotros [a la Iglesia], a quienes han alcanzado los fines de los siglosÈ (1 Co 10:11).

Cristo espera el momento en el que tomar‡ la Iglesia para S’, para que todo le sea sujetado, sujetado no s—lo por derecho, sino tambiŽn de hecho, en aquel momento solemne en el que Jehov‡

pondr‡ a todos Sus enemigos por escabel de Sus pies. *Y hasta que no llegue este momento,* guardado en secreto en la profundidad de los consejos divinos,[1] ﬂ se ha sentado a la diestra de la Majestad en las alturas.

Cristo tomar‡ la herencia de todas las cosas como hombre, a fin de que la Iglesia, redimida por Su sangre, pueda heredar todas las cosas con ﬂ, coheredera purificada de una herencia que ﬂ mismo habr‡ purificado.

Recordemos, pues, estos dos principios:

1. Cristo, en los consejos de Dios, posee todas las cosas.

2. En su calidad de Esposa de Cristo, la Iglesia participa en todo lo que ﬂ tiene, en todo lo que ﬂ es, excepto Su eterna divinidad, aunque, en cierto sentido, somos hechos part’cipes de la naturaleza divina (2 P 1:4).

Cristo es heredero de todo

Pasemos a los pasajes que desarrollan los pensamientos que hemos estando contemplando. Se nos dice que todas las cosas son para Cristo. ﬂ ha sido constituido Çheredero de todoÈ (He 1:2).

Todas las cosas son de derecho suyas, por cuanto ﬂ es el Creador (Col 1:15-18). Observemos en este pasaje dos primac’as de Cristo: ﬂ, desde el principio, es llamado ÇprimogŽnito [esto es, cabeza] de toda la creaci—nÈ, luego, ÇprimogŽnito de entre los muertosÈ, cabeza de la Iglesia que es Su cuerpo. ﬁsta es una distinci—n que arroja mucha luz sobre nuestro tema. Todas las cosas han sido creados por ﬂ y tambiŽn para ﬂ. Y tambiŽn las poseer‡ como hombre, el segundo Ad‡n, a quien Dios ha querido, en Sus consejos, sujetar todas las cosas.

Esto es lo que leemos en el Salmo 8, y que es aplicado a Cristo por Pablo (He 2:6), y que es de hecho la piedra angular de la doctrina del ap—stol acerca de esta cuesti—n. ﬂ cita tres veces este salmo en sus ep’stolas, en los pasajes que presentan la idea principal de la sujeci—n de todas las cosas al Hombre Cristo, bajo tres aspectos distintos, cada uno de ellos importante para nosotros.

1 Es por esto que me parece que se dice, en Marcos 13, que el Hijo mismo no sabe el d’a ni la hora, por cuanto ﬂ mismo era el objeto del decreto de Jehov‡. ﬂ recibir‡ todas las cosas de manos de Dios en calidad de Hombre y Siervo, as’ como ahora Dios lo ha exaltado hasta lo sumo. Hablando como profeta, Cristo anunci— Su venida como el terrible juicio que sobrevendr‡ sobre la naci—n incrŽdula; pero el consejo de Dios en cuanto a este juicio, o al menos en cuanto al tiempo en que llegar‡, queda contenido en estas palabras: ÇSiŽntate a mi diestra, hasta que ...È

Cristo, como Siervo en Su humillaci—n, se sujet— (como siempre, y Žsta era Su perfecci—n) a la voluntad de Su Padre, y a recibir el reino cuando fuera la voluntad del Padre. Se tiene que observar que el Salmo 110 y Marcos 13

se corresponden perfectamente con el mismo tema. Los enemigos son los jud’os que le han rechazado (Lc 19:27).

1. Segœn Hebreos 2:6, la profec’a no est‡ aœn cumplida, pero la Iglesia tiene, en el cumplimiento parcial de lo anunciado en este pasaje, la prenda de su cumplimiento total. Todas las cosas no han sido todav’a sujetadas a Jesœs; pero, mientras tanto, Jesœs ya ha sido coronado de gloria y honra, lo que es una cierta prenda de que lo restante se cumplir‡ a su tiempo. Bajo la actual dispensaci—n, cuyo objeto es el recogimiento de los coherederos, no le est‡n sujetas todas las cosas; pero ﬂ est‡ glorificado, y los fieles reconocen Sus derechos. Tenemos entonces en Hebreos 2:1 la aplicaci—n del pasaje citado del Salmo 8:5, 6, y se nos advierte de que todav’a no se ha dado la sujeci —n de todas las cosas al segundo Ad‡n.

2. En Efesios 1:20-23 vemos igualmente a Jesœs exaltado, elevado soberanamente a la diestra de la Majestad en las alturas, y tambiŽn se pone ante nosotros la sujeci—n de todas las cosas a Sus pies, pero como teniendo por efecto la introducci—n de la Iglesia dentro de esta misma gloria. Jesœs nos es presentado dentro de esta gloria como cabeza de la Iglesia, que es Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo; Žsta es otra verdad en la que hemos insistido.

3. Luego se nos muestra, en Corintios 15, la glorificaci—n de Jesœs y la sujeci—n de todas las cosas a ﬂ, aunque desde otra perspectiva, es decir, como teniendo que darse en la resurrecci—n, en base de cuya potencia Jesœs ha sido declarado el postrer Ad‡n, y como un reino que ﬂ poseer‡ como hombre, y que deber‡ entregar a Dios Padre. Luego ﬂ mismo, como postrer Ad‡n, se sujetar‡ a Aquel que le sujet— todas las cosas -- en lugar de reinar como Hombre, como lo habr‡ estado haciendo hasta entonces, sobre todas las cosas: todas, naturalmente, menos sobre Aquel que las ha sujetado a ﬂ.

Vemos pues que se trata de una sujeci—n de todas las cosas a Cristo que es aœn futura, de un dominio que compartir‡ con la Iglesia en tanto que ella es Su cuerpo, y que tendr‡ lugar, como consecuencia, cuando tenga lugar la resurrecci—n de este mismo cuerpo, de la Iglesia; se trata, en fin, de un poder que ﬂ entregar‡ a Dios Padre, en el tiempo decretado, para que Dios sea todo en todos.

Cristo, glorificado ahora personalmente, mientras espera el recogimiento de Su Iglesia, est‡

sentado en el trono de Dios, esperando hasta que quede completada, hasta que llegue el momento en que ﬂ sea investido de Su poder regio, y que Jehov‡ ponga a Sus enemigos por estrado de Sus pies.

De los pasajes citados surge una distinci—n sumamente importante, y

ser‡ necesario destacarla: Adem‡s de la reconciliaci—n de la Iglesia tenemos la reconciliaci—n de todas las cosas. Ya habr‡

sido entrevista en la lectura de la Escritura con la que hemos comenzado nuestra reuni—n. Hemos visto que el determinado prop—sito de Dios es reunir todas las cosas en Cristo; que la reconciliaci—n de la Iglesia nos es presentada, en los vers’culos que preceden al vers’culo 8, como

una cosa ya cumplida, y su gloria como una cosa futura, de la que s—lo tenemos por ahora las arras por la presencia del Esp’ritu Santo en nosotros despuŽs de haber cre’do. Pero vemos, en el cap’tulo 8 de la ep’stola a los Romanos, que la liberaci—n de la creaci—n tiene que tener lugar en la Žpoca de la manifestaci—n de los hijos de Dios. En cuanto a nuestro tiempo presente, o sea, mientras Cristo est‡ sentado a la diestra de Dios, todo est‡ en un estado de desdicha; toda la creaci—n permanece encadenada en corrupci—n. Es cierto que estamos redimidos, y tambiŽn que ya se ha dado el precio de la redenci—n por la creaci—n, y adem‡s que hemos recibido las primicias del Esp’ritu Santo como las arras de la gloria; pero todo esto en espera de que el Dios Fuerte ejercite Su poder, y que reine y sea el poseedor de hecho, como lo es de derecho, de los cielos y de la tierra. Unidos por nuestros cuerpos a la creaci—n ca’da, as’ como por el Esp’ritu lo somos a Cristo, tenemos, de un lado, la certidumbre de ser hijos aceptados, hechos aptos en el Amado, y el gozo de la herencia en esperanza por el Esp’ritu, que es las arras; pero, por otro lado, por el mismo Esp’ritu, emitimos los suspiros y los gemidos de la creaci—n, de cuyas miserias participamos por este cuerpo mortal. Todo est‡ en desorden, pero conocemos a Aquel que nos ha rescatado, y que nos ha hecho herederos de todas las cosas, que nos ha iniciado en el amor del Padre. Nos regocijamos de estos privilegios, pero, comprendiendo asimismo la bendici—n que se extender‡ sobre la herencia cuando Cristo la venga a tomar y nosotros aparezcamos en gloria, sintiendo al mismo tiempo el triste estado en que se encuentra actualmente esta herencia, servimos, por el Esp’ritu, de canal para estos gemidos que suben ante el trono del Dios de misericordia.

El pasaje ya citado en parte de la ep’stola a los Colosenses constata esta distinci—n de manera muy clara. Se dice, en el vers’culo 20: ÇY por medio de Žl reconciliar consigo todas las cosas, as’

las que est‡n en la tierra como las que est‡n en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de la cruz. Y a vosotros [los fieles] tambiŽn ...

ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte.È La Iglesia est‡ ya reconciliada. Las cosas de los cielos y de la tierra ser‡n reconciliadas posteriormente, segœn la eficacia de Su sangre ya derramada.2 El orden de las ceremonias en el gran D’a de la Expiaci—n expresaba tipol—gicamente esta reconciliaci—n, pero con una especial relaci—n, cuando se trata de los detalles, con la parte que los jud’os tendr‡n en estas bendiciones.

Vemos claramente en Colosenses 1:16 cu‡les son las cosas que quedan comprendidas dentro de esta reconciliaci—n: ÇTodas las cosas fueron creadas por Žl y para ŽlÈ. Todas las cosas que ƒl ha creado como Dios las heredera‡ como restaurador de todas las cosas. Si hubiera, por as’ decirlo, tan s—lo una brizna de hierba que no quedara sujeta al poder de Cristo en bendici—n, Satan‡s habr’a conquistado alguna cosa perteneciente a Cristo, a Sus derechos y a Su herencia. Y ahora ser‡ el juicio el que vindicar‡ todo el leg’timo derecho de Cristo.

2 Es necesario observar que aqu’ se trata de cosas, no en absoluto de pecadores que permanecen en su incredulidad.

Adem‡s, Cristo, cuando venga, ser‡ la fuente de gozo para todas las inteligencias creadas, gozo reflejado y exaltado por la bendici—n que se extender‡ a toda la creaci—n, por cuanto el gozo de ver la dicha de otros, y tambiŽn la procedente de la liberaci—n de toda la creaci—n de la esclavitud de la corrupci—n, es una parte divina de nuestro regocijo; participaremos de esta dicha con el Dios de toda bondad.

La posici—n celestial de la Iglesia

En cuanto a nosotros, ser‡ en los Çlugares celestialesÈ que hallaremos nuestro lugar. Las bendiciones espirituales en los lugares celestiales que ya incluso ahora disfrutamos en esperanza, aunque estorbados de muchas maneras, ser‡n desde aquel d’a, para nosotros, cosas *naturales,* esto es: nuestro estado permanente y normal, si puedo decirlo as’. Pero la tierra no dejar‡ de sentir los efectos de esto mismo. Los poderes espirituales de maldad en lugares celestiales (Ef 6:12) ser‡n reemplazados por Cristo y Su Iglesia, dejando de ser las causas continuas y fecundas de las desdichas de un mundo sujeto a su poder por el pecado. Bien al contrario, la Iglesia, con Cristo, reflejando la gloria de la que participar‡, y gozando de la presencia de Aquel que es para ella la fuente y la plenitud, resplandecer‡ sobre el mundo en

bendici—n; y las naciones que hayan sido salvas caminar‡n bajo su luz. Y ella, Çayuda id—neaÈ, semejante a ƒl en su gloria, llena de los pensamientos de su Esposo, y gozando de Su amor, ser‡ el instrumento libre y digno de Sus bendiciones, as’ como tambiŽn la demostraci—n vibrante de la eficacia de las mismas. Por cuanto Dios ha hecho estas cosas Çpara mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo JesœsÈ. La tierra gozar‡ de los frutos de la victoria y de la fidelidad del postrer Ad‡n, y ser‡ el magn’fico testimonio a la vista de los principados y de las potestades, como es ahora, por el caos provocado por el pecado, testimonio de la debilidad, de la ruina y de la iniquidad del primer Ad‡n. Y, sin duda alguna, el gozo m‡s excelente, el gozo supremo, ser‡ la comuni—n del Esposo y del Padre; pero ser testimonio de Su bondad, y tener parte y ser instrumento de ella para con un mundo ca’do es desde luego gustar de los gozos divinos; por cuanto Dios es amor.

Queridos amigos, es esta tierra en la que moramos la que Dios ha querido tomar para hacer de ella el escenario de la manifestaci—n de Su car‡cter y de Sus obras de gracia. Es en esta tierra que el pecado entr— y se arraig—; aqu’ es que Satan‡s ha exhibido su energ’a para el mal; aqu’ es que el Hijo de Dios fue humillado, donde muri— y resucit—; es sobre esta tierra que el pecado y la gracia han surtido todos sus efectos; es sobre esta tierra donde el pecado abund—, y donde la gracia ha sobreabundado. Si Cristo est‡ ahora escondido en el cielo, es sobre esta tierra que ser‡ revelado; es sobre ella que los ‡ngeles han llegado a comprender mejor las profundidades del amor de Dios; sobre ella que aprender‡n los resultados de este amor, cuando se manifiesten gloriosamente. Sobre esta tierra donde el Hijo del Hombre fue humillado, el Hijo del Hombre ser‡ glorificado. Si esta tierra es por ella misma poca cosa, lo que Dios ha hecho y lo que Dios har‡ no son poca cosa para *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

ƒl. Para nosotros (esto es, la Iglesia), los lugares celestiales son la ciudad donde moraremos, por cuanto nosotros somos los coherederos (y no la herencia); nosotros somos herederos de Dios y coherederos de Cristo, pero la herencia es necesaria para la gloria de Cristo, as’ como los coherederos son el objeto de Su amor m‡s entra–able, Sus hermanos, Su esposa.

As’, queridos amigos, os he expuesto, reconozco que de manera breve y dŽbil, el destino de la Iglesia. S—lo el Esp’ritu puede hacernos sentir

toda la dulzura de la comuni—n del amor de Dios, y la excelencia de la gloria que nos ha sido dada. Pero, al menos, os he se–alado suficientes pasajes de la Palabra para llevaros a comprender -con la ayuda del Esp’ritu Santo, la cual impetro para todos vosotros como para m’ mismo- los pensamientos que quer’a compartiros esta tarde. El resultado evidente es que estamos viviendo durante el tiempo en el que los herederos est‡n siendo recogidos, y que hay una dispensaci—n venidera cuya instauraci—n veremos cuando vuelva el Salvador: aquella en la que los herederos gozar‡n de la herencia de todas las cosas; en la que todas las cosas quedar‡n sometidas a Cristo y a Su Iglesia unida a ﬂ y revelada con ﬂ. Lo que seguir‡ a continuaci—n no es ahora nuestro objeto: me estoy refiriendo al œltimo per’odo, en el que Dios ser‡ todo en todos, y donde Cristo mismo, como Hombre, quedar‡ sujeto a Dios, y cabeza de una familia eternamente bendecida, en la comuni—n del Dios que la ha amado, y que tendr‡ Su tabern‡culo en medio de ella: Dios Padre, Hijo y Esp’ritu Santo, eternamente bendito. AmŽn.

Es ocup‡ndose de estos temas que por el Esp’ritu la llenan de esperanza que la Iglesia ser‡

separada del mundo y se revestir‡ del car‡cter que le es propio como la novia comprometida de Cristo, a quien le debe todos sus afectos y todos sus pensamientos.

TERCERA CONFERENCIA

(Hechos 1)

La segunda venida de Cristo.

Deseo ahora hablaros acerca de la venida de Cristo. Hay muchas cuestiones que se relacionan con este important’simo hecho, como, por ejemplo, el reinado del Anticristo; pero esta tarde me centrarŽ en el acontecimiento mismo de la venida del Se–or.

He comenzado esta sesi—n leyendo Hechos 1, por cuanto la promesa del regreso del Se–or nos es presentada como la œnica esperanza de los disc’pulos, y el primer tema que deb’a fijar la atenci—n de los mismos, cuando segu’an en vano con su mirada al Se–or en Su ascensi—n, que iba a quedar escondido en Dios.

En este cap’tulo hay tres cosas a observar con motivo de la ascensi—n del Se–or. La primera es que los disc’pulos deseaban saber cu‡ndo y c—mo iba Dios a restaurar el reino a Israel. Ahora bien, Jesœs no les dijo que este reino no ser’a restaurado, sino m‡s bien lo contrario; les dice s—lo que la Žpoca de esta restauraci—n no est‡ revelada. La segunda es que el Esp’ritu Santo vendr’a; y la tercera es que mientras los disc’pulos estaban con la vista fijada en el cielo, se les aparecieron dos ‡ngeles, que les dijeron: ÇÀPor quŽ est‡is mirando al cielo? Este mismo Jesœs, que ha sido tomado de vosotros al cielo, as’ vendr‡ como le habŽis visto ir al cieloÈ.

S’; ten’an que esperar el regreso de Cristo.

Si estudiamos la historia de la Iglesia, la veremos decaer en precisamente la misma proporci—n en la que pierde de vista el regreso del Se–or, y en que la espera del Salvador desaparece de los corazones. Al olvidar esta verdad se debilita, se vuelve mundana. Pero quiero demostraros, sin querer apartarme del ‡mbito de la Palabra, sino mediante ella, c—mo este pensamiento del regreso de Cristo dominaba la inteligencia, sosten’a la esperanza e inspiraba la conducta de los ap—stoles.

Y lo harŽ mediante citas textuales de diversos libros del Nuevo Testamento.

Hechos 3:19-21: ÇAs’ que, arrepent’os y convert’os, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan *de la presencia del Se–or*

tiempos de refrigerio, y Žl env’e a Jesucristo ...È El Esp’ritu Santo ha venido; ßl ha permanecido con la Iglesia; pero los tiempos de refrigerio vendr‡n Çde la presencia del Se–orÈ, cuando ßl enviar‡ a Jesucristo. Es imposible aplicar este pasaje al Esp’ritu Santo, por cuanto ßl ya hab’a descendido entonces, y era ßl quien dec’a, por boca del Ap—stol: ÇA quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauraci—n de todas las cosas...È Y, de hecho, el Esp’ritu Santo no ha restaurado todas las cosas. En base de este pasaje, el prop—sito atribuido al que debe venir no es el de juzgar a los muertos, ni que el mundo sea quemado y destruido; Su prop—sito es, ante todo, Çla restauraci—n de todas las cosas de que habl— Dios por boca de sus santos profetasÈ.

Escrituras que hablan de la venida del Se–or

Os cito estos pasajes para que comprend‡is quŽ es lo que yo entiendo por la venida del Se–or; no tenemos aqu’ el juicio de los muertos, ni el Gran Trono Blanco; de lo que se trata es del regreso personal de Jesucristo, *presente* y visible, cuando ser‡ enviado del cielo. Si comparamos estos vers’culos con el pasaje en Apocalipsis 20, verŽis con claridad que la venida de Jesucristo y el juicio de los muertos son dos acontecimientos distintos; que cuando tenga lugar el juicio de los muertos no se habla de que Cristo vuelva del cielo a la tierra, porque se dice que entonces el cielo y la tierra huir‡n de delante de Su rostro.

El Se–or volver‡ a la tierra.

Veamos ahora como ya desde el principio ßl mismo, y luego el Esp’ritu Santo por medio de los Ap—stoles, dirigen constantemente nuestra atenci—n a este regreso personal.

Mateo 24:27-30: ÇEntonces lamentar‡n todas las tribus de la tierra, y ver‡n al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cieloÈ. Desde luego, la expedici—n de Tito contra JerusalŽn no fue la venida del Se–or en las nubes del cielo. Tampoco se trata del juicio de los muertos ante el tribunal del Gran Trono Blanco. En este tiempo ya no hay tierra, mientras que en el tiempo del pasaje citado est‡n presentes las naciones de la tierra, y se trata de un acontecimiento que tiene que ver con esta tierra. ÇY se lamentar‡n todas las tribus de la tierra.È No se trata de un milenio como consecuencia de la aplicaci—n del poder del Esp’ritu Santo; son las tribus de la tierra que se lamentar‡n cuando ver‡n al Se–or Jesœs. Vers’culo 33: ÇAs’ tambiŽn ... cuando ve‡is todas estas cosas, conoced que est‡ cerca, a las puertasÈ.

Mateo 24:42-51. La fidelidad de la Iglesia depender’a de la atenci—n

continua que diera a esta verdad del regreso de Cristo. Desde el momento en que comienza a decir ÇMi se–or tarda en *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

venirÈ, comienza a dominar de manera tir‡nica y a volverse mundana. ÇTambiŽn vosotros estad preparadosÈ, dice Jesœs, Çporque el Hijo del Hombre [no la muerte] vendr‡ ...È

Mateo 25:1-13. La espera del regreso de Cristo es la medida exacta, el term—metro, por as'

decirlo, de la vida de la Iglesia. As' como el siervo se volvi— infiel en el momento en que dijo ÇMi Se–or tarda en venirÈ, as' tambiŽn sucedi— con las diez v'rgenes, porque se dice que todas se durmieron. Adem‡s, no era ni al Esp'ritu Santo, ni a la muerte, que ten'an las v'rgenes que esperar con fidelidad, porque ni la muerte ni el Esp'ritu Santo son el Esposo de la Iglesia. Todas las v'rgenes se encontraron en la misma situaci—n; las prudentes (los santos verdaderos), lo mismo que las insensatas que carec'an del aceite del Esp'ritu Santo, se durmieron juntas, olvidando el regreso inminente de Cristo.

En Marcos 13 tenemos casi lo mismo. El vers'culo 26 nos impide aplicar este pasaje a la invasi—n de los romanos;3 y cuando en el vers'culo 29 se dice: ÇEst‡ cerca, a las puertasÈ, no se est‡

hablando del juicio de los muertos, ni del Gran Trono Blanco. En la Žpoca del Gran Trono Blanco no habr‡ casas a las que pueda hacerse referencia.

S—lo aparecen cuatro pasajes en el Nuevo Testamento que se refieran al gozo del alma de los que han muerto en el Se–or. El primero es cuando el ladr—n le dice al Se–or: ÇAcuŽrdate de m' cuando vengas en tu reinoÈ. Aqu' Žl estaba pensando en la venida de Jesœs en gloria, que era una verdad con la que los jud'os estaban familiarizados. Y el Se–or le respondi—: Para esto no tienes que esperar a que vuelva: ÇHoy estar‡s conmigo en el para'soÈ. El segundo pasaje es el referente a Esteban, que dijo: ÇSe–or Jesœs, recibe mi esp'ritu.È El tercero es aquel en el que Pablo dice: ÇAusentes del cuerpo, presentes con el Se–orÈ (2 Co 5). El cuarto, en Filipenses 1:22, 23, donde el ap—stol dice: ÇNo sŽ entonces quŽ escoger ... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es much'simo mejor.È En efecto, es much'simo mejor esperar la gloria estando presente con Cristo en el cielo, que qued‡ndonos aqu' abajo; no que vayamos a la gloria cuando partimos,

sino que dejamos el pecado, quedamos al abrigo del pecado, y gozamos del Se–or sin pecar. S’, Žste es un estado much’simo mejor, pero es asimismo un estado de espera, como el estado en que est‡ el mismo Cristo, sentado a la diestra del Padre, y esperando lo que falta.

3 Aprovecho esta ocasi—n para observar que aunque durante la toma de JerusalŽn por parte de Tito hubiera circunstancias en parte semejantes, en ciertos aspectos, a las que se tendr‡n que dar m‡s tarde cuando se cumplan estas profec’as de Marcos 13 y de Mateo 24, de modo que los disc’pulos pudieran usar las advertencias que aparecen en ellas (lo que admito, aunque no haya certidumbre a este respecto), nos encontramos con dificultades insuperables si queremos aplicar Çla abominaci—n de la desolaci—nÈ al ejŽrcito de Tito o a las ense–as romanas. Hay un per’odo que data a partir de este acontecimiento, del que no vemos cumplimiento alguno si contamos a partir de la toma de JerusalŽn. De manera que se ha visto necesario transferir esta parte de la profec’a al papado, que nada tiene que ver con la invasi—n de Tito. El pasaje en Lucas est‡ m‡s relacionado con los acontecimientos que tuvieron lugar durante la toma de JerusalŽn por parte de Tito; pero insisto en que el intento de aplicar estos pasajes que nos ocupan a este acontecimiento es una pŽrdida de tiempo.

Lucas 12:35: ÇEstŽn ce–idos vuestros lomos, y vuestras l‡mparas encendidas...È. Aqu’ nos encontramos otra vez con la par‡bola del siervo infiel. Pero aqu’ el Se–or a–ade que el siervo Çque conociendo la voluntad de su se–or, no se prepar— (aqu’ tenemos la cristiandad), recibir‡ muchos azotes. Mas el que sin conocerla (aqu’ tenemos a los paganos), hizo cosas dignas de azotes, ser‡

azotado pocoÈ. Todos ser‡n juzgados, pero la cristiandad est‡ en un estado infinitamente peor que el de los jud’os o el de los paganos.

Lucas 17:30: ÇAs’ ser‡ el d’a en que *el Hijo del hombre se manifieste* È.

Lucas 21:27: ÇEntonces ver‡n al Hijo del Hombre, que vendr‡ en una nube con poder y gran gloriaÈ. La higuera, de la que el Se–or habla en este contexto, es de manera especial el s’mbolo de la naci—n jud’a. ÇVelad, pues,È a–ade ﬂ, Çen todo tiempo orando que se‡is tenidos por dignos ...

de estar en pie delante del Hijo del Hombre.È Estos dos cap’tulos de

Lucas, esto es, el 17 y el 21, lo mismo que Mateo 24 y Marcos 13, tienen que ver con los jud’os. A estos se puede a–adir Lucas 19, donde los siervos llamados y los enemigos que rechazaron al noble son bien claramente los servidores de Cristo y la naci—n jud’a (vŽanse los vv. 12, 13, 27).

Juan 14:2: ÇEn la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy pues, a preparar lugar para vosotros. Y ... vendrŽ otra vezÈ. El Se–or mismo vendr‡ a tomar la Iglesia, a fin de que la Iglesia estŽ donde ﬂ est‡.

Hechos 1:11: ÇEste mismo Jesœs, que ha sido tomado de vosotros al cielo, *as’ vendr‡* ... È

Hechos 3:20. Aqu’ tenemos la predicacion del ap—stol a los israelitas: Convert’os, y Jesœs volver‡. Vosotros habŽis dado muerte al Pr’ncipe de la vida, habŽis negado al Santo y al Justo; Dios lo ha resucitado. Arrepent’os, y ﬂ volver‡. Pero no quisieron convertirse. Durante tres a–os Jesœs hab’a estado buscando en vano fruto en la higuera. Y bien al contrario, los vi–adores dieron muerte al Hijo de Aquel que los hab’a establecido sobre la vi–a. El Hijo de Dios, Jesœs, pidi— para ellos el perd—n, desde la cruz, de donde Su voz es todopoderosa, diciendo: ÇPerd—nalos, porque no saben lo que hacenÈ. Mientras tanto, el Esp’ritu Santo, por boca del ap—stol, responde a la intercesi —n de Jesœs: ÇSŽ que por ignorancia lo hicisteisÈ: arrepent’os, entonces, y ﬂ volver‡: ÇArrepent’os ... para que vengan de la presencia del Se–or tiempos de refrigerio...È Pero sabemos que se resistieron obstinadamente al Esp’ritu Santo (Hch 7:51).

Hechos 3:20, 21: ÇY Žl env’e a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauraci—n de todas las cosas de que habl—

Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.È

Aqu’ tenemos el gran fin de todos los consejos de Dios. Tal como hemos visto antes el secreto de Su voluntad, que Dios reunir‡ todas las cosas en Cristo, vemos aqu’ que ﬂ ha hablado de esto

mismo, en lo que toca a las cosas terrenales, por boca de sus santos profetas. ÀY c—mo se cumplir‡n estas cosas? ÀPor el derramamiento del Esp’ritu Santo? No, porque se dice que esto tendr‡ lugar cuando env’e a Jesœs. Sin duda alguna, yo creo que el Esp’ritu Santo ser‡

derramado, y de manera especial sobre los jud’os; pero, en el pasaje que estamos contemplando, este acontecimiento tendr‡ lugar por la presencia de Jesœs. No es del cielo de lo que se trata aqu’. No puede haber una revelaci—n m‡s expl’cita de que las cosas de las que hablaron los profetas tendr‡n su cumplimiento cuando Jesœs sea enviado. No sŽ c—mo se puede esquivar el sentido y la sencillez de esta declaraci—n.

Vemos la ca’da, la ruina del hombre; vemos tambiŽn a toda la creaci—n sujeta a la servidumbre de la corrupci—n. La Esposa desea que el Esposo sea manifestado. No es el Esp’ritu Santo el que restaurar‡ la creaci—n ni el que es heredero de todas las cosas: es Jesœs. Cuando Jesœs sea manifestado en gloria, el mundo lo ver‡, mientras que al Esp’ritu Santo no lo puede ver.

Toda rodilla se doblar‡ al nombre de Jesœs. La obra del Esp’ritu Santo no es la de restaurar todas las cosas aqu’ abajo, sino la de anunciar a Jesœs que ha de volver. Una vez m‡s, es el Esp’ritu Santo quien dijo, por boca de Pedro: ÇA quien de cierto es necesario que el cielo recibaÈ. ÀQue reciba a quiŽn?... No al Esp’ritu Santo; ﬂ ya hab’a descendido; y a nosotros nos toca creerle.

Paso ahora a las Ep’stolas, para ver tambiŽn en ellas c—mo la venida del Salvador era la esperanza constante y viva de la Iglesia.

Vemos claramente en Romanos 8:19-22 a toda la creaci—n en suspenso, hasta el momento de Su manifestaci—n; comp‡rese con Juan 14:1-3 y Colosenses 3:1, 4.

TambiŽn en 1 Corintios 1:7: ÇDe manera que nada os falta en ningœn don, esperando *la manifestaci—n de nuestro Se–or Jesucristo.È*

Efesios 1:10. De este pasaje ya hemos hablado. Por cuanto en el juicio final ya habr‡n desaparecido los cielos y la tierra, es antes de esta Žpoca que Dios reunir‡ todas las cosas en Cristo.

Filipenses 3:20, 21: ÇMas nuestra ciudadan’a est‡ en los cielos, de donde tambiŽn *esperamos al Salvador, al Se–or Jesucristo;* el cual transformar‡ el cuerpo de la humillaci—n nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, ...È

Colosenses 3:4: ÇCuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros tambiŽn serŽis manifestados con Žl en gloria.È

La esperanza actual de la iglesia - J. N. Darby

Las dos ep’stolas a los Tesalonicenses giran enteramente en torno a este tema.

1 Tesalonicenses. Todo tiene lugar con vista a la venida de Cristo; todo lo que dice Pablo de su gozo y de su obra tiene relaci—n con ella.

Ya en primer lugar, la conversi—n misma tiene relaci—n con esta verdad (1:10). Los fieles de Tesal—nica, que hab’an servido de ejemplo a los de Macedonia y de Acaya, y cuya fe era tan cŽlebre que no hab’a necesidad de decirles nada, se hab’an convertido Çde los ’dolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y *esperar de los cielos a su Hijo,* al cual resucit— de los muertos, a Jesœs, quien nos libra de la ira venideraÈ. Es de destacar que esta iglesia, una de las m‡s florecientes de aquellas a las que los ap—stoles escribieron, sea precisamente la que el Se–or escoge para revelar con mayores detalles las circunstancias de Su venida. ÇEl secreto de Jehov‡ es para los que le temen.È

As’ era la fe de los Tesalonicenses: por todo el mundo se hablaba de la misma, esto es, que esperaban a Jesœs de los cielos. Y a nosotros nos toca tener esta misma fe que ten’an los Tesalonicenses. Y es necesario esperar al Se–or, como ellos lo hac’an, antes del per’odo de los mil a–os. Y, desde luego, ellos no estaban diciendo: Pasar‡n mil a–os antes que el Se–or vuelva. Cap.

2:19: ÇPorque Àcu‡l es nuestra esperanza ...? ÀNo lo sois vosotros, delante de nuestro Se–or Jesucristo, *en su venida*?È

Cap’tulo 3:13: ÇPara que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Se–or Jesucristo con todos sus santos.È ƒsta es la idea dominante de los pensamientos y de los afectos del ap—stol.

Cap’tulo 4:13-18. Es destacable que la œnica consolaci—n que el ap—stol ofrece a los que estaban alrededor de un lecho de muerte de un fiel es su regreso con Jesœs y su mutuo reencuentro. La costumbre es decir: ÇÁOh, consuŽlate; se ha ido a la gloria, y pronto le seguiremos.È Pero no es Žste el pensamiento del ap—stol; bien al contrario, la consolaci—n que les da a los que compart’an los œltimos momentos de los fieles es: *Consolaos: Dios los volver‡ a traer.* Es preciso que tenga lugar un enorme cambio en los sentimientos habituales de los cristianos, porque la œnica consolaci—n que el ap—stol ofrece es considerada hoy d’a como una insensatez. Los fieles de Tesal—nica

estaban hasta tal punto impregnados del pensamiento del regreso de Cristo que no se imaginaban poder morir antes de tal acontecimiento; y cuando uno de ellos part’a, sus amigos se aflig’an temiendo que no estar’a presente en aquel feliz momento. Pero Pablo los tranquiliza diciŽndoles que Ças’ tambiŽn traer‡ Dios con Jesœs a los que durmieron en ŽlÈ. Podemos comprender, por medio de este ejemplo, c—mo la Iglesia ha puesto a un lado la esperanza que llenaba el esp’ritu de los primeros fieles; hasta quŽ punto nos hemos alejado del pensamiento apost—lico que hemos puesto en su lugar la idea de un estado intermedio de bienaventuranza (el *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

alma separada del cuerpo), un estado que sin duda es cierto, y superior desde luego a nuestro estado sobre la tierra, pero vago, y que es adem‡s un estado de espera. El mismo Jesœs espera, y los santos muertos esperan.

No deseo en absoluto debilitar la verdad de este estado intermedio de bienaventuranza; el ap—stol habla as’ del mismo (2 Co 5:2): ÇY por esto tambiŽn gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitaci—n celestial; pues as’ seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabern‡culo gemimos con angustia; porque no quisiŽramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida... As’ que vivimos confiados siempreÈ, etc. Es decir: Si el cuerpo mortal no queda absorbido por la vida (no es transmutado), la confianza que tengo no queda interrumpida en el momento de la muerte; ya he recibido la vida de Cristo en mi alma, y no podr‡ dejar de ser. Puede llegar el momento en que yo fallezca, pero la vida de mi alma no queda por ello afectada; ya tengo la vida de Cristo; y si parto, ser‡ para estar con ƒl.

Otra observaci—n todav’a acerca de 1 Tesalonicenses 4:15-17: ÇLuego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Se–or en el aire, y as’ estaremos siempre con el Se–or.È

Si el ap—stol hubiera estado esperando un milenio del Esp’ritu Santo antes de la venida de Jesœs, Àc—mo habr’a podido decir: Los que vivimos, los que hayamos quedado aœn para la venida de Cristo? Para Žl se trataba, entonces, de una continua espera de la venida de Cristo, de la que no sab’a el momento, pero que ten’a motivos de esperar. ÀAcaso estaba enga–ado en esto? No, en absoluto; tan s—lo esperaba;

y esta espera ten’a el buen fruto de que lo manten’a en perfecta separaci—n del mundo. Si esper‡ramos de un d’a para el otro la llegada del Se–or, Àd—nde quedar’an todos estos planes que se hacen para la familia, para la casa, para lisonjear la soberbia de la vida, para enriquecerse? Lo que forma nuestro car‡cter es la naturaleza de nuestra esperanza, y, cuando venga el Se–or, Pablo gozar‡ de los frutos de su espera. La esperanza que lo animaba produjo sus hermosos frutos; fue debido a esta esperanza que dijo: ÇTodo vuestro ser, esp’ritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Se–or JesucristoÈ (1 Ts 5:23).

1 Tesalonicenses 5:2-4. ObsŽrvese que este d’a no ha de sorprender a los creyentes como ladr—n.

2 Tesalonicenses 1:9, 10; 2:3-10. En lugar de un mundo bendecido por un milenio sin la presencia de Jesœs, observamos al hombre de pecado yendo de mal en peor, hasta que es destruido por la manifestaci—n de la venida de Cristo. Esto constituye evidentemente una prueba de que este milenio del Esp’ritu a solas es falso, por cuanto el misterio de iniquidad, que ya comenz— en tiempos del ap—stol Pablo, deb’a proseguir hasta que se manifestara el hombre de pecado, que

ser‡ destruido por la manifestaci—n del mismo Cristo en Su venida, con el esp’ritu de Su boca.4 Y

en un estado de cosas as’, Àd—nde queda lugar para tal milenio?

1 Timoteo 6:14-16: Guarda Çel mandamiento sin m‡cula ni reprensi—n, *hasta la aparici—n de nuestro Se–or Jesucristo,* la cual a su tiempo mostrar‡ el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Se–or de se–ores, el œnico que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno.

AmŽn.È

2 Timoteo 4:1: ÇTe encarezco delante de Dios y del Se–or Jesucristo, que juzgar‡ a los vivos y a los muertos en su manifestaci—n y en su reino.È

Tito 2:11-13. La gracia ha aparecido, mostr‡ndonos la forma de vivir, primero, y luego la esperanza de la gloria. La aparici—n de la gracia ya tenido lugar; y ella nos ense–a a esperar la manifestaci—n gloriosa.

Hebreos 9:28: ÇAs’ tambiŽn Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecer‡ por segunda vez, sin relaci—n con el pecado, para salvar a los que le esperanÈ. Como Sumo Sacerdote, una vez haya terminado Su obra intercesora, saldr‡ del santuario. VŽase asimismo Lev’tico 9:22-24.

Stg 5:9: ÇEl juez est‡ delante de la puerta.È

2 Pedro 1:16-21: Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Se–or Jesucristo siguiendo f‡bulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando Žl recibi— de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magn’fica gloria una voz que dec’a: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros o’mos esta voz enviada del cielo, cuando est‡bamos con Žl en el monte santo. Tenemos tambiŽn la palabra profŽtica m‡s segura, a la cual hacŽis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el d’a esclarezca y el lucero de la ma–ana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profec’a de la Escritura es de interpretaci—n privada, porque nunca la profec’a fue tra’da por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Esp’ritu Santo.È

As’, la transfiguraci—n fue como un espŽcimen, una muestra de la venida de Jesœs en gloria.

1 Juan 3:2-3: ÇSabemos que cuando Žl se manifieste, seremos semejantes a Žl, porque *le veremos tal como Žl es.* È No seremos semejantes a ﬂ hasta que aparezca. Antes no. ÇY todo aquel que 4 Para el sentido de la expresi—n Çel esp’ritu de su bocaÈ, vŽase Isa’as 11:2.

tiene *esta* esperanza en Žl, se purifica a s’ mismo.È Sabiendo que cuando Jesœs aparezca serŽ

semejante a Žl, tengo ya que asemejarme, desde ahora, todo lo posible a Jesœs. ÁQuŽ grande es la poderosa eficacia de esta verdad del regreso de Cristo, y quŽ pr‡cticos son los efectos que se desprenden de esta esperanza! Esta esperanza nos es la medida de la santidad, as’ como es su motivo.

TambiŽn los que est‡n en el cielo (Ap 5:10) dicen en sus c‡nticos:

ÇReinar‡n sobre la tierraÈ, y Žste es el lenguaje de los fieles que ya est‡n en las alturas alrededor del trono. Dicen: *Reinar‡n,* no *reinan.* Ellos mismos est‡n en estado de espera, como el mismo Jesucristo; esperando lo que queda, hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.

Estudiemos tambiŽn la par‡bola de la ciza–a y del trigo (Mt 13). La ciza–a, esto es, el mal que Satan‡s ha hecho all’ donde se ha sembrado el trigo, tiene que crecer hasta la siega, que es el fin de esta dispensaci—n. El mal que Žl ha provocado mediante herej’as, falsas doctrinas, falsas religiones, todo este mal ha de seguir, crecer y madurar. Esta ciza–a tiene que aumentar, y multiplicarse en el campo del Se–or hasta la siega. ƒsta es una revelaci—n positiva, que contradice de manera formal la idea de un milenio del Esp’ritu Santo sin un regreso del Se–or.

As’, hemos visto que la venida de Cristo est‡ unida a todos los pensamientos, a todos los motivos de consolaci—n y de gozo, y a la santificaci—n de la Iglesia, incluso en el lecho de muerte, y que Cristo traer‡ consigo a los que hayan abandonado el cuerpo. Hemos visto tambiŽn, por una parte, que la venida del Se–or es lo que ser‡ el medio de la restauraci—n de todas las cosas, y, por otra parte, que el mal ha de crecer en el campo del Se–or hasta el momento de la siega.

Que el Se–or aplique estas verdades a nuestros corazones, queridos amigos, por un lado para apartarnos de las cosas de este mundo, y por el otro para atraernos a Su venida, a ƒl mismo de manera personal, a fin de que nos purifiquemos, as’ como ƒl es puro. Desde luego, nada hay m‡s pr‡ctico que estas verdades, nada m‡s apropiado para separarnos de un mundo que ha de ser juzgado, al mismo tiempo que para fortalecer nuestra comuni—n con Aquel que ha de venir para juzgar. Nada mejor que esto para mostrarnos cu‡l debe ser nuestra purificaci—n, y para provocarla en nosotros; nada que pueda consolarnos de tal manera, y reanimarnos e identificarnos con Aquel que padeci— por nosotros, a fin de que los que ahora sufrimos reinemos luego con ƒl, coherederos en gloria. Es cosa cierta que si esper‡ramos al Se–or a diario, se dar’a entre nosotros una renuncia abnegada que no se ve demasiado entre los cristianos actuales. ÁQue nadie diga: ÇMi Se–or se tarda en venirÈ!

CUARTA CONFERENCIA

(Lucas 20:27-44)

La primera resurrecci—n,

o, *La resurrecci—n de los justos.*

El tema que me he propuesto presentaros esta tarde es el de la resurrecci—n, y de manera particular la resurrecci—n de los justos como totalmente distinta de la de los malvados.

Hemos hablado de Cristo, el heredero de todas las cosas; de la Iglesia, coheredera con ﬂ, y de la venida de Cristo antes de los mil a–os para reinar, acontecimiento Žste que no debe ser confundido con el d’a de la resurrecci—n de los malvados y del juicio que tendr‡ lugar ante el Gran Trono Blanco, el cual no tendr‡ lugar m‡s que despuŽs del milenio. Ahora veremos que la Iglesia participar‡ en esta venida de Cristo; esto es lo que se lleva a cabo mediante la primera resurrecci—n.

La primera resurrecci—n es de entre los muertos

No tengo necesidad de hablaros de la resurrecci—n de Jesœs como sello de Su misi—n; esta cuesti—n la considero como una verdad admitida; para este primer punto ser‡ suficiente citar Romanos 1:4, donde el Ap—stol nos dice que Jesucristo ha sido Çdeclarado Hijo de Dios con poder, segœn el Esp’ritu de santidad, por la resurrecci—n de entre los muertosÈ.5 La resurrecci—n fue el gran hecho que demostr— que Jesœs es el Hijo de Dios; pero fue asimismo, por otra parte, el gran tema de la predicaci—n de los ap—stoles, la base de sus ep’stolas y de todo el Nuevo Testamento.

5 No es exclusivamente por Su resurrecci—n, aunque Žsta fue la primera y m‡s importante prueba. El lector har‡ bien en estar atento a la expresi—n Çde entre los muertosÈ, empleada en otros pasajes, y que se distingue de la que aparece aqu’ (Gr. Çde los muertosÈ). ƒsta expresi—n indica la introducci—n de un poder divino en el imperio de la muerte, poder que hace salir a algunos de una manera que los distingue completamente de los dem‡s. Esto es lo que asombr— a los disc’pulos (Mr 9:10). La resurrecci—n era la fe de cada jud’o ortodoxo, pero lo que no entend’an era la resurrecci—n *de entre los muertos.*

Digamos de entrada, queridos amigos, que la dificultad acerca de estas cuestiones que tratamos no proviene de que la palabra de Dios no sea sencilla, clara y convincente, sino de que, con la mayor frecuencia, nuestras ideas preconcebidas nos privan de su sentido natural. La dificultad reside en las maneras de pensar formadas al margen de las Sagradas Escrituras; uno introduce sus pensamientos en esta Palabra en lugar de derivarlos de ella; entonces se encuentran inconsistencias e incompatibilidades en lo que se nos presenta, y ni suponemos que estas incompatibilidades se deben œnicamente a ideas humanas preconcebidas.

La doctrina de la resurrecci—n es importante desde m‡s de una perspectiva. Conecta nuestras esperanzas con Cristo y con toda la Iglesia; en resumen, con los consejos de Dios en Cristo; nos hace comprender que somos totalmente libertados en ﬂ, por nuestra participaci—n en una vida en la cual, estando unidos con ﬂ por el v’nculo del Esp’ritu, encontramos la fuerza para glorificarle desde ahora mismo, por el poder de este mismo Esp’ritu. Esta doctrina establece nuestra esperanza de la manera m‡s s—lida; en definitiva, expresa toda nuestra salvaci—n en el sentido de que nos introduce en una nueva creaci—n, mediante la que el poder de Dios nos pone, en el postrer Ad‡n, m‡s all‡ de la esfera del pecado, de Satan‡s y de la muerte. El alma, al partir, va a Jesœs, pero no est‡ glorificada. La palabra de Dios nos habla de hombres glorificados, de cuerpos glorificados, jam‡s de almas glorificadas. Pero, como ya he dicho, los prejuicios y las ense–anzas de los hombres han tomado el lugar de la palabra de Dios, y la expectativa de la resurrecci—n ha dejado de ser el estado normal de la Iglesia.

La resurrecci—n era la base de la predicaci—n de los ap—stoles.

Hechos 1:21, 22: ÇEs necesario, pues, que de estos hombres ... uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrecci—n.È He aqu’ el tema constante de su testimonio. Veamos ahora los tŽrminos mismos de este testimonio.

Hechos 2:24: ÇAl cual Dios levant— ...È. Igualmente en el v. 32: ÇA este Jesœs resucit— Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.È

Cap’tulo 3:15: ÇY matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.È

Cap’tulo 4:2. Vemos que esta doctrina de la resurrecci—n era reconocida como la doctrina pœblicamente predicada por los ap—stoles, doctrina que no se centra en que el alma ir‡ al cielo al morir,

sino en el hecho de que los muertos revivir‡n.

As’ como los fariseos fueron los que m‡s se hab’an opuesto al Se–or mientras estaba sobre la tierra, es decir, los falsos justos opuestos al verdadero Justo, vemos c—mo despuŽs de Su muerte

Satan‡s suscita a los saduceos, que eran enemigos de la doctrina de la resurrecci—n (Hch 4:1; 5:17).

Hechos 10:38, 40, 41. Pedro da testimonio de esta misma verdad fundamental ante el centuri—n Cornelio y sus amigos. Pablo la predic— de la misma manera a los jud’os de Antioqu’a de Pisidia (Hch 13:34), diciŽndoles: Dios os da las misericordias fieles de David en que fl ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos.

La resurrecci—n del cuerpo

Hechos 17:18, 31. El ap—stol anunci— esta doctrina en medio de los sabios gentiles, y esta doctrina fue piedra de tropiezo para la sabidur’a carnal de los mismos. S—crates y otros fil—sofos cre’an desde luego en la inmortalidad; pero cuando aquellos sabios y otros curiosos oyeron hablar de la resurrecci—n del cuerpo, se burlaron. Un incrŽdulo puede discurrir acerca de la inmortalidad, pero si oye hablar de la resurrecci—n del cuerpo, lo convierte en objeto de burla. ÀPor quŽ? Porque por medio de la inmortalidad del alma se puede exaltar a s’ mismo, puede resaltar su propia importancia. Se trata de algo que tiene que ver con el hombre tal cual es. ÁPero que el polvo resucite! ÁHacer un ser vivo y glorioso es una gloria que s—lo pertenece a Dios, una obra de la que Dios, y s—lo Dios, es capaz; por cuanto si Dios, que reduce al polvo todos los elementos de nuestro cuerpo, puede volverlos a reunir y hacer de ellos un hombre vivo, desde luego tiene poder para todo.

Pasemos ahora a Hechos 23:6. No importa aqu’ si el ap—stol tuvo raz—n o no al apelar a los prejuicios de los fariseos; lo importante es que afirma de manera directa que era por la predicaci—n de esta doctrina que hab’a sido sometido a juicio. En 24:15 Žl expone la misma verdad; en 26:8 la presenta al rey Agripa como el tema objeto de discusi—n; lo mismo tenemos en el vers’culo 23.

Se ve por estos pasajes que la resurrecci—n era constantemente la base de la predicaci—n de los ap—stoles y la esperanza de los fieles.

La resurrecci—n especial de los justos

Pasamos ahora a la segunda parte de nuestro tema: la resurrecci—n de la Iglesia por s’, o la resurrecci—n especial de los justos.

ÇHabr‡, segœn nos dice el ap—stol, una resurrecci—n, tanto de los justos como de los injustosÈ; pero la resurrecci—n de los justos y de la Iglesia es algo totalmente aparte, que no tiene punto de contacto con la de los malvados, no teniendo lugar ni al mismo momento que la de estos œltimos ni en base del mismo principio; por cuanto, aunque ambas tienen que ser efecto del mismo poder, *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

hay en la resurrecci—n de los justos un principio particular, esto es, la morada del Esp’ritu Santo en ellos, lo cual es ajeno a la resurrecci—n de los malvados.

Observemos que el poder de la resurrecci—n abarca la vida, la justificaci—n, la confianza y la gloria de la Iglesia. El mismo Dios nos es presentado bajo el nombre de *el Dios que resucita a los muertos,* quien introduce Su poder en las œltimas profundidades de los efectos de nuestro pecado, dentro del dominio de la muerte, para hacer salir a los hombres por el poder de una vida que desde aquel momento los pone fuera del alcance de todas las funestas consecuencias del pecado; una vida segœn Dios.

Romanos 4:23-25. Es en el Dios Çque resucita a los muertosÈ que somos llamados a creer; es la resurrecci—n de Jesœs que es el poder, la eficacia, de nuestra justificaci—n. ƒsta es la verdad que nos presenta este pasaje. Nuestra uni—n con el Jesœs resucitado es lo que hace que seamos aceptados por Dios. Tenemos que considerarnos ya como m‡s all‡ de la tumba.

ƒsta es la raz—n por la que la fe de Abraham era una fe justificadora: Žl no consider— su cuerpo ya *muerto,* sino que crey— en un Dios Çque resucita a los muertosÈ; es por esto que su fe le fue contada como justicia. La resurrecci—n de Jesœs fue la gran demostraci—n y, al mismo tiempo, por lo que respecta a todos sus efectos morales, el establecimiento de esta verdad, que el objeto de nuestra fe es que Dios resucita a los muertos. Vemos esta verdad claramente expresada en la ep’stola de Pedro (1 Pedro 1:21). Y esto nos es aplicado a nosotros mismos por nuestra uni—n con el Se–or.

Colosenses 2:12: ÇSepultados con Žl en el bautismo, en el cual fuisteis

tambiŽn resucitados con Žl, mediante la fe en el poder de Dios que le levant— de entre los muertosÈ. La Iglesia, as’, est‡ ya ahora resucitada, porque Cristo ha resucitado como cabeza de ella. La resurrecci—n de la Iglesia no es una resurrecci—n cuyo prop—sito sea el juicio; es sencillamente la consecuencia de su uni—n con Cristo, que ha sufrido el juicio por ella.

Vemos as’ dentro de este pasaje c—mo estas verdades est‡n unidas. La resurrecci—n de la Iglesia es algo especial, porque la Iglesia participa en la resurrecci—n de Cristo; resucitamos no s—lo por el hecho de que Jesœs nos llamar‡ fuera de la tumba, sino porque somos uno con ƒl. Es por esto tambiŽn que al participar de la fe somos ya resucitados con Cristo, resucitados en cuanto al alma, aunque no lo seamos aœn de hecho en cuanto al cuerpo. La justificaci—n de la Iglesia es que est‡

resucitada con Cristo.

Es la misma fe la que se expresa en Efesios 1:18 y siguientes, y 2:4-6. Pablo nunca dice: ÇMe siento satisfecho con ser salvoÈ; Žl sab’a muy bien que es la esperanza la que vuelve activa al alma, la que mueve los afectos, que anima y dirige al hombre entero, y Žl deseaba que la Iglesia tuviera el coraz—n lleno de esta esperanza. Nunca debemos tener suficiente con decir: ÇEstoy

salvadoÈ; esto no es suficiente para el amor de Dios, que no se queda satisfecho si no somos part’cipes de toda la gloria de Su Hijo. Y desde luego nosotros no debemos mostrarnos indiferentes a Su voluntad.

Efesios 2:6 nos muestra la misma verdad.

La presencia del Esp’ritu Santo en la Iglesia es lo que caracteriza nuestra posici—n delante de Dios. As’ como el Esp’ritu da testimonio de que somos hijos de Dios, siendo nuestro consolador, ayud‡ndonos en nuestras debilidades, y haciŽndonos capaces de servir a Dios, igualmente es a causa del Esp’ritu Santo que est‡ en nosotros que seremos resucitados, y es tambiŽn esto lo que hace que el principio de la resurrecci—n de la Iglesia sea totalmente distinto del de la resurrecci—n de los malvados. Nuestra resurrecci—n es la consecuencia de la morada en nosotros del Esp’ritu Santo (Ro 8:11); se trata de una diferencia bien esencial. El mundo no recibe al Esp’ritu Santo, porque el mundo ni le ve ni le conoce (Jn 14:27). En cambio, nuestro cuerpo es templo del Esp’ritu Santo (1 Co 6:19), y como

nuestra alma es llenada, o al menos debe serlo, por la gloria de Cristo, as’ nuestro cuerpo, que es templo del Esp’ritu Santo, ser‡ resucitado segœn el poder del Esp’ritu Santo que mora en nosotros, para participar de la gloria; esto no se puede decir de los malvados.

Es la resurrecci—n la cual, habiŽndonos introducido en el mundo del postrer Ad‡n, y como ya participantes desde ahora de esta vida, nos introducir‡ de hecho en un mundo nuevo donde ﬂ ser‡ la Cabeza y la gloria, puesto que ﬂ lo ha adquirido y reinar‡ all’ como Hombre resucitado.

Observemos tambiŽn que en los pasajes en los que se trata de la resurrecci—n, ninguno nos habla de una resurrecci—n simult‡nea de los malvados y de los justos, y que los que tratan de la resurrecci—n de los justos hablan de ella como de una resurrecci—n distinta.

La resurrecci—n de los justos y de los injustos

no tendr‡n lugar al mismo tiempo

Todos resucitar‡n. Habr‡ una resurrecci—n de los justos y una de los injustos, pero no tendr‡n lugar al mismo tiempo. CitarŽ sucesivamente los pasajes que se relacionan con esta cuesti—n.

Sabemos que ser‡ cuando venga Cristo que nosotros resucitaremos (Fil 3:20, 21; 1 Co 15:23).

La idea de una resurrecci—n de los justos era conocida por los disc’pulos del Salvador, y nos es presentada como tal por el Esp’ritu Santo, Lucas 14:14: ÇTe ser‡ recompensado en la resurrecci—n de los justos.È

Estoy totalmente convencido de que la manera en que la esperanza de los cristianos se liga exclusivamente a *la inmortalidad del alma6* no tiene su fuente en el Evangelio, sino al contrario que proviene de los Platonistas, y que fue precisamente a partir de esta misma Žpoca, en la que se reneg— de la venida de Cristo en el seno de la Iglesia, o al menos a partir de que se comenz— a perder de vista, que la doctrina de la inmortalidad del alma comenz— a tomar el puesto de la doctrina de la resurrecci—n. Fue en el siglo de Or’genes. No hay necesidad de decir que no tengo duda alguna acerca de la existencia eterna del alma; s—lo hago la observaci—n de que esta idea tom—

el puesto de la doctrina de la resurrecci—n del creyente -- y que por consiguiente su muerte tom—

el puesto de su resurrecci—n como el momento de su gozo y de su gloria.

Pero vayamos a las pruebas directas, y leamos Lucas 20:35, 36: ÇLos que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrecci—n de entre los muertosÈ. As’, la resurrecci—n mencionada aqu’ pertenece s—lo a los que ser‡n considerados dignos. ÇLos que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel sigloÈ, esto es, aquel mundo de gozo, el reino de Cristo. Por tanto, esta resurrecci—n de entre los muertos pertenece a este per’odo, y no s—lo a la eternidad. ÇPorque ya no pueden m‡s morir, pues ... son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrecci—n.È Los malvados ser‡n resucitados para ser juzgados, pero estos ser‡n resucitados porque han sido hechos dignos de obtener la resurrecci—n que Dios ha obtenido. Vemos en el pasaje citado la prueba de una resurrecci—n que s—lo ata–e a los hijos de Dios: son hijos de Dios, por ser hijos de la resurrecci—n.

Ser hijo de Dios y tener parte en esta resurrecci—n es el t’tulo y la herencia de las mismas personas.

Juan 5:25-29: ÇDe cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oir‡n la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivir‡n. Porque como el Padre tiene vida en s’ mismo, as’ tambiŽn le ha dado al Hijo tener vida en s’ mismo; y tambiŽn le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravillŽis de esto; porque vendr‡ hora cuando todos los que est‡n en los sepulcros oir‡n su voz; y los que hicieron lo bueno saldr‡n a resurrecci—n de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrecci—n de condenaci—n.È Se usa este pasaje para oponerlo a la resurrecci—n de los justos como aparte de la de los injustos; pero veremos que enuncia, y adem‡s explica y fortifica, las pruebas de la verdad que estamos considerando.

Se presentan dos actos de Cristo como los dos atributos de Su gloria, el uno que consiste en vivificar; el otro, en juzgar. ƒl da vida a todos los que quiere, y le ha sido encomendado todo juicio, a fin de que todos, incluso los malvados, honren al Hijo como honran al Padre. Jesœs fue ultrajado aqu’ en la tierra. ÁPues bien! Dios el Padre provee para que los derechos de la gloria de Su Hijo sean reconocidos. ƒl da vida a los que ƒl quiere, a su alma primero, y luego a su cuerpo.

Estos le glorifican gustosamente. En cuanto a los malvados, la manera de vindicar la gloria de 6 En la expresi—n que aparece en 2 Timoteo

1:10, Çsac— a luz la vida y la inmortalidad por el evangelioÈ, ÇinmortalidadÈ significa la incorruptibilidad del cuerpo, y no la inmortalidad del alma.

Cristo con respecto a ellos es la de juzgarlos. En la obra de vivificaci—n, el Padre y el Hijo actœan de consuno, porque los vivificados deben estar en comuni—n con el Padre y con el Hijo. Pero, en cuanto al juicio, el Padre no juzga a nadie, porque no es el Padre quien ha sido ultrajado, sino el Hijo. Los malvados honrar‡n a Jesucristo mal que les pese, cuando sean juzgados. ÀCu‡ndo se cumplir‡n estas cosas? Para los malvados, en el tiempo del juicio, tanto de los vivos como de los muertos, ante el Gran Trono Blanco. Para los hijos de Dios se cumplir‡n cuando sus cuerpos participen de la vida comunicada a sus almas, en la vida del mismo Cristo, cuando tenga lugar la resurrecci—n de los justos. La resurrecci—n, para ellos, no es una resurrecci—n de juicio, sino sencillamente, volviendo otra vez sobre ello, el acto de la potencia vivificadora de Jesœs para con los hijos de Dios, que ha operado ya en cuanto a sus almas, y que, cuando llegue el tiempo se–alado por Dios, operar‡ asimismo en cuanto a sus cuerpos. ÇLos que hayan hecho lo buenoÈ, dice nuestro texto, Ça resurrecci—n de *vida;* y los que hayan hecho lo malo, a resurrecci—n de *condenaci—n.* È

A esto se objeta que Jesœs dijo (v. 28): ÇVendr‡ hora cuando todos los que est‡n en los sepulcros oir‡n su vozÈ: As', los malvados y los justos evidentemente han de resucitar juntos. Pero tres vers'culos antes se dice (v. 25): ÇViene la hora, y ahora es, cuando los muertos oir‡n la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivir‡n.È *Hora* comprende aqu' todo el espacio de tiempo transcurrido desde la venida del Salvador, y, bajo esta palabra, se encierran dos estados de cosas bien distintos, siendo que los muertos oyeron la voz del Hijo del Hombre mientras viv'a en la tierra, y que la est‡n oyendo despuŽs de dieciocho siglos. As', lo que aqu' se nos expone es esto: vendr‡ la hora7 para la vivificaci—n del alma; es una hora que ya ha durado casi veinte siglos; y tambiŽn vendr‡ la hora para el juicio.

El tŽrmino hora tiene el mismo sentido en los dos pasajes. Esto es, que hay un tiempo de vivificaci—n y un tiempo de juicio; hay un per'odo durante el que las almas son vivificadas, y un per'odo en el que los cuerpos ser‡n resucitados. La resurrecci—n, as', es s—lo la aplicaci—n del poder vivificador de Jesucristo a mi cuerpo. Yo serŽ resucitado porque ya he sido vivificado en mi alma. La resurrecci—n es la

coronaci—n de toda la obra, por cuanto soy hijo de Dios, por cuanto el Esp’ritu mora en m’, por cuanto, por lo que a mi alma respecta, ya he resucitado con Cristo.

Hay una resurrecci—n de vida que pertenece a los que habr‡n ya sido vivificados en sus almas, y una resurrecci—n de juicio, para aquellos que habr‡n rechazado a Jesœs.

7 Para el empleo de este tŽrmino, vŽase Juan 5:35; 16:4, 25, 26; Lucas 22:53; 1 Juan 2:18; 2 Corintios 7:8; Filem—n 15.

La relaci—n entre la venida de Cristo

y la resurrecci—n de los muertos

1 Corintios 15:23. En este pasaje vemos claramente la relaci—n entre la venida de Cristo y la resurrecci—n de los muertos, y el orden de la resurrecci—n nos es expuesto de manera sumamente expl’cita. Cristo es las Çprimicias de los que durmieronÈ (v. 20); Çde los que durmieronÈ, y no de los malvados. Los que son de Cristo resucitar‡n en Su venida; despuŽs de esto vendr‡ el fin, el tiempo en el que ƒl entregar‡ el reino a Dios Padre. Cuando ƒl llegue, tomar‡ el reino, pero al final lo entregar‡. La aparici—n de Cristo tendr‡ lugar antes del fin; y tendr‡ lugar para destrucci—n de los malvados; vendr‡ para purificar Su reino. Cristo, las primicias; luego *los que son de Cristo,* en su venida. Luego el fin.

1 Tesalonicenses 4. Cuando venga Cristo, ƒl traer‡ tambiŽn consigo a los creyentes, y los que murieron en Cristo resucitar‡n primero. ƒste es el cumplimiento de nuestras esperanzas. Es el fruto de nuestra justificaci—n, y la consecuencia de la morada del Esp’ritu Santo en nosotros.

Los justos que hayan pasado por la muerte resucitar‡n primero; luego, los justos aœn vivientes ser‡n transformados, e ir‡n juntos al encuentro del Se–or en el aire. Esto es algo que pertenece exclusivamente a los fieles, a los que, viviendo o durmiendo, est‡n en Cristo, y que desde este momento estar‡n para siempre con el Se–or.

Filipenses 3:10 y siguientes: ÇA fin de conocerle [a Jesucristo], y el poder de su resurrecci—n... si en alguna manera llegase a la resurrecci

—n de entre los muertosÈ.

ÀPara quŽ hablar de esta manera, si fuera cierto que tanto los buenos como los malos han de resucitar juntos y de la misma manera? Esta *resurrecci—n de entre los muertos* es precisamente esta Çprimera resurrecci—nÈ que Pablo ten’a constantemente delante de s’. Con esto ven’a a decir: ÇConsiento en perderlo todo, en sufrirlo todo, si, cueste lo que cueste, alcanzo la resurrecci—n de los justos: Žste es todo mi deseo.È

Evidentemente, Çla resurrecci—n de entre los muertosÈ era algo que tocaba exclusivamente a la Iglesia. Ella pod’a decir, como el ap—stol: ÇProsigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesœs.È

El intervalo entre la resurrecci—n de los fieles

y la resurrecci—n de los pecadores

En cuanto al per’odo o intervalo que se interpone entre la resurrecci—n de los fieles y la resurrecci—n de los pecadores, se trata de una circunstancia que es realmente independiente del principio como tal, esto es, de la distinci—n entre ambas resurrecciones. Nuestra fe sobre este

punto tiene que depender exclusivamente de una revelaci—n dada, que no tiene otra importancia que el que as’ lo ha querido Dios para Su gloria. Este per’odo s—lo se menciona en el Apocalipsis bajo la menci—n de *mil a–os.* Entre las dos resurrecciones transcurren mil a–os. As’ el œnico punto en el que cito este libro es en cuanto al per’odo de tiempo del reinado del Hijo del Hombre sobre la tierra. Este pasaje se encuentra en Apocalipsis 20:4: ÇY vi tronos...È.

El mundo sabr‡ entonces que nos ha sido otorgada la gracia, que hemos sido amados como el mismo Jesœs ha sido amado por el Padre.

Si la primera resurrecci—n, la de los justos, no hubiera de ser tomada literalmente, Àpor quŽ habr’a de serlo la de los malvados? Como objeto de nuestra esperanza y fuente de nuestra consolaci—n y gozo, ser’a bien poco saber que todos resucitar‡n, incluyendo los injustos; pero lo precioso, y esencial, es saber que la resurrecci—n de los fieles ser‡ la consumaci—n de su dicha; que por medio de ella Dios cumplir‡ Su amor para con nosotros; que despuŽs de habernos dado vida a nuestras almas, dar‡ vida a nuestros cuerpos, y sacar‡, del polvo de la

tierra, una forma apropiada a la vida que nos ha sido dada de parte de Dios. Nunca vemos en la Palabra de Dios la menci—n de *esp’ritus glorificados,* sino siempre de *cuerpos glorificados.* Tenemos la gloria de Dios, y la gloria de los que ser‡n resucitados.

Es mi deseo, queridos amigos, que el conocimiento de esta verdad, por el poder de Cristo, del que depende todo su cumplimiento, nos vivifique en nuestros corazones para hacernos perfectos. Por cuanto este conocimiento, en toda su extensi—n, es lo que las Escrituras llaman Çla perfecci—nÈ.

Cristo fue as’ hecho perfecto en cuanto a Su estado y posici—n delante de Dios; tambiŽn nosotros somos ahora perfectos por la fe, reconociendo que somos resucitados con ﬂ, como lo seremos m‡s adelante en cuanto a nuestros cuerpos. Que vuestro cuerpo, alma y esp’ritu sean guardados irreprensibles hasta la venida de nuestro Bienamado; que esta verdad de la resurrecci—n de la Iglesia quede atada, en nuestros esp’ritus, a todas las preciosas verdades de nuestra salvaci—n consumada en Cristo, Áy que se cumpla por la plenitud de nuestra salvaci—n en cuanto a nuestros mismos cuerpos!

QUINTA CONFERENCIA

(Daniel 2)

El progreso del mal sobre la tierra.

Hemos hablado hasta aqu’ de la uni—n de Cristo y de la Iglesia, hecha semejante a ﬂ; de la venida misma de Cristo, y de la resurrecci—n de la Iglesia, por la que ella tiene parte en esta gloria de Cristo como coheredera.

El tema que nos ocupar‡ esta tarde no est‡ igualmente lleno de gozo y de felicidad, pero es necesario que conozcamos el testimonio que da Dios acerca del *mal* que hay en el hombre.

Espero, queridos amigos, que la consecuencia ser‡ la de volvernos sinceramente serios. La contemplaci—n del progreso del mal, y del juicio que este mal atraer‡, tiene como efecto, de entrada, llevarnos a evitar este mal; luego, convencernos del poder de Dios, el œnico que lo puede eliminar. ÇMirad que no desechŽis al que hablaÈ, etc. (He 12:25-29). Veamos pues el pensamiento del ap—stol acerca del gran

cambio que tendr‡ lugar cuando sea destruido el poder del mal.

Lo que os quiero presentar esta tarde ser‡ para mostraros que, en lugar de esperar un progreso continuado del bien, tenemos que esperar, bien al contrario, un progreso del mal; y que la esperanza de que la tierra vaya a quedar llena del conocimiento del Se–or antes que ƒl ejerza Su juicio y la consumaci—n de este juicio sobre la tierra constituye una esperanza falsa.

Tenemos que esperar que el mal progrese, hasta que se vuelva tan flagrante que demande que el Se–or lo juzgue.

Primero, os mostrarŽ que el Nuevo Testamento nos presenta constantemente que el mal va creciendo hasta el fin, y que Satan‡s lo impulsar‡ hasta que el Se–or destruya su poder. En segundo lugar, tratarŽ de exponeros el car‡cter que asumir‡ este mal, en cuanto a su forma externa, como poder secular. En otras palabras: lo que tengo que deciros puede quedar reducido a estos dos encabezamientos.

Primero: La *apostas’a* que tiene lugar dentro de la misma cristiandad. Segundo: La formaci—n, ca’da y ruina del poder mundano del *Anticristo,* en el sentido de un poder visible.

La par‡bola de la ciza–a

ComenzarŽ por Mateo 13:36, la par‡bola de la ciza–a. SabŽis que nos presenta esta circunstancia: que mientras los hombres dorm’an, el enemigo sembr— ciza–a dentro del campo del padre de familia; y que, al preguntarle los siervos si ten’an que arrancar la ciza–a, les responde que no, que el trigo y la ciza–a tienen que crecer juntos hasta la siega. ƒsta es, entonces, la sentencia del Se–or: que el mal que ha hecho Satan‡s dentro del campo donde ha estado sembrada la semilla buena de la Palabra permanece y madura hasta el fin. Se trata de una declaraci—n expl’cita de que los esfuerzos de los cristianos no servir‡n de nada para quitar el mal, que permanecer‡ hasta el d’a del juicio. ÇDejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega.È

ÇLa siegaÈ es el fin del siglo, esto es, de la actual dispensaci—n.

Lo que est‡ en acci—n actualmente en el reino de Dios es la gracia, no el juicio; no estamos para juzgar el mundo. Incluso si pudiŽramos decir con certeza de alguien que es hijo de Satan‡s, por este mismo

hecho quedar’a fuera de nuestra jurisdicci—n. Tenemos que ver con la gracia; esto es, no puedo tocar el mal que Satan‡s ha producido, pero puedo actuar como instrumento de la gracia, por cuanto Dios nos permite sembrar buena semilla.

As’, la ciza–a no son simplemente hombres malvados, o los paganos, por cuanto estos œltimos no han estado sembrados entre el trigo. La ciza–a es todo mal concreto sembrado por el enemigo despuŽs que Jesucristo ha sembrado la buena semilla. Lo que yo puedo llamar herej’a, corrupci—n de la verdad, quedar‡ entonces hasta la siega; el mal que Satan‡s ha producido mediante la religi—n corrompida se mantendr‡ hasta el fin; todos nuestros esfuezos tienen que tender no a la destrucci—n de la ciza–a, sino a recoger a los hijos de Dios, a reunir a los coherederos de Jesucristo.8

Los postreros tiempos

1 Timoteo 4:1. ÇPero el Esp’ritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatar‡n de la fe, escuchando a esp’ritus enga–adores y a doctrinas de demonios, por la hipocres’a de mentirosos ...È

8 Leemos, en 2 Samuel 23:1-7, una profec’a sumamente notable acerca del juicio de los malvados, Çlos cuales no podr‡n ser tomados con la manoÈ (v. 6, V.M.), y de la hermosura y de las bendiciones de la venida de Aquel que reinar‡ en justicia, y cuyas bendiciones se corresponder‡n con Su fidelidad en mantener Su pacto durante nuestro estado de desdicha.

No puede esperarse el progreso universal del Evangelio propiamente dicho. Podr‡ haber, *y desde luego habr‡* lo necesario para la reuni—n de los miembros de la familia de Dios; pero lo que debemos esperar es lo que est‡ encerrado en estas palabras como cuadro de los œltimos tiempos: que Çalgunos apostatar‡n de la feÈ (cp. 2 Pedro 2:1-3).

2 Timoteo 3:1-5: ÇPorque debes saber esto: que en los postreros d’as vendr‡n tiempos peligrosos...È ÀDebemos acaso atenernos a lo que nos digan los hombres? No, sino a lo que nos dice Dios. Observemos el lenguaje que emplea Jerem’as con Hanan’as (Jer 28:6ss.). Se nos responder‡ que el conocimiento de Jehov‡ llenar‡ la tierra como las aguas cubren el fondo de la mar. Y yo creo que indudablemente el conocimiento de Jehov‡ llenar‡ la tierra, pero no es de esto de lo que estamos tratando aqu’. La cuesti—n es Žsta: À *C—mo* se cumplir‡ esto? Yo respondo que mediante los juicios de Dios. ÇLuego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia.È

Volvamos a nuestro pasaje en 2 Timoteo: ÇPorque habr‡ hombres amadores de s’ mismos...È

(3:2). No se trata de los paganos, sino de los cristianos, de los cristianos nominales; porque se dice de estos hombres Çque tendr‡n apariencia de piedad, pero negar‡n la eficacia de ella.È Los caracteres que indica el ap—stol como pertenecientes a los que profesan el cristianismo son los mismos que los de los paganos, tal como se les describe en el m‡s bajo nivel de su envilecimiento al comienzo de la

ep’stola a los Romanos, y en tŽrminos muy parecidos. Y se a–ade, acerca de estos hombres de los postreros d’as, que Çir‡n de mal en peorÈ.

Vemos la misma expectativa del mal en 2 Timoteo 4:1-4: ÇTe encarezco delante de DiosÈ, etc.

Algo que debemos destacar es que la ciza–a ya hab’a estado sembrada en los tiempos de los mismos ap—stoles, lo que es cosa buena para nosotros. Si tal cosa hubiera venido con posterioridad, no tendr’amos el testimonio de la Palabra a este respecto para advertirnos, para dirigirnos cuando llegaran estos acontecimientos peligrosos, y para comunicarnos la perfecta luz de Dios acerca de este estado de cosas.

1 Pedro 4:17: ÇPorque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios.È Comparemos estas palabras con Hechos 20:28-31: ÇPor tanto, mirad por vosotros, y por todo el reba–o en que el Esp’ritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Se–or, la cual Žl gan— por su propia sangre. Porque yo sŽ que despuŽs de mi partida entrar‡n en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonar‡n al reba–o. Y de vosotros mismos se levantar‡n hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras s’ a los disc’pulos.È ƒste estado de cosas comenz— ya en vida de los ap—stoles.

1 Juan 2:18. Vemos por este pasaje que Çel œltimo tiempoÈ no significa el tiempo de Jesœs, sino el tiempo del Anticristo. Ha habido precursores del Anticristo. Lo que caracteriza a los œltimos tiempos no es el Evangelio extendido por toda la tierra, sino la presencia del Anticristo.

La apostas’a

Judas. Esta ep’stola es propiamente un tratado sobre la apostas’a, y encontramos en el vers’culo 4 una sucinta descripci—n de su car‡cter. El ap—stol anuncia que encuentra necesario exhortar a los creyentes a que contiendan por lo que ya hab’an recibido; que entre ellos se deslizaban, ya entonces, gentes que propiciaban la apostas’a; y que ello deb’a proseguir hasta el juicio de Jesucristo; porque vemos que despuŽs de haber descrito su car‡cter con mayor detalle, a–ade, en el v. 15, que es esta misma clase la que ser‡ objeto del juicio del Se–or cuando ﬂ regrese; esto es, que el mal, que se ha manifestado en la Iglesia desde el principio, tiene que persistir hasta la venida de Cristo.

En el v. 11 tenemos las tres clases de apostas’a, y a los hombres caracterizados por su esp’ritu: la apostas’a natural, la apostas’a eclesi‡stica, y la rebeli—n abierta, sobre la que caer‡ el juicio. Tenemos en primer lugar el car‡cter de Ca’n: la apostas’a de la naturaleza, odio, injusticia; en segundo lugar, el car‡cter de Balaam: ense–ar el mal por recompensa; se trata de una apostas’a eclesi‡stica; y en tercer lugar, el car‡cter de CorŽ, esto es, de aquel que se levanta contra los derechos del sacerdocio y de la realeza, la realeza de Cristo en los tipos de MoisŽs y Aar—n.

ÁAy! Lo que reunir‡ al mundo no ser‡ el Evangelio, sino el mal. ÇY vi salir de boca del drag—n, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres esp’ritus inmundos...È, etc. (Ap 16:13, 14). Se puede discutir para decidir a quiŽn se aplican los rasgos de estos tres esp’ritus inmundos, pero desde luego que no es al Evangelio, sino al mal.

Pero se nos dir‡ que se ve la desaparici—n del poder de la cristiandad corrompida por medio del juicio, y se pretende que la destrucci—n de su influencia dar‡ lugar al Evangelio. Pero el Esp’ritu dice: ÇY los diez cuernos [reyes] que viste en la bestia [el Imperio Romano], Žstos aborrecer‡n a la ramera [el poder eclesi‡stico], y la dejar‡n desolada y desnuda; y devorar‡n sus carnes, y la quemar‡n con fuego; porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que Žl quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de DiosÈ (Ap 17:16, 17).

Esto es lo que los cristianos desear’an: la destrucci—n de la influencia de la ramera sobre el mundo.

Pero, Àacaso si se destruyera su poder exterior, pasar’an los reinos a ser reinos de Jesucristo? Al contrario, los reyes dar‡n su poder a la bestia. La gran ramera ha dominado por mucho tiempo a la bestia. Al final le ser‡n arrebatados su dominio y riquezas, pero s—lo para que los diez cuernos den su poder a la bestia, a fin de que se disipe toda incertidumbre, y para que su voluntad y car‡cter blasfemos se manifiesten totalmente en su œltima apostas’a. Y el poder de la corrupci—n y de la seducci—n dar‡ paso al poder de la rebeli—n abierta contra Dios.

2 Tesalonicenses 2:3-12: ÇNo vendr‡ [este d’a del Se–or] sin que antes

venga la apostas’a, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdici—n, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama DiosÈ.

En el pasaje citado tenemos lo que tiene que llegar antes que venga el d’a del Se–or. Y tenemos que tomar las cosas tal como nos las dice la palabra de Dios. Los cristianos, habiendo visto en las Escrituras la promesa de que la tierra ha de ser llena del conocimiento de Jehov‡, han dicho: ÇBien, pues la llenaremos de este conocimientoÈ. Pero en las Escrituras este logro se atribuye a la gloria de Cristo.

El aliento de Su boca, mediante el que el Se–or destruir‡ al hombre de pecado, no es el Evangelio, sino la fuerza y el poder de Cristo en juicio. VŽase Isa’as 11:4: ÇCon el esp’ritu de sus labios matar‡ al imp’oÈ; Isa’as 30:33: ÇEl soplo de Jehov‡È enciende el juicio.

Veremos que este Anticristo reunir‡ los caracteres de maldad que han aparecido desde el comienzo. En primer lugar, el hombre en EdŽn quiso hacer su propia voluntad; en segundo lugar, quiso exaltarse como Dios; en tercer lugar, se puso bajo el dominio de Satan‡s. Ahora bien, estas son las tres cosas que veremos aparecer en el Anticristo: toda la energ’a humana exalt‡ndose contra Dios. Esto es lo que suceder‡ al final bajo la œltima forma del Imperio Romano, o la cuarta bestia. Es el fruto madurado del coraz—n humano, que es en s’ mismo un Anticristo.

La cuarta bestia

SabŽis que han existido tres bestias sucesivas: el imperio de Babilonia; luego el imperio de Persia; a continuaci—n el imperio de Grecia, o especialmente el de Alejandro, y que el cuarto es el Imperio Romano. Pero este œltimo tiene un car‡cter totalmente peculiar.

SabŽis que al comienzo, o m‡s bien antes del comienzo de estas cuatro monarqu’as, el trono de Dios sobre la tierra estaba en JerusalŽn. El Se–or manifestaba Su presencia por encima del arca donde estaba Su ley, en Su templo, de manera sensible. Pero al comienzo del per’odo actual, que es el de los gentiles, el trono del Se–or fue quitado de JerusalŽn. VerŽis esto descrito bien claramente en los cap’tulos 1-11 del profeta Ezequiel. La gloria del Se–or que hab’a visto el profeta junto al r’o Quebar, en el primer cap’tulo, la ve salir de JerusalŽn en el undŽcimo; de la casa, 10:18, 19; y de la ciudad, 11:23. Es un hecho destacable que la gloria del Se–or haya abandonado Su trono terrenal. Adem‡s, al mismo tiempo este poder terreno fue transferido de JerusalŽn a los gentiles (el gobierno de los hombres). Esto es lo que vemos en Daniel 2:26-38: ÇŽste es el sue–o; tambiŽn la interpretaci—n de Žl diremos en presencia del rey. Tœ, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad...È.

VerŽis que por la destrucci—n del œltimo rey de los jud’os, el dominio humano pas— a los gentiles en persona de Nabucodonosor. Este rey comenz— estableciendo una falsa religi—n por la fuerza; hizo una estatua para que todo el mundo la adorara, y se enorgulleci—; es por esto que se volvi—

como una bestia durante siete a–os. Es decir, que en lugar de comportarse como hombre, humilde delante de Dios, como delante de Aquel que le hab’a dado el poder, por un lado se exalt— a s’

mismo, y por otro se dedic— a devastar el mundo para satisfacer su voluntad.

Dejando de momento a un lado las monarqu’as segunda y tercera, que de momento no tienen una importancia tan directa, y siguiendo el car‡cter de la cuarta, descubriremos algunos rasgos dignos de atenci—n. Los jud’os se encuentran en cautiverio desde los tiempos de

Nabucodonosor hasta el d'a de hoy. Es cierto que hubo un regreso de este pueblo del cautiverio, pero sin que cesara de estar bajo el poder de los gentiles; y desde luego el trono de Dios no fue restaurado. Y si Dios permiti— que los jud'os regresaran temporalmente a su pa's, ello se debe a que quiso que Su Hijo apareciera al principio de la cuarta monarqu'a. Y, en efecto, es precisamente en el momento en el que la cuarta monarqu'a, bajo su forma imperial, se hab'a convertido en el poder mundial, que les fue presentado el Hijo de Dios, el leg'timo Rey de los Jud'os y de los gentiles. ÀY quŽ es lo que ellos hicieron? Lo crucificaron. Los principales sacerdotes, que eran los representantes de la religi—n terrenal dada por Dios, y Poncio Pilato, el representante del poder terrenal, se unieron para rechazar y dar muerte al Hijo de Dios. As' tenemos a la cuarta monarqu'a culpable de rechazar los derechos del Mes'as. Los jud'os, como veremos de manera detallada en una posterior conferencia, son echados a un lado, y es entonces que tiene lugar el llamamiento de la Iglesia para los lugares celestiales. Pero por lo que respecta al estado de la Iglesia sobre la tierra, la hemos visto alterada por la semilla del Maligno, y por la apostas'a que resulta de la misma; hemos visto a continuaci—n que la corrupci—n de la cristiandad dar‡ lugar a una rebeli—n m‡s abierta y pronunciada, la de la misma bestia: esto es, de esta misma cuarta monarqu'a, bajo una forma nueva y œltima que est‡ todav'a por venir. Esto es lo que dar‡ lugar a su juicio (Dn 7:9-11, 13, 14). ÇEstuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sent— un Anciano de d'as, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono era llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un r'o de fuego proced'a y sal'a de delante de Žl; millares de millares le serv'an, y millones de millones asist'an delante de Žl; el Juez se sent—, y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego.È Vers'culos 13 y 14: ÇMiraba yo en la visi—n de la noche, y he aqu' con las nubes del cielo ven'a uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de d'as, y le hicieron acercarse delante de Žl. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasar‡, y su reino uno que no ser‡

destruido.È

Aqu’ tenemos, pues, el reino dado al Hijo del hombre una vez que la cuarta bestia sea destruida.

Sin embargo, este juicio y esta destrucci—n de la cuarta monarqu’a no han llegado todav’a. Como prueba citarŽ Daniel 2:34, 35: ÇEstabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hiri— a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuz—. Entonces fueron desmenuzados tambiŽn el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras de verano, y se los llev— el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hiri— a la imagen fue hecha un gran monte que llen— toda la tierra.È Esto es, que antes que la piedra cortada no por mano se extienda y llene toda la tierra, destruye por completo a la estatua; oro, plata, bronce, hierro y tierra son barridas como el tamo por el viento. Desde luego, esto no est‡ cumplido en absoluto. Con la acci—n de la piedra lo que se consigue no es un cambio de car‡cter de la estatua; se trata de un golpe, de un golpe repentino; es un golpe que quebranta, que destruye, y que no deja ni rastros de la existencia de la imagen, tal como lo dice aqu’: ÇSin que de ellos quedara rastro alguno.È El Imperio Romano, los pies, y, junto con los pies, todo el resto, desaparece. Con este solo golpe queda todo pulverizado, destruido, aniquilado, y, despuŽs de este juicio, la piedra que golpea la imagen llega a ser un monte que llena toda la tierra.

Queridos amigos, Àacaso el cristianismo golpe— la cuarta monarqu’a cuando comenz— a extenderse? Al contrario, el Imperio Romano sigui — existiendo, y lleg— a cristianizarse; adem‡s, los pies de la estatua no exist’an en este tiempo. El acto de destrucci—n se–alado mediante la ca’da de la piedrecita contra los pies de la imagen no representa en absoluto la gracia del Evangelio, ni tiene relaci—n alguna con la obra que efectœa el Evangelio. Adem‡s, no es hasta *despuŽs* de la destrucci —n *total* de la estatua que *comienza* a crecer la piedra, es decir, que el conocimiento de la gloria del Se–or, que tiene que llenar toda la tierra, no comenzar‡ a extenderse hasta despuŽs que la cuarta bestia sea juzgada y destruida.

Queda una dificultad que se puede presentar en la historia de esta bestia. Se puede alegar que el Imperio Romano no existe en la actualidad. Pero esto es una prueba adicional de lo que estamos diciendo. Apocalipsis 17:7, 8: ÇLa bestia que has visto, era, y no esÈ, esto es, que el Imperio Romano dej— de existir en tanto que imperio; pero, ÀquŽ sigue de ello? Que Çest‡ para subir del abismo e ir a perdici—n; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no est‡n escritos desde la fundaci—n del mundo en el libro de la vida, se asombrar‡nÈ. La bestia exist’a; luego deja de existir; luego saldr‡ del

abismo. Tendr‡ un car‡cter propiameente diab—lico, siendo la expresi—n del poder de Satan‡s.

As’, lo que aprendemos de manera general acerca del car‡cter de esta bestia es que, (1) Desde su inicio el Imperio Romano ha sido culpable del rechazamiento de Jesœs como Rey de la tierra; (2) Que posteriormente, en el seno de esta cuarta monarqu’a, aparece un cuerno peque–o que habla grandes cosas; y, finalmente, (3) que esta cuarta bestia, despuŽs de haber dejado de existir durante un tiempo, saldr‡ del abismo para existir una vez m‡s, y ser luego destruida, a causa de las

grandes palabras proferidas por el cuerno peque–o. Esto se relaciona con 2 Tesalonicenses 2:9, en cuanto a la venida del hombre de pecado, que es Çpor obra de Satan‡s, con gran poder y se–ales y prodigios mentirososÈ. La destrucci—n de este hombre se encuentra en el vers’culo 8.

Hay aœn otra descripci—n de la œltima cabeza de la bestia (vŽase Ap 17:11), que es la bestia misma.

El Anticristo

Daniel 11:36, etc. La relaci—n entre este pasaje y 2 Tesalonicenses 2:9 est‡ reconocida. Vemos en ambos pasajes la misma exaltaci—n de s’ mismo contra Dios. Esta œltima ep’stola a–ade el poder de Satan‡s, por cuanto el Inicuo es presentado en su car‡cter de apostas’a e iniquidad, mientras que en Daniel 9 aparece en su car‡cter terrenal y regio. En cuanto al tercer car‡cter de iniquidad que hemos observado, aparece con claridad la voluntad humana: ÇEl rey har‡ su voluntad.È

Deseo observaros tambiŽn lo que est‡ descrito en Juan 5:43. La naci—n jud’a recibir‡ a aquel que vendr‡ en su propio nombre. Vemos pues como la iniquidad del coraz—n humano llega a su punto culminante bajo la œltima cabeza de la cuarta monarqu’a.

En Isa’as 14:13-15 tenemos la descripci—n del mismo bajo el t’tulo de rey de Babilonia: ÇTœ que dec’as...È. Son precisamente todos los privilegios y todos los derechos de Cristo los que este rey se atribuye a s’ mismo. ÇSubirŽ al cieloÈ; esto es lo que hizo Cristo. ÇEn lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantarŽ mi tronoÈ; el trono de Cristo est‡ por encima de las potestades. ÇEl monte del testimonio ... a los lados del norteÈ es el palacio del gran rey, el rey de Israel en JerusalŽn. ÇSobre las alturas de las nubes subirŽ, y serŽ semejante al Alt’simo.È Cristo ha de venir con las nubes; Žl es la imagen del Dios invisible. ÇMas tœ derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.È

El progreso del mal no impide

la presentaci—n del evangelio

Esta tarde me temo que he herido muchas ideas queridas, queridas para los hijos de Dios; me refiero a la esperanza de que el evangelio se vaya a expandir por toda la tierra durante la actual dispensaci—n. Era precisamente la tarea de la Iglesia de Cristo proclamar por todas partes la gloria de Cristo; pero en realidad, si nos expresamos en conformidad a la Palabra, veremos en acci—n todo lo que es eficaz y poderoso en el mundo, pero sin tener a Dios en cuenta. Se exhibir‡n de una manera asombrosa todos los medios humanos, todas las facultades, y todos los talentos y conocimientos del hombre. Todo lo que pueda seducir el coraz—n y dominar el esp’ritu, todo lo que exista de recursos dentro del car‡cter y naturaleza del hombre, pero sin conciencia alguna, asombrar‡ al mundo, y lo atraer‡ tras las huellas del Anticristo, haciŽndole reconocer a la bestia, *La esperanza actual de*

porque la tendencia natural del hombre es la autoglorificaci—n, exaltarse contra Dios, y no el servicio a Cristo, ni humillarse bajo ﬂ. ÇTodo el que se exaltare, ser‡ humillado.È

Pero se nos dir‡ que esto significa desalentar todas las empresas que pudieramos mover para la propagaci—n del Evangelio sobre la tierra, si todo lo que van a conseguir es este resultado. Pero la verdad es que si se conciben falsas esperanzas, ya estamos enga–ados. En efecto, si se esperan grandes cosas, no es muy alentador ver todas las esperanzas frustradas. Es bien cierto que esta perspectiva del progreso del mal parece ofrecer bien poco aliento para nuestros esfuerzos: pero esto se debe a que nuestras esperanzas se han basado en nuestras propias ideas. Sin embargo, el verdadero efecto de estas perspectivas es exactamente el contrario. ÀAcaso el hecho de que Dios le dijera a NoŽ que iba a destruir el mundo, y de que NoŽ estuviera totalmente convencido de la inminencia del juicio de Dios, le impidi— predicar a sus contempor‡neos? Bien al contrario, esto es lo que le impuls— a ganar a aquellos que tuvieran o’dos para o’r. La convicci—n de que el falso cristianismo se mostrar‡ m‡s y m‡s refinado y corrompido en el mundo deber’a dar aœn m‡s energ’a y acci—n para el amor de aquel que cree; y la proximidad de los juicios de Dios, en lugar de paralizar nuestros esfuerzos, nos impulsar‡ con tanta m‡s fuerza, m‡s energ’a, m‡s fidelidad, para presentar el Evangelio, que es el œnico medio para evitar a los hombres los justos juicios que les amenazan.

Cuando digo que la ciza–a continuar‡ creciendo, en lugar de disminuir, Àdigo acaso con ello que no pueda aumentar tambiŽn el trigo? Naturalmente que s’ puede aumentar. Si el mal ha de empeorar con vistas al juicio, Dios da al mismo tiempo eficacia al testimonio que debe separar el bien. Creo que siempre es as’ como procede Dios. Si viŽramos la conversi—n de tres mil almas en Ginebra en un solo d’a, habr’a quien dir’a: Llega el milenio; el Evangelio va a extenderse por toda la tierra.

Bueno, pues puede que al a–o siguiente no haya m‡s de trescientos convertidos. ÀQuŽ es lo que demostr— la conversi—n de miles de personas en JerusalŽn, sino que Dios iba a juzgar aquella ciudad, y que de aquella generaci—n perversa sac— a los que deb’an ser salvos? Todas las veces que veamos crecer el mal, y a Dios actuando para apartar a los que creen, se trata s—lo de una se–al de que el juicio de Dios est‡ cercano. No se puede negar: Dios actœa de manera patente

en nuestros tiempos, y debemos darle gracias de todo coraz—n; y esto me demuestra tanto m‡s que se acerca el momento en el que Dios arrebatar‡ a los suyos del mundo.

Hay dos se–ales de inminencia del juicio: Una es que el mal aumenta, que la impiedad crece, que todos los recursos del hombre se desarrollan de una manera maravillosa; la otra, que los cristianos se retiran de este estado de cosas. En todo caso, nada hay que nos impida trabajar en la obra de Dios. Veo que se hace el bien, que se extiende y profundiza, y que Dios separa a Sus hijos del mal; por otra parte, veo como todos los principios del Maligno se desarrollan de manera clara; veo en la palabra de Dios una declaraci—n expresa de que la actual dispensaci—n llegar‡ a su fin, y que el mal llegar‡ a su culminaci—n, hasta que el Inicuo sea destruido por la venida de Cristo.

Romanos 11:22. Aqu’ tenemos, para concluir, la advertencia que nos da el Se–or: ÇMira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esta bondad; pues de otra manera tœ tambiŽn ser‡s cortado.È

ÀSe ha mantenido la Iglesia en esta bondad de Dios? La Cristiandad est‡ totalmente corrompida, los gentiles se han mostrado infieles a las dispensaciones de Dios en favor de ellos. ÀPuede la dispensaci—n gentil ser restaurada? No, es imposible. As’ como la dispensaci—n jud’a fue cortada, tambiŽn lo ser‡ la dispensaci—n cristiana. ÁQue Dios nos dŽ la gracia de mantenernos firmes en nuestra esperanza y de apoyarnos en Su fidelidad, que jam‡s fallar‡!

SEXTA CONFERENCIA

(Daniel 7:15-28)

Los dos caracteres del mal:

Apostas’a eclesi‡stica

y apostas’a civil.

Hasta ahora, queridos amigos, hemos estado hablando de la bienaventuranza que pertenece a la Iglesia, excepto que, en nuestra œltima conferencia, hemos seguido el progreso que har‡ el mal sobre la tierra hasta el fin. Este mal presenta un doble car‡cter, acerca de lo cual me propongo hablar todav’a, por cuanto las relaciones que existen entre el poder del mal y los juicios que lo acompa–an son de especial interŽs para los hijos de Dios. Cuando el mal llegue a su punto culminante, Dios lo destruir‡.

Los vers’culos que he le’do para comenzar son la interpretaci—n que el ‡ngel le da a Daniel de la visi—n que este profeta vio de las dos bestias; y, tal como siempre sucede en la interpretaci—n de las profec’as simb—licas, encierran rasgos nuevos. Aqu’, por ejemplo, en la explicaci—n dada a Daniel, se a–ade todo lo que suceder‡ a los santos; pero de todos modos lo que he le’do de Daniel 7:15-28, as’ como todo el cap’tulo, se relaciona con la bestia que se exalta, y que se eleva contra el Dios Todopoderoso.

Ya os he dicho, queridos amigos, que hay dos caracteres del mal que se desarrollan sobre la tierra.

El primero es la apostas’a eclesi‡stica, y el segundo es la apostas’a del mismo poder civil.

En primer lugar, el estado de apostas’a de la Iglesia, *contemplada en su responsabilidad externa,* ya ha llegado en principio. Y este principio tendr‡ una manifestaci—n m‡s abierta posteriormente.

Por otro lado, el poder civil se levantar‡ contra Aquel a quien pertenece el gobierno, contra Cristo, a quien Dios establecer‡ como Rey sobre la tierra. Y esta revuelta proceder‡ de la cuarta bestia (el Imperio Romano).

Antes de entrar directamente en nuestro tema para hoy, deseo hacer algunas observaciones acerca de Mateo 25, texto al que volveremos cuando nos refiramos a las naciones; porque todos los pueblos de la tierra que existir‡n al final de los tiempos estar‡n o bien sometidos a Cristo, y por ello salvos, o bien en rebeli—n, y en consecuencia destruidos. Pero, para deshacer las dudas acerca del tema de este cap’tulo, es necesario decir algunas palabras. Generalmente se cree que el juicio del que se habla en este cap’tulo es el juicio final, el juicio general. Esto es un error. ƒste es el juicio de las naciones *vivas*

sobre esta tierra, y no el de los muertos. Es por eso que no lo mencionŽ al hablar de la resurrecci—n de los muertos. Insisto: en este cap’tulo de Mateo no se trata de la resurrecci—n; se trata del juicio de los gentiles. En los cap’tulos 24 y 25 se ve el juicio de los jud’os, que sobrevendr‡ a los jud’os; luego el que llegar‡ a los creyentes; finalmente el que vendr‡ sobre los gentiles. ƒste es el juicio de los vivos, y no el de los muertos.

As’, insisto, es el juicio de los vivos. Esto es cuando leemos: ÇSer‡n reunidas delante de Žl todas las naciones; y apartar‡ los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.È

Lo que da pie para creer que se trata del juicio de los muertos es que se dice de los malvados que ir‡n al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. Pero esto s—lo quiere decir que el juicio de los vivos sera *inapelable,* como el de los muertos. Desde luego, cuando Dios juzgue a los vivos, Su juicio enviar‡ a unos a las penas eternas, y a otros a la vida eterna. El juicio de los vivos es tan cierto como el de los muertos. Ya hablaremos de esto en su momento.

La relaci—n de la apostas’a eclesi‡stica con

la apostas’a del poder civil

En la œltima conferencia hablŽ principalmente de la ciza–a y de la apostas’a eclesi‡stica, del progreso del mal en relaci—n con la revelaci—n, y de lo que ha sucedido en la esfera de la Iglesia sobre la tierra. Ahora examinaremos la apostas’a del poder civil en su forma exterior, y el juicio que le sobrevendr‡ de parte de Dios. Porque Su c—lera caer‡ sobre este poder civil. Si el mal eclesi‡stico desaparece hacia el fin en cierta manera en su car‡cter de poder secular y en su forma exterior, y si el mal civil es exaltado, el mal eclesi‡stico no por ello permanece menos vivaz; lo œnico es que no goza de la supremac’a; Žsa es la diferencia. En otros tŽrminos, no se trata en absoluto de que el poder eclesi‡stico se haya mejorado a s’ mismo; lo œnico que sucede es que no es ejercido de la misma manera; pero su influencia es por ello tanto m‡s perniciosa. Ya no tenemos un poder eclesi‡stico disponiendo del brazo secular, montado sobre la bestia, y domin‡ndola; asimismo, adopta una forma m‡s misteriosa, y en consecuencia m‡s peligrosa. La influencia oculta de este poder prosigue, pero queda privada de su esplendor exterior; porque por su orgullo los hombres comienzan ahora a levantarse y a unirse contra Dios, preparando el camino para el hijo de perdici—n.

Aunque la maldad eclesi‡stica sea siempre la peor de todas, sin embargo, como estamos diciendo, tendr‡ lugar y se manifestar‡ la apostas’a civil. SabŽis que todo poder civil proviene de Dios.

Ahora bien, de la misma manera que la iglesia pierde su sentido y car‡cter propios por su rebeli—n contra Dios, tambiŽn el gobierno civil se encuentra en estado de rebeli—n y apostas’a cuando, en lugar de sujetarse a Dios, se eleva contra el Dios que le ha dado su autoridad.

Siendo el Esp’ritu de Dios la verdadera fuerza de la Iglesia, la rebeli—n de la Iglesia comienza cuando, en lugar de someterse a Cristo, no obedece m‡s que la voluntad y el poder del hombre, apoy‡ndose sobre el hombre, renunciando a la verdad para seguir la mentira. Cristo es la cabeza; el Esp’ritu Santo es el œnico poder por medio del que actœa la Iglesia, y cuando la Iglesia no est‡

dirigida por el Esp’ritu Santo, y no est‡, en este sentido, verdaderamente sujeta a Cristo, la Cristiandad es moralmente ap—stata. Ahora bien, el poder civil se encontrar‡, al final de la actual dispensaci—n, en este mismo estado de rebeli—n, y es necesario recordar que la apostas’a en el orden civil es m‡s externa y destacada que en la Iglesia. Esto tendr‡ lugar en el seno de la cristiandad, y parece adem‡s que el mal eclesi‡stico ser‡ la fuente y el principal motor. Esto es lo que siempre ha sucedido. Cuando Absalom se rebel— contra David, tuvo un consejero, Ahitofel (2

S 15). La fuente primera de esta rebeli—n era indudablemente Satan‡s, pero Ahitofel dirigi— la conspiraci—n contra el rey. Cuando Dat‡n y Abiram, simples israelitas, se rebelaron contra MoisŽs, se le llam— a esto la rebeli—n del levita CorŽ, que era quien los hab’a seducido. Igualmente, Dios acusa a los sacerdotes y a los profetas, en el reino de Jud‡, por la iniquidad del pueblo, por cuanto son sus malvados consejos los que ha seguido el poder civil. ÀY quŽ ha llegado a suceder dentro de la Cristiandad? Que aquellos que hubieran debido edificar la Iglesia, representar la sabidur’a de Dios, y recordar al gobierno sus deberes para con Dios, est‡n ellos mismos en rebeli—n contra Dios, habiendo ocultado la verdad, y habiendo adoptado una forma que ha seducido al mundo, instruyendo tambiŽn al poder civil en los mismos extrav’os.

Habr‡ una rebeli—n, pues, de este poder civil, pero el poder eclesi‡stico ser‡ su alma.

La bestia con un falso profeta

ÀQuŽ encontramos en Armaged—n? A un falso profeta que se une a la bestia. De principio a fin, siempre hay una bestia, y con la bestia encontramos un falso profeta. Es el uno o el otro quien conduce la rebeli—n. Pero al fin la bestia toma la direcci—n, como capaz de actuar m‡s directa y libremente; y por ello es la bestia la que es finalmente el objeto directo del juicio. Esto es lo que vemos en el cap’tulo 7 de Daniel.

A partir del momento en que la bestia, o el poder civil de la cuarta monarqu’a, se rebele contra Dios, esta monarqu’a entrar‡ en relaci—n con los jud’os, y esto es lo que nos vuelve a llevar a la historia de este pueblo. Ya sabŽis, queridos amigos, que cuando la cuarta bestia apareci— en la

escena de este mundo, hab’a jud’os en JerusalŽn; sabŽis que Cristo fue presentado como Rey de los Jud’os a la cuarta bestia, representada por Poncio Pilato, que le rechaz— en este car‡cter que fl jam‡s perder‡. Al fin de esta era se producir‡ el mismo hecho: los jud’os, que habr‡n vuelto a su pa’s, aunque sin haberse convertido, se encontrar‡n relacionados con la cuarta bestia. Habr‡

santos entre ellos, y esta cuarta bestia, y de manera particular aquel que la representar‡ en Palestina, se exaltar‡ contra Dios, poniŽndose en oposici—n directa contra los derechos de Cristo como Rey de los Jud’os. Esta oposici—n a Cristo se elevar‡, ciertamente, mucho m‡s alto que en otras ocasiones, por cuanto se arrogar‡ los derechos de Cristo como Rey de los Jud’os, y ser‡

entonces que Cristo, viniendo del cielo, destruir‡ a la bestia junto con el Anticristo, tomar‡ el remanente de los jud’os como Su pueblo terrenal, y pondr‡ a todas las naciones debajo de Sus pies.

Con esto comprenderŽis que hay muchas cosas que se aplican a los santos, esto es, al residuo fiel de entre los jud’os, que no es de aplicaci —n a la Iglesia. Por ejemplo, sabemos que durante el tiempo de la apostas’a eclesi‡stica se han dado muchas persecuciones contra los fieles. Pero en los œltimos tiempos, cuando se tratar‡ de la persecuci —n contra los santos, tendr‡ lugar contra el residuo de los jud’os, cuya sangre ser‡ derramada como agua.

Si se toma la historia de la bestia de una manera muy general, sea ya en la Žpoca de Tiberio Augusto y de los otros emperadores, o si se

examina a la bestia no en su car‡cter pagano, sino bajo la influencia del cristianismo corrompido de la Edad Media, se ve que ha habido, tambiŽn en cada una de estas Žpocas, persecuciones contra los santos; y podemos tambiŽn decir de ellas que los santos han sido muertos. Pero, cuando llegue el momento en el que el poder civil levante abiertamente la bandera de la rebeli—n, en el momento en que estos hechos profŽticos se realicen de manera plena, ser‡ sobre los jud’os sobre quienes recaer‡n las persecuciones. En el momento en que se trata de los derechos de Cristo como Rey de los Jud’os, son los jud’os los que aparecen en escena, por cuanto los jud’os son el pueblo terrenal de Dios. Pero, ÀquŽ suceder‡ entonces con la Iglesia? Estar‡ totalmente fuera de la escena durante el tiempo de estas œltimas persecuciones.

Antes que citemos los cap’tulos de la Escritura que tratan del *Inicuo,* esto es, del poder ap—stata civil, que ha tomado el puesto del poder eclesi‡stico ap—stata, cabe insistir de nuevo en este principio: Que la revuelta del mal eclesi‡stico no es menos peligrosa porque no tenga la supremac’a. Bien al revŽs, repetimos que este poder es el secreto consejero de todo el mal. El œnico cambio que tenemos aqu’ es que el poder eclesi‡stico deja de tener el dominio *exterior;* esto es lo que induce al error. Por el hecho de que no se pueda ver de manera manifiesta su poder de quitar reyes, se ha llegado a creer que todo este poder eclesi‡stico ha desaparecido enteramente.

No se ha prestado atenci—n a lo que los hijos de Dios deben ver en la Palabra de Dios, esto es, que la existencia moral de este poder sobrevivir‡ a la destrucci—n de su influencia pol’tica, y que ser‡

precisamente Žsta la que conducir‡ al poder pol’tico propiamente dicho a la rebeli—n contra Dios, *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

y al final a su destrucci—n. No quiero decir que no sea la voluntad del hombre la que, por s’

misma, conduzca a la bestia a su perdici—n. Creo que es verdaderamente as’; pero, en el inter’n, es la apostas’a eclesi‡stica la que se ha arrogado el poder de Dios, la que ha cerrado la puerta a la manifestaci—n de la voluntad de Dios, y, por medio de sus corrupciones y maquinaciones, atrae a los moradores de la tierra a reconocer y adorar a la bestia.

Paso a los pasajes que tienen que ver con lo que hemos estado diciendo.

De entrada, el final del cap’tulo 7 de Daniel, donde tenemos la cuarta bestia. A continuaci—n, Apocalipsis 16, y especialmente 17, donde encontramos dos cosas distintas: la gran ramera, o Babilonia, y la bestia. En el cap’tulo 17, tenemos a la mujer vestida de pœrpura (poder cuyo principal elemento es el eclesi‡stico); est‡ montada sobre la bestia (el poder civil). DespuŽs de esto, Çlos diez cuernos ... aborrecer‡n a la ramera (el poder eclesi‡stico), y la dejar‡n desolada y desnuda; y devorar‡n sus carnes, y la quemar‡n con fuego; porque Dios ha puesto en sus corazones ... dar su reino a la bestiaÈ.

Examinemos ahora los pasajes que tratan de las fuentes del mal, y de manera m‡s particular el de aquel poder en rebeli—n contra Dios, de la cuarta monarqu’a, y veamos la forma que tomar‡ esta revuelta.

El cap’tulo 12 de Apocalipsis muestra la fuente de este poder: el gran drag—n escarlata. Aqu’ se nos admite, por as’ decirlo, detr‡s de las bambalinas, y vemos tambiŽn el poder de Satan‡s deseando destruir a Aquel que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro: a Cristo; y en Cristo y con Cristo, a la Iglesia. ƒste es propiamente el poder de Satan‡s, y la gran lucha. La Palabra de Dios contrapone al Padre con el mundo, a la carne con el Esp’ritu, y a Satan‡s con el Hijo de Dios; aqu’ tenemos al gran drag—n, o Satan‡s, que quiere devorar a Aquel que ha de regir a las naciones con cetro de hierro; pero es en el cielo que lo vemos. Luego, en el v. 9, es arrojado de all’, un acontecimiento que todav’a no ha tenido lugar.

Aqu’ surge una dificultad para ciertas mentes. Por el hecho de que Satan‡s es expulsado de la conciencia, lo que es verdad,9 suponen que es echado tambiŽn del cielo. Es perfectamente cierto que Satan‡s no tiene poder sobre nuestra conciencia, si hemos comprendido el valor de la sangre de Cristo. TambiŽn es cierto que, aunque nuestras conciencias hayan sido purificadas, Cristo intercede por nosotros en el cielo, donde Satan‡s acusa a los hijos de Dios. Vemos, en Efesios 6:12, que las huestes espirituales de maldad est‡n en los lugares celestiales; as’, habr‡ una batalla en el cielo, la cual ser‡ el efecto no de un acto de intercesi—n ni de sacerdocio, sino de poder; que ser‡ llevada a cabo, quiz‡, con la ayuda de los ‡ngeles, pero que ser‡ en todo caso una obra de poder. Al mismo tiempo, si bien Satan‡s ser‡ arrojado del cielo, lo ser‡ sobre la tierra; pero no 9 Es decir, que su capacidad de acusar queda anulada en virtud de la sangre y de la obra de Jesucristo.

estar‡ aœn encadenado para ser lanzado al abismo, y los frutos de su maldad no habr‡n llegado aœn al colmo; as’, Žl descender‡ Çcon gran ira, sabiendo que tiene poco tiempoÈ.

Satan‡s, lanzado del cielo a la tierra, actuar‡ por medio del Imperio Romano. Apocalipsis describe lo que aparecer‡ en escena com instrumentos providenciales mediante los que asegurar‡ su poder sobre la tierra. ÇVi subir del mar una bestia que ten’a siete cabezas y diez cuernos.È10 Aqu’

tenemos los instrumentos terrenales. Esta bestia reunir‡ las caracter’sticas de las otras tres bestias.

Vemos aqu’ que el poder del drag—n se establece en el Imperio Romano, en la bestia con siete cabezas y diez cuernos.

ÇVi una de sus cabezas como herida de muerteÈ, esto es, una de las formas de gobierno del Imperio Romano destruida. Pero al final su herida mortal fue sanada, y la forma destruida, restablecida. Adem‡s, si comparamos los caracteres y las acciones del cuerno peque–o de la misma bestia de Daniel, veremos que el cuerno peque–o, esto es, este peque–o cuerno de Daniel Çque hablaba grandes cosasÈ, y que destruye a tres de los otros diez cuernos, veremos, digo, que imprime todo su car‡cter a la misma bestia; Žsta viene a ser su expresi—n moral delante de Dios.

As’, podr’amos decir, por ejemplo, que Napole—n era el imperio francŽs, por cuanto Žl representaba toda la fuerza de este imperio. Esta bestia ser‡ el poder civil, el Imperio Romano ap—stata, o en rebeli—n abierta contra Dios.

Pero hay adem‡s otra bestia (que no es el Imperio Romano), que Çejerce toda la autoridad de la primera bestia *en presencia de ella.* È En los vers’culos 11-14 se dice: ÇDespuŽs vi ... Y enga–a a los moradores de la tierra.È Aqu’ tenemos algo que se parece al poder de Cristo, y que m‡s tarde revestir‡, en medio de los jud’os, la forma del cristianismo; pero, tal como comprende el ap—stol, es de Satan‡s.

As’, es la segunda bestia la que seducir‡ a los moradores de la tierra, haciendo que sigan a la primera, esto es, al poder civil, al Imperio Romano.

La bestia hab’a recibido un golpe mortal. Esto es lo que ya le sucedi— a la forma imperial del Imperio Romano. Pero su herida ha de quedar

totalmente sanada. Vemos aqu’ que la bestia pierde su car‡cter imperial durante un tiempo, y que su herida queda luego sanada, y es cuando queda as’

restablecida que toda la tierra, asombrada, va en pos de ella.

10 Se debe observar que el drag—n tiene sus coronas sobre sus cabezas; la bestia del cap’tulo 13 las tiene sobre los cuernos. No hay menci—n de coronas sobre la bestia en la œltima forma que adopta.

As’, todav’a se ha de volver a ver la bestia imperial sobre la tierra, y por toda la tierra ser‡

admirada. Pero tambiŽn hemos visto que la segunda bestia seduce a los moradores de la tierra mediante los prodigios que lleva a cabo. Y esta segunda bestia aparecer‡ al final no manifestando el car‡cter de una bestia, sino el de un falso profeta; esto es, perder‡ todo su poder secular. No ser‡ ya una bestia rapaz y voraz; su car‡cter quedar‡ totalmente cambiado, y se ver‡ al falso profeta,11 que ser‡ reconocido como la segunda bestia por la perfecta semejanza de su car‡cter como aquel que ha hecho las cosas que ha hecho la segunda bestia, pero que aparece al final bajo esta nueva forma (cp. Ap 13:14 con 19:20).

Si contemplamos la faceta moral de los acontecimientos ya cumplidos, sabemos quiŽn ha ejercido todo el poder delante del poder civil; pero sigue habiendo un poder seductor, que har‡ prodigios de todo tipo, y que seducir‡ a los moradores de la tierra.

Veremos m‡s adelante las consecuencias de todo esto. Mientras tanto, recapitulemos lo dicho. El cap’tulo 12 nos presenta al drag—n en el cielo como el origen, la causa primera, de toda esta rebeli—n; el 13 nos muestra, como agente providencial visible, al Imperio Romano bajo la forma imperial. Esta bestia ha quedado herida de muerte, pero su herida mortal ha sido sanada; hay tambiŽn en su presencia otro poder que seduce a los moradores de la tierra, y cuando la herida de la primera bestia queda sanada, todo el mundo, lleno de admiraci—n, va en pos de ella. A–adamos aqu’ la circunstancia del cap’tulo 19, que la segunda bestia deja de ser bestia, y aparece al final como falso profeta.

En el cap’tulo 17 se da una descripci—n de la primera bestia que nos

da otros detalles que la ata–en. Vers’culos 7 y 8: ÇY el ‡ngel me dijo: ÀPor quŽ te asombras? Yo te dirŽ el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que has visto, era, y no es; y est‡ para subir del abismo e ir a perdici—n; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no est‡n escritos desde la fundaci—n del mundo en el libro de la vida, se asombrar‡n viendo la bestia que era y no es, y ser‡.È

La bestia Çest‡ para subir del abismoÈ, esto es, viene a ser de manera positiva el poder de Satan‡s al final; y esto es precisamente lo que suceder‡ cuando Satan‡s, echado del cielo (acontecimiento que tendr‡ lugar cuando la Iglesia sea arrebatada al cielo), llegar‡ con gran ira a la tierra. Entonces, bajo su influencia, la bestia (el Imperio Romano) que era, y no es, y que reaparece, retoma su fuerza y su forma, esto es, que el poder civil, en lugar de someterse a Dios, asume de manera total el car‡cter de Satan‡s, y se manifiesta, en conformidad al car‡cter de Satan‡s y por su instigaci—n, en rebeli—n abierta contra el poder de Dios.

11 El falso profeta no es Mahoma. Es la segunda bestia, ejerciendo todo el poder de la primera bestia delante de ella; pero Mahoma nunca ha hecho tal cosa.

Para buscar todas las marcas mediante las que se puede reconocer esta œltima forma de la bestia, se tiene que esperar hasta la aparici—n en el mundo de la cabeza imperial del Imperio Romano, el octavo rey de Apocalipsis 17:11. Esto es lo que tiene que suceder para que tenga lugar su destrucci—n.

Cuando el Imperio Romano exist’a bajo su forma pagana, no ten’a diez reyes; pero cuando esta bestia exista de nuevo (recordemos siempre que se trata del Imperio Romano), diez reyes le dar‡n su poder; no se trata de que diez reyes tomen su lugar. Adem‡s, es despuŽs de su destrucci—n que ser‡ reavivada, esto es, no se trata de la bestia pagana, no se trata de la historia de la Baja Edad Media, ni que ciertos reyes b‡rbaros (si es que se pudiera encontrar que eran diez) hayan tomado el puesto del Imperio. Ser‡ la que Çy ser‡È; esto es, la herida mortal ser‡ sanada, y reaparecer‡ la bestia imperial.

Los diez reyes Çentregar‡n su poder y su autoridad a la bestiaÈ, esto es, habr‡ una cabeza imperial, o emperador, y diez reyes que le dar‡n

su poder; los reinos seguir‡n existiendo, pero se tratar‡ de una confederaci—n de reinos. S—lo a modo de ilustraci—n, puedo mencionar que hemos visto en la historia a los reinos de Espa–a, Holanda, Westfalia, etc., bajo Napole—n.

Ha existido la bestia, y puede que hubiera diez reyes, pero nunca se ha dado el caso de diez reyes *dando su poder a la bestia que no era, y que existe de nuevo.*

ÇLas siete cabezas son siete montes.È Tenemos constantemente al Imperio Romano. ÇY son siete reyes. Cinco de ellos han ca'do; uno esÈ, haciendo menci—n a la cabeza imperial que exist'a en tiempos de Juan; Çy el otro, aœn no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. La bestia que era, y no es, es tambiŽn el octavoÈ rey (por cuanto los siete han pasado); Çy es de entre los siete, y va a perdici—nÈ, es decir, habr‡ una octava cabeza, una cabeza concreta, que reunir‡ todo el poder de la bestia, que ser‡ la misma bestia, y que, aœn siendo una cabeza aparte, es uno de los siete. Es la cabeza imperial, pero sobre una nueva forma; porque hay diez reyes que dar‡n su poder a esta octava bestia, y es en esta forma que ir‡ a su perdici—n. Es precisamente aqu' que se relaciona la venida de Cristo y de la Iglesia con el tema que tratamos (Ap 19, y 2 Ts 2).

Debo todav'a citaros Daniel 11:36-45: ÇY el rey har‡ su voluntad...È (cp. con 2 Ts 2:3, 4 y siguientes). Vemos en Daniel 11 que no se trata ya de una cuesti—n de supremac'a eclesi‡stica; en este cap'tulo lo que tenemos son guerras entre potencias civiles en Oriente. Con el vers'culo 36

comienza la historia del Anticristo, del rey que Çhar‡ su voluntadÈ, como hemos visto que igualmente hac'a el cuerno peque–o y que, finalmente, tras diversos incidentes, se dirige a JerusalŽn, a su fin. Es un rey como otro, uno de los reyes de la tierra, pero que ejerce su poder dentro de la tierra santa. No se trata aqu' de una forma de cristianismo, o del misterio de

iniquidad; en Tesalonicenses todo esto es anterior a la manifestaci—n del Inicuo; se ve que el rey deja totalmente a un lado las cuestiones eclesi‡sticas; se trata de un rey de esta tierra que es objeto de un ataque por parte de los reyes del Sur y del Norte.

Hagamos una observaci—n acerca de 2 Tesaloniceses 2, para nuestra

consolaci—n en medio de este triste curso de acontecimientos. ÇOs rogamos, pues, hermanos, por la venida del Se–or nuestro Jesœs el Cristo, y de nuestro recogimiento a Žl, que no os mov‡is f‡cilmente de vuestro sentimiento, ni se‡is espantadosÈ (v. 1, Reina) Los que aman la verdad escapar‡n enteramente de este poder mentiroso al que, en cambio, ser‡n entregados, por el juicio de Dios, los que no habr‡n recibido el amor a la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad. ƒste es el mal que se avecina, y el mundo deber'a ser advertido de ello, para que algunos sean saludablemente atemorizados ante ello, y sean conducidos a considerar seriamente la verdad de Dios. ÀY para quŽ

se anuncia esto a los hijos de Dios? Para que obtengan la mayor consolaci—n, y para que sean apartados de todo lo que conduce a este mismo fin. He dicho que no nos encontraremos inmersos en esta cat‡strofe, Por ello, advertidos de los juicios que tendr‡n lugar en esta terrible crisis, seamos llevados a desligarnos, desde ahora, de las causas que, por su misma naturaleza y debido a la justicia de Dios, atraen tan grande juicio.

El ap—stol hab'a hablado mucho de estas cosas en la asamblea de los Tesalonicenses, y les hab'a ense–ado a esperar la venida del Se–or. Ahora bien, ÀquŽ hizo entonces Satan‡s? Trat— de aterrorizar a los fieles, diciŽndoles que el d'a del Se–or ya hab'a llegado. No, les dice el ap—stol: Os conjuro por la venida del Se–or y por nuestra reuni—n con ƒl, que tiene que preceder a este d'a, os conmino a que no os dejŽis inquietar como si este d'a ya hubiera llegado.12 Este d'a caer‡

sobre el Inicuo, no sobre vosotros, porque vosotros ya estarŽis con Cristo, y le acompa–arŽis personalmente en este gran d'a en que ƒl volver‡.

Ya ha llegado el d'a, dec'an los enga–adores, el d'a ya est‡ aqu'. No, responde el ap—stol, por cuanto este d'a no llegar‡ hasta que vosotros los fieles hay‡is sido arrebatados en las nubes, y sea revelado el Inicuo.

Estas consolaciones nos son confirmadas en el segundo pasaje citado: Este hombre vendr‡ Çcon todo enga–o de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdadÈ.

12 VŽase la traducci—n de la Reina-Valera revisi—n 1977, y la Biblia de las AmŽricas, que traducen correctamente *enest‘ken* como Çha llegadoÈ, o Çest‡ presenteÈ, en lugar de la desafortunada traducci—n

de Reina ÇestŽ cercaÈ. El texto no niega que *estŽ cerca* el D'a del Se–or, sino que ya estŽ presente. Ver tambiŽn F. Lacueva, *Nuevo Testamento interlineal Griego-Espa–ol, loc. cit.* [N. del T.]

A–adirŽ s—lo que tenemos en este cap'tulo la descripci—n del car‡cter moral de la iniquidad sin freno del Inicuo, y del poder de Satan‡s. En el cap'tulo 11 de Daniel tenemos la descripci—n del car‡cter externo del Inicuo.

Esta tarde, queridos amigos, he intentado exponeros algo que est‡ probablemente fuera de vuestra forma de considerar estos temas; he tratado de resaltar la distinci—n y la uni—n a la vez del poder civil y del eclesi‡stico, as' como la distinci—n y uni—n a la vez de la rebeli—n eclesi‡stica y de la civil. Las dos cosas est‡n estrechamente ligadas, por cuanto vemos que la segunda bestia ejerce toda la autoridad de la primera bestia delante de ella, y que el falso profeta, que es esta segunda bestia, es lanzado al lago de fuego junto con la primera.

Observamos asimismo que este hecho se conecta con el de la presencia de los jud'os en JerusalŽn, en cuyas cercan'as la bestia hallar‡ su fin, acontecimiento que dar‡ fin a la actual dispensaci—n, manifest‡ndose el poder de Cristo sobre la tierra; eso nos llevar‡ a ver la uni—n de Cristo con el remanente de los jud'os, y, despuŽs de esto, el sometimiento de todas las naciones bajo Su cetro.

S—lo nos hemos referido a la cuarta bestia. Hay dos puntos dignos de consideraci—n en la historia de Israel: primero, las naciones coligadas contra Israel, cuando este pueblo estaba reconocido por Dios, y, en segundo lugar, las naciones que la llevaron en cautividad. Hasta ahora s—lo hemos estado tratando de Çlos tiempos de los gentilesÈ, el per'odo durante el que la realeza est‡

transferida de los jud'os a los gentiles, esto es, a las cuatro bestias de Daniel. Ezequiel, por su parte, habla de las naciones antes de estas cuatro bestias y despuŽs de ellas, pero nunca de los Çtiempos de los gentilesÈ mismos.

Es durante este per'odo que incluye la historia de estas cuatro bestias que aparece el cristianismo, y que tiene lugar la rebeli—n moral. El poder eclesi‡stico, como hemos visto, ha servido de instrumento para llegar a este resultado. Se ha puesto en lugar de Dios, quitando la fe, y al mismo tiempo repugnando a la raz—n; ha echado a un lado la religi

—n natural pretextando los derechos de la revelaci—n, y ello para corromper y pervertir esta misma revelaci—n, para que los hombres no pudieran tener otro objeto que ellos mismos. Este poder, habiendo jugado un tal papel en el drama de la iniquidad perpetrado por el enemigo de nuestras almas y de nuestro Se–or, sucumbir‡

tambiŽn bajo la malicia y la violencia de la voluntad humana emancipada por ella. Tan incapaz, por sus pretensiones de religi—n, de servir abiertamente a Satan‡s como lo es de servir de manera sincera a Dios, incapaz, en una palabra, de toda verdad, se convertir‡ en el cobarde consejero de una iniquidad de la que no puede convertirse el autor. Provocar‡ cr'menes que no osar‡ consumar, y de los que el poder civil vendr‡ a ser la cabeza activa y el ejecutor. Queridos amigos: Cuando la conciencia natural es m‡s recta que las formas religiosas, todo ha acabado para la Iglesia. Se encuentra ya pr —xima a su fin, y el candelero le ser‡ arrebatado all' donde s—lo sirve como el instrumento de la mayor iniquidad que jam‡s haya podido imaginar el mundo. Como se dice *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

comunmente, la corrupci—n de lo m‡s bueno es la peor de las corrupciones. En cuanto al Anticristo propiamente dicho, Žl negar‡ que Jesœs sea el Cristo, y negar‡ al Padre y al Hijo (1 Jn 2:22); no confesar‡ que Jesucristo ha venido en carne (2 Jn 7); lo negar‡ todo: al Padre y al Hijo, a Jesœs el Mes'as, a Jesœs venido como verdadero hombre. Hemos visto el car‡cter del Anticristo, sus acciones, su forma, la fuente de su poder. Hemos visto quien le dar‡ el trono. Ya lo hemos visto: ser‡ una especie de imitaci—n sat‡nica de lo que Dios ha hecho: el Padre le ha dado el trono al Hijo, y el Esp'ritu actœa segœn el poder del Hijo en la Iglesia delante de ƒl; igualmente el drag—n (Satan‡s) dar‡ su trono a la bestia, y una gran autoridad, y la segunda bestia (un poder espiritual, el verdadero Anticristo, el falso profeta) ejercer‡ toda la autoridad de la primera (el poder civil) delante de ella (Ap 13:12).

El juicio decidir‡, queridos amigos, en tal estado de cosas. Que Dios nos haga atentos al verdadero car‡cter y fin del orgullo humano. La fuerza de su voluntad puede emplear y poner en acci—n todos los medios que Dios le ha otorgado, los cuales son enormes; y los resultados, hasta all‡

donde Dios le deje actuar en Su paciencia, ser‡n asimismo grandes. Pero es el hombre quien ser‡ el centro de todo; no aparece para nada el sentimiento de su responsabilidad para con Dios; en realidad, Dios

queda deshonrado y degradado; en todo esto est‡ ausente el fin m‡s elevado, m‡s digno que el hombre se pueda proponer: Dios. En suma, queridos amigos, se trata, de comienzo a fin, del mismo principio y de la misma fuente de pecado. tenemos pues al hombre actuando por su propia voluntad para satisfacer sus concupiscencias, ‡vido de conocimientos para s' mismo, exalt‡ndose para ser como Dios, desobediente, y por ello mismo actuando bajo la influencia y por la energ'a de Satan‡s: ƒste es el car‡cter del Anticristo; Žsta es la historia de Ad‡n desde su primera ca'da, desde su primer pecado.

Tenemos el comienzo y la consumaci—n del mismo mal, cuya evidencia y contraste aparecieron en la muerte de nuestro amado y perfecto Salvador, que obr— la expiaci—n por nosotros. Que sea bendito eternamente Su nombre de gracia y de gloria, Áy que ƒl grabe estas cosas en nuestros corazones! Con toda seguridad, ƒl preservar‡ a Su Iglesia de todos los males que se ciernen sobre el mundo, por cuanto Su Iglesia est‡ unida a ƒl.

SƒPTIMA CONFERENCIA

(Salmo 82)

El juicio de las naciones,

que vienen a ser la herencia

de Cristo y de la Iglesia

El œltimo vers'culo de este Salmo contiene el tema que nos va a ocupar esta tarde: ÇLev‡ntate, oh Dios, juzga la tierra; porque tœ heredar‡s todas las naciones.È Es Dios quien juzgar‡ la tierra, y, despuŽs de este juicio, tomar‡ todas las naciones como Su posesi—n.

Hemos hablado de Cristo, heredero de todas las cosas, con la Iglesia como coheredera; despuŽs, del advenimiento de Cristo, que ser‡ cuanto tomar‡ todas las cosas; y de la resurrecci—n de la Iglesia, que ser‡ cuando la Iglesia resucitada compartir‡ con ƒl esta herencia. Las almas de los santos que han dormido, dichosas con ƒl, esperan la resurrecci—n de sus cuerpos, para gozar de la plenitud de la bendici—n y de la gloria. Es por esta raz—n que un cristiano puede desear la muerte, porque por ella queda librado de toda aflicci—n y de todo dolor; pero lo que espera es la resurrecci—n para la consumaci—n de

su gloria. Hemos hablado asimismo del progreso del mal, y hemos demostrado que lejos de que el mundo vaya a ser convertido por la predicaci—n del Evangelio, la ciza–a debe crecer y madurar hasta el momento de la siega. Y en nuestra œltima conferencia hemos visto como el mal llega a su expresi—n culminante en la bestia que va a perdici—n, en la apostas'a del poder civil de la cuarta monarqu'a, y en el falso profeta que ejerce su poder delante de ella, y que es destruido junto con ella.

Hemos visto que hay dos bestias, y que la segunda se transforma en el falso profeta (cp. Ap 13

con el final del cap. 19).

Ahora la escena se extiende un tanto, y veremos no s—lo la destrucci—n de la cuarta bestia, sino tambiŽn el juicio de todas las naciones. Todas las razas humanas que existen sobre la tierra, que tuvieron su formaci—n despuŽs de la divisi—n de los hijos de NoŽ, se encontrar‡n por fin reunidas

y juzgadas por Dios; todo lo altanero, orgulloso, ser‡ abatido por Su poder y gloria a fin de que Dios, en plena bendici—n, goce del reino, y que tenga la herencia de todas las naciones.

En nuestra œltima reuni—n tratŽ la parte m‡s dif'cil, aquel punto en el que se encuentran las dos dispensaciones, y donde el mal causado por la apostas'a de la dispensaci—n actual demanda la intervenci—n de Dios y, como consecuencia, el juicio que da fin a esta dispensaci—n. Me he referido en especial a la apostas'a del Anticristo, porque es en efecto la consumaci—n misma de la apostas'a. Pero en el momento en que tiene lugar este acontecimiento tiene lugar tambiŽn el juicio de todas las naciones. Dios no juzga s—lo la œltima rebeli—n del Anticristo o de la bestia, sino que, habiendo dado paso a Su poder, habiendo llegado el momento de Su ira, juzga a todas las naciones.

El reino de Cristo

Esto es lo que leemos en Apocalipsis 11:15-18. ÇEl sŽptimo ‡ngel toc— la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que dec’an: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Se–or y de su Cristo; y Žl reinar‡ por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Se–or Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galard—n a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los peque–os y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.È Sigamos los pasajes que hablan de este mismo tema.

Hemos visto que el Se–or Jesœs, el Mes’as, el verdadero Rey de toda la tierra, se present— a la cuarta bestia y a los jud’os, esto es: al Imperio Romano y a los jud’os; a los gentiles en la persona de Poncio Pilato, y a los jud’os en la persona del sumo sacerdote. Se present— al mundo y a los Suyos, y fue rechazado. Pero veremos que hay un sentido m‡s amplio en el que se dice que las naciones se airaron, y que la ira de Dios cae sobre ellas por medio del juicio entregado en manos de Su Hijo.

En el Salmo 2 vemos ambas cosas. Primero, que el Hijo es ungido Rey sobre Si—n, el santo monte de Dios, y que como herencia recibe las naciones; en Si—n est‡ Su trono, pero Su herencia son las naciones. En segundo lugar, Su manera de tratar estas naciones, totalmente opuesta al Evangelio: ÇLos quebrantar‡s con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzar‡sÈ. El cetro de Cristo, si queremos emplearlo como figura en el lenguaje del Evangelio, es un cetro de bondad y de amor; es todo lo que hay de m‡s dulce y bondadoso en Su amor; no se trata en absoluto de un cetro de hierro. Pero aqu’ es con referencia a los reyes de la tierra. Por tanto, Áoh reyes!, honrad al Hijo. El decreto de Dios es que Su Hijo sea ungido; esto es, que Dios ha querido poner a Jesœs

como rey de toda la tierra, y ﬂ invita a los reyes de la tierra a que se le sometan. Les dice: He dicho en mi ira: Doy la herencia de las naciones a Cristo; ﬂ os quebrantar‡ con vara de hierro, os desmenuzar‡; por tanto, someteos a ﬂ, a mi Hijo, Rey en Si—n. Estos reyes siguen sin embargo sus propios consejos; ya han tomado partido en base de la

sabidur’a humana, y no es en Cristo, Rey en Si—n, en quien piensan. ÁId a hablarles de Cristo, Rey en Si—n, y os tendr‡n por locos! Sin embargo, Dios lo ha decretado con toda certidumbre, y de manera irrevocable, y lo har‡, mal que les pese a los reyes de la tierra; ﬂ establecer‡ a Cristo como Rey en Si—n, y le dar‡ las naciones como herencia, y como posesi—n los confines de la tierra. ÇY Žl estar‡È, dice por boca de Miqueas, Çy ... ser‡ engrandecido hasta los fines de la tierraÈ (5:4).

Cristo, el Juez entre los jueces

Vemos, cuando naci— Cristo, c—mo se desat— el odio ante la menor apariencia de Su condici—n regia. Desde que se oy— decir: Hay un rey, se busc— Su desaparici—n. Pero, Àes que acaso las naciones escuchar‡n la invitaci—n que se les hace de someterse a ﬂ? Encontramos la respuesta en el Salmo 82. Ser‡ preciso que estos jueces de la tierra, estos Elohim, den cuenta de su conducta.

ÇYo dije: Vosotros sois diosesÈ, porque el mismo Dios los hab’a puesto con autoridad sobre la tierra, y porque las autoridades que hay han sido puestas por Dios; pero Dios las puede juzgar.

No son los cristianos los que usan este lenguaje, sino Aquel que tiene derecho de juzgar a aquellos que ﬂ ha constituido como jueces, y de destituir a estos poderes subalternos, a fin de manifestar Su gran poder y de actuar como Rey.

Vemos aœn (Sal 9:1-7) que el lugar donde tendr‡ lugar este juicio es la tierra de Israel, y que el Se–or se revelar‡ por este acto de Su poder. Vers’culo 5: ÇReprendiste a las naciones, destruiste al malo (al Anticristo)... Las ciudades que derribaste, su memoria pereci— con ellas.È El final del Salmo 5:15-20 no es el lenguaje del Evangelio, sino la demanda profŽtica, la justa demanda de juicio; esto es lo que explica los Salmos, en los cuales los cristianos encuentran a veces tan grandes dificultades, por no haber comprendido la diferencia de las dispensaciones. Convertir al malvado, concederle la gracia, esto es el Evangelio; pero aqu’ tenemos algo totalmente distinto, porque aqu’ no se trata del Evangelio. Una vez que el Evangelio haya corrido su curso, Cristo reclama el juicio contra el mundo. No es ya Cristo a la diestra del Padre para enviar el Esp’ritu Santo y reunir a Sus coherederos, sino Cristo demandando justicia, por Su Esp’ritu, generalmente por boca de los humildes y de los abatidos de la naci—n jud’a, contra el hombre orgulloso y violento. Si Dios no ejecutara el juicio, el mal no har’a otra cosa que empeorar, sin que hubiera respiro alguno para los fieles de Dios. Dios no ejecuta este juicio sino hasta que el mal alcanza

su punto culminante. El Anticristo y las naciones se levantar‡n contra Dios y contra Su Cristo, y ser‡ necesario que la tierra sea liberada de estos enemigos, para dar lugar al reino del mismo Dios.

No es David quien pide el dominio sobre sus enemigos, sino Cristo quien demanda el juicio, por cuanto ha llegado el momento.

En el Salmo 10 vemos esta misma verdad. Jehov‡ es el Rey, y las naciones han sido exterminadas (vv. 15, 16).

He deseado, queridos amigos, haceros observar como principio general que en estos Salmos, donde tenemos el terrible juicio de Dios sobre la maldad de las naciones, ﬂ actœa como juez en medio de los jueces.

El juicio se aplicar‡ a todas las naciones

Un pasaje, Isa’as 2:12-22, nos presenta todav’a el gran d’a de Dios sobre la tierra: ÇPorque el d’a de Jehov‡ de los ejŽrcitos vendr‡ sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y ser‡

abatido ... cuando Žl se levante para castigar la tierra.È No tenemos aqu’ el juicio de los muertos, sino el de la tierra.

Para una mejor comprensi—n de que este juicio se aplicar‡ a todas las naciones, y que es por medio de esto que Dios quiere llenar la tierra del conocimiento de Su nombre, citarŽ Sofon’as 3:8: ÇPor tanto, esperadme, dice Jehov‡, hasta el d’a que me levante para juzgaros; porque mi determinaci—n es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo ser‡ consumida toda la tierra.È El prop—sito del Se–or es reunir a los reinos, para derramar sobre ellos Su indignaci—n. ﬂste ser‡ un d’a terrible. As’, en cuanto a nuestra expectaci—n de que el conocimiento de Jehov‡ llenar‡ la tierra, vemos cu‡ndo suceder‡ eso en el v. 9. Eso vendr‡ despuŽs que ﬂ haya ejecutado el juicio, y destruido a los malvados. Este pasaje constituye la m‡s expl’cita revelaci—n de ello.

Siguiendo con esto, vemos que esta misma verdad, de que el conocimiento de Dios se extender‡

por toda la tierra como efecto de Sus juicios, se nos presenta en Isa’as

26:9-11: ÇLuego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia.È Y se a–ade: ÇSe mostrar‡

piedad al malvado, y no aprender‡ justiciaÈ. ÀEs Žste acaso el efecto de la gracia? Es cosa cierta que el prop—sito del Se–or es reunir a los reinos, para derramar sobre ellos Su indignaci—n y todo el ardor de Su ira. Ser‡ un d’a terrible, un d’a que el mundo debiera estar esperando.

Otro pasaje que sustenta esta misma verdad es el que aparece en el Salmo 110: ÇJehov‡ dijo a mi Se–or: SiŽntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.È Jesœs est‡

sentado a la diestra del Padre, hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies.

Hasta entonces, ﬂ actœa por medio de Su Esp’ritu para reunir a los cristianos, habiendo enviado al Esp’ritu Santo, el consolador aqu’ en la tierra, para convencer de pecado, de justicia y de juicio; pero Dios pondr‡ un d’a a los enemigos de Cristo por estrado de Sus pies. Es por esto que Jesœs dijo que Çde aquel d’a y de la hora nadie sabe, ... ni el Hijo, sino el PadreÈ (Mr 13:32). Est‡

escrito que ﬂ tiene que heredar todas las cosas. Esto es lo que ha sido profetizado acerca de M’:

Jehov‡ me ha dicho: ÇSiŽntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.È No se trata del a–o ni del d’a, sino que estarŽ sentado a la diestra de Dios Çhasta queÈ, es decir, hasta el momento en que el Padre cumplir‡ este prop—sito; por cuanto el Se–or Jesœs, siempre Dios bendito eternamente, recibe el reino como Hombre-Mediador. Veamos el cumplimiento de este decreto: ÇJehov‡ enviar‡ desde Si—n la vara de tu poder...È Vemos que el tŽrmino de esta dispensaci—n est‡ muy claramente marcado. Cristo est‡ sentado a la diestra de Dios, hasta que el Dios ponga a Sus enemigos por estrado de Sus pies. DespuŽs de esto, le dice: ÇDomina en medio de tus enemigos.È Esto es lo que Dios ha de cumplir cuando el Se–or, en aquel momento en que vaya a obrar en poder, Çquebrantar‡ a los reyes en el d’a de su ira. Juzgar‡ entre las naciones, las llenar‡ de cad‡veres; quebrantar‡ las cabezas en muchas tierrasÈ.

Jerem’as 25:28. Aqu’ tenemos m‡s de este asunto que continuamente nos presenta la Palabra de Dios a nuestras almas, y lo que vemos a nuestro alrededor es el fin de todas las cosas: ÇY si no quieren tomar

la copa de tu mano para beber, les dir‡s tœ: As’ ha dicho Jehov‡ de los ejŽrcitos: TenŽis que beber.È VŽase tambiŽn el v. 31.

Cristo juzgar‡ las naciones en JerusalŽn

Hay todav’a dos cosas que querr’a haceros observar. Primero, que es sobre todo en JerusalŽn que tendr‡ lugar este desastre; segundo, que Dios ha designado en Su Palabra a todas las naciones que participar‡n en ello. Veremos como todos los descendientes de NoŽ, de los que tenemos el cat‡logo en GŽnesis 10, van reapareciendo en escena en el momento de este juicio de Dios. Los encontraremos a casi todos ellos o bien bajo la bestia, o bien bajo Gog.

En cuanto a los pasajes que tratan de JerusalŽn, podemos citar Joel 3:1 y 9-17; Mi 4:11-13; Zac 12:3-11: ÇY en aquel d’a yo pondrŽ a JerusalŽn por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren ser‡n despedazados, bien que todas las naciones se juntar‡n contra ella. En aquel d’a, dice Jehov‡, herirŽ con p‡nico a todo caballo, y con locura al jinete; mas sobre la casa de Jud‡ abrirŽ mis ojos, y a todo caballo de los pueblos herirŽ con ceguera. Y los capitanes de Jud‡

dir‡n en su coraz—n: Tienen fuerza los habitantes de JerusalŽn en Jehov‡ de los ejŽrcitos, su Dios.

En aquel d’a pondrŽ a los capitanes de Jud‡ como brasero de fuego entre le–a, y como antorcha ardiendo entre gavillas; y consumir‡n a diestra y a siniestra a todos los pueblos alrededor; y JerusalŽn ser‡ otra vez habitada en su lugar, en JerusalŽn. Y librar‡ Jehov‡ las tiendas de Jud‡

primero, para que la gloria de la casa de David y del habitante de JerusalŽn no se engrandezca sobre Jud‡. En aquel d’a Jehov‡ defender‡ al morador de JerusalŽn; el que de entre ellos fuere dŽbil, en aquel tiempo ser‡ como David; y la casa de David como Dios, como el ‡ngel de Jehov‡

delante de ellos. Y en aquel d’a yo procurarŽ destruir a todas las naciones que vinieren contra JerusalŽn, y derramarŽ sobre la casa de David, y sobre los moradores de JerusalŽn, esp’ritu de gracia y de oraci—n, y mirar‡n a m’, a quien traspasaron, y llorar‡n como se llora por hijo

unigŽnito, afligiŽndose por Žl como quien se aflige por el

primogŽnito. En aquel d’a habr‡ gran llanto en JerusalŽn, como el llanto de Hadadrim—n en el valle de Meguid—.È Cap’tulo 14:3, 4: ÇDespuŽs saldr‡ Jehov‡, y pelear‡ con aquellas naciones, como pele— en el d’a de la batalla. Y se afirmar‡n sus pies en aquel d’a sobre el monte de los Olivos, que est‡ en frente de JerusalŽn al oriente; y el monte de los Olivos se partir‡ por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartar‡ hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur.È

Se afirma, en Hechos 1, que Jesœs volver‡ Çcomo le habŽis visto ir al cieloÈ, y vemos que esto ser‡ as’ hasta el punto de que Sus pies se asentar‡n sobre el monte de los Olivos (cp. Ez 11:23).

En este d’a, Sus pies se posar‡n sobre el monte de los Olivos, dice el Esp’ritu por medio de Zacar’as (14:4). ÇSus piesÈ, los pies de Jehov‡. Aunque haya sido Var—n de Dolores, Jesœs es Jehov‡, como lo es desde la eternidad.

Los descendientes de NoŽ

En cuanto al segundo punto, se puede observar que las naciones, los descendientes de NoŽ, se encontrar‡n bien sea bajo la bestia, bien bajo Gog, los dos principales poderes; si consultamos GŽnesis 10:5, veremos all’ las islas de los gentiles divididas por sus tierras: ÇDe estos se poblaron las costas ... conforme a sus familias en sus naciones.È En la enumeraci—n de los hijos de Jafet tenemos a Gomer, Magog, Madai, Jav‡n, Tubal, Mesec y Tiras. Entre estos pueblos encontramos a Gomer, Magog, Tubal y Mesec bajo los mismos nombres en Ezequiel 38, como seguidores de Gog; tambiŽn encontramos a Peres (los persas) unido a Madai (los medos), de cuyas manos recibi— este œltimo la realeza, como vemos en Daniel 5 y otros lugares, de manera que de todas las naciones s—lo quedan fuera Jav‡n y Tiras. La enumeraci—n de Ezequiel incluye todas las naciones que comprenden a Rusia, Asia Menor, Tartaria y Persia (resumiendo, todos los pueblos que est‡n bajo el dominio de Rusia, o que se encuentran bajo su influencia). Son descritos como bajo el dominio de Gog, pr’ncipe de Ros (los rusos), Mesec (Moscœ) y Tubal (Tobolsk).

Los hijos de Cam aparecen en GŽnesis 10:6. De entre ellos, Cana‡n fue destruido, y su pa’s vino a a ser el de Israel. Cus y Fut se encuentran bajo Gog (Ez 38:5); los de Cus s—lo en parte, debido a que una parte de la familia de Cus se estableci— junto al ƒufrates, y otra junto al Nilo, esto es, al norte y al sur de Israel; por ello los del norte, por su posici—n, est‡n en contacto directo con los partidarios de Gog. Mizraim o Egipto (por cuanto Mizraim es precisamente el nombre hebreo que designa a Egipto), y el resto de Cus y los libios, se encuentran en las escenas de los œltimos tiempos en Daniel 11:43.

Entretanto, entre los hijos de Sem, Elam es lo mismo que el pa’s de los persas, de los que ya hemos hablado. Asur es nombrado en el juicio que tendr‡ lugar en el tiempo postrero (Mi 5; Is 14:25; 30:30-33; en la coalici—n del Sal 83; y tambiŽn en otros pasajes). Arfaxad es uno de los antecesores de los israelitas. La familia de Joct‡n no aparece aqu’; es un pueblo del Oriente.

Aram, o Siria, fue desplazada por Asur, que se encuentra designado con el t’tulo de rey del Norte.

Lo mismo parece que sucede con Lud. Jav‡n se encuentra en el œltimo combate (Zac 9:13). De entre todas las naciones, Tiras es la œnica, aparte de Joct‡n, que no se encuentra nombrada en este œltimo juicio. Hablamos s—lo de la Palabra de Dios. Hay autores seculares que unen Tiras y Jav‡n en Grecia; pero con esto nada tenemos que ver.

Hoy vemos c—mo Rusia extiende su poder’o precisamente sobre las naciones que se encuentran bajo el cetro de Gog.13

El rey del sur y el rey del norte

En el cap’tulo 11 de Daniel aparecen otras dos potencias a las que debemos dar nuestra atenci—n: el rey del Sur y el rey del Norte. Este cap’tulo incluye de entrada una larga relaci—n de acontecimientos ya cumplidos; despuŽs de ello tenemos las naves de Quitim (v. 30). DespuŽs se da una interrupci—n en la historia de los dos poderes. Estos reyes fueron sucesores del gran rey de Jav‡n; uno fue el que posey— Siria, el otro, Egipto. Lo que se disputaban en sus guerras era Siria y la Tierra Santa. En los vers’culos 31, 35 tenemos a los jud’os, que son dejados de lado durante mucho tiempo; se dice de ellos que Çalgunos de los sabios caer‡n para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazoÈ. Luego viene en el vers’culo 36 que ÇY el *rey* har‡ su voluntadÈ: Žste es el Anticristo. En el v. 41 lo tenemos en la tierra de Israel, en aquel territorio que es la causa de las diferencias entre el rey del Norte y el rey del Sur. ÇPero al cabo del tiempo el rey del sur contender‡ con Žl.È Esto es, despuŽs de un largo intervalo, de nuevo tenemos otra vez al rey del Sur en este cap’tulo, entrando en escena. Y

esto, hist—ricamente, s—lo ha sucedido hace cuatro a–os, despuŽs de un intervalo de casi dos mil a–os. La mayor parte de las naciones que, se nos dice, tienen que estar a los pies de Gog, est‡n ahora cayendo bajo el dominio de Rusia. ÇY el rey del norte se levantar‡ contra Žl como una tempestad.È En Anticristo ser‡ objeto del ataque a la vez del rey del Sur o de Egipto, y del rey del Norte, el poseedor de la Turqu’a asi‡tica o de Asiria. No pretendo decir quiŽn ser‡ el rey del Norte al final de los tiempos; pero vemos que las circunstancias y los personajes, descritos en estas profec’as que contemplan este tiempo determinado, comienzan a delinearse. Hac’a ya dos mil a–os que no hab’a rey del Sur; hace unos pocos a–os que ya est‡ establecido sobre aquella tierra.14 Igualmente vemos una naci—n que hace un siglo era casi desconocida, y que hoy domina precisamente aquellos pa’ses del Gog de Ezequiel. No deseo en absoluto centrar vuestra atenci—n 13 El Gog de Ezequiel 38 debe ser distinguido del Gog y Magog de Apocalipsis 20:8.

sobre estos acontecimientos que se est‡n dando en nuestros tiempos. Pero es despuŽs de haber mencionado la profec'a que mencionamos estas circunstancias que est‡n sucediendo delante de nuestros ojos. Vemos igualmente c—mo todas las naciones comienzan a ocuparse de JerusalŽn (Zac 12:3), y sin saber quŽ hacer con ella; el rey de Egipto exige todo el pa's para s'; el rey del Norte no piensa cederlo. Se trata de Turqu'a, que posee actualmente el norte, o el pa's de Asiria.

Hemos visto en nuestros d'as al rey del Norte y al del Sur combatiendo por el mismo pa's, tal c—mo se lo disputaban hace dos mil a–os. Esto es precisamente lo que se anuncia en la profec'a para Çel tiempo determinadoÈ. No digo que todo se manifieste ya; por ejemplo, los diez reyes no est‡n aœn en plena evidencia; el Anticristo no ha aparecido aœn; pero los principios que se encuentran en la palabra de Dios actœan de manera visible en medio de los reinos en los que tienen que aparecer los diez cuernos; esto es, vemos como toda Europa occidental se est‡ ocupando de JerusalŽn, disponiŽndose para este combate; y a Rusia prepar‡ndose por su lado, ejerciendo su poder sobre aquellos pa'ses citados en la Palabra, y c—mo todos los pensamientos de los pol'ticos del mundo se concentran sobre la escena donde tiene que haber el encuentro final delante del juicio de Dios, donde Jehov‡ los reunir‡ como Çgavillas en la eraÈ (Mi 4:12). ƒsta es una coincidencia muy notable. Al repasar lo que sucede a nuestro alrededor, reconocemos cosas que aparecen en la profec'a; al menos vemos aquellas naciones que van a actuar, o sobre las que Dios va a actuar, desarrollando los caracteres que la profec'a les atribuye.

Bien, queridos amigos, si os tom‡is el trabajo de seguir estos cap'tulos que os he citado (y desde luego hay muchos m‡s), comprenderŽis el cap'tulo 25 de Mateo, que nos habla del Se–or sentado en Su trono, reuniendo a todas las naciones (es una cita de Joel 3), juzg‡ndolas y separ‡ndolas como se separan las ovejas de las cabras.

La posici—n de la iglesia

Recordemos ahora una cosa, nosotros los cristianos, y es que estamos totalmente a cubierto del juicio. Esta tarde no he hablado de la Iglesia; pero recordemos su situaci—n, esto es, que durante estos acontecimientos, y ya desde el presente, el puesto de la Iglesia es con Cristo, es el de acompa–arlo a ƒl. La Iglesia tiene este privilegio, esta gloria, este car‡cter especial, de estar unida con Cristo, y, si uno busca

la Iglesia en el Antiguo Testamento, es a Jesucristo a quien encontramos. Un ejemplo destacable de esta verdad es que lo que dice Pablo de la Iglesia (Ro 8) se encuentra en el cap'tulo 50 de Isa'as, donde las palabras se aplican a Cristo. En aquel pasaje Cristo dice: ÇÀQuiŽn hay que me condene?È Al estar la Iglesia unida a ﬂ, el ap—stol lo usa para mostrar la posici—n que tiene ella.

14 Alusi—n a Mohamed-Al' (N. del Ed.)

La uni—n de la Iglesia en un solo cuerpo, sean jud'os o gentiles, no fue revelada en el Antiguo Testamento; si buscamos, es a Cristo mismo a quien hallamos. Aunque haya muchas cosas en la relaci—n de Jehov‡ con Si—n que existen tambiŽn entre Dios Padre y la Iglesia, no es en Si—n que debemos buscar la Iglesia. En el Antiguo Testamento, los privilegios de la Iglesia est‡n en el mismo Cristo, en la Persona de Cristo, por cuanto la Iglesia tiene la misma porci—n que Cristo; ella es (ver Ef 1:22, 23) Çla plenitud de Aquel que todo lo llena en todoÈ; consiguientemente, no podemos buscar la Iglesia en estas profec'as, porque ella es el cuerpo del mismo Cristo. Hemos visto que Cristo ha de golpear y quebrantar a las naciones; pues bien, esto tambiŽn se dice de la Iglesia. La Iglesia no tiene nada que ver con todo lo que hemos estado hablando esta noche, como si estuviera sujeta a los mismos juicios (Ap 2:26, 27). Su lugar no est‡ entre las naciones que ser‡n quebrantadas, sino en ser reunida con Cristo, poseyendo los mismos privilegios que Cristo, y quebrantando las naciones con Cristo. Nada hay que sea cierto de Cristo, en cuanto al puesto que ha asumido como hombre glorioso, que no sea cierto tambiŽn de la Iglesia. Es siempre maravilloso para nosotros comprender nuestro lugar, el de coherederos con Cristo, y cuanto m‡s meditemos en ello, tanto m‡s ser‡n multiplicadas nuestras fuerzas, tanto m‡s seremos en nuestros esp'ritus como herederos de Dios, apartados de este mundo, de este mundo que est‡

juzgado, as' como la Iglesia est‡ justificada. Todav'a no vemos el efecto, porque la gloria aœn no ha aparecido. El mundo ha sido juzgado; no vemos todav'a el efecto, porque el juicio todav'a no ha ca'do. La Iglesia no recibir‡ los frutos de su justificaci—n m‡s que en la gloria; el mundo no tiene sus frutos m‡s que en el juicio. Sin embargo, la verdad es que la Iglesia est‡ unida con Cristo.

El mundo est‡ juzgado, porque rechaz— a Cristo. ÇPadre justoÈ, dijo el Salvador, Çel mundo no te ha conocido.È Y he aqu’ lo que hace la gracia por nosotros. De la misma manera que la incredulidad separa de Cristo, totalmente y por la eternidad, la gracia, por la fe, nos ha unido, enteramente y para siempre, a fl; y por ello mismo deber’amos bendecir a Dios.

OCTAVA CONFERENCIA

(Romanos 11, 21)

Las promesas de Jehov‡

a Israel

La primera entrada a su tierra prometida

En Romanos 11:1 el ap—stol hace esta pregunta acerca de Israel: ÇÀHa desechado Dios a su pueblo?È ﬂ presenta, hasta el cap'tulo 8, la historia del hombre pecador, de todos nosotros, seamos jud'os o gentiles; expone el Evangelio de la gracia de Dios, la reconciliaci—n del hombre, sin diferencias entre jud'os y gentiles, por la muerte y resurrecci—n de Jesucristo. DespuŽs de haber establecido esta doctrina, demostrando que no anulaba las promesas hechas a Israel, comienza, en el cap'tulo 9, la historia de las dispensaciones; da a conocer la manera en que Dios ha actuado para con los jud'os y gentiles, y, dentro de este cap'tulo 11, trata acerca de esta cuesti—n: ÇÀHa desechado Dios a su pueblo?È

ÀHa desechado Dios a los jud'os segœn la carne?

Hemos visto, al estudiar la historia de las cuatro bestias as' como la de la Iglesia, que los jud'os han sido echados a un lado, y que ha aparecido el Evangelio en este mundo para salvaci—n de los pecadores, sean jud'os o gentiles, para revelar el misterio escondido de un pueblo celestial, y para dar a comprender a los principados y potestades en lugares celestiales la multiforme sabidur'a de Dios (Ef 3:10). Un jud'o que se convierte ahora entra en la dispensaci—n de la gracia; pero por ello mismo surge ahora esta pregunta: ÇÀHa desechado Dios a su pueblo?È

Aqu' no se trata de Su pueblo espiritual; se trata de Su pueblo segœn la carne, de los Suyos, de los jud'os. El ap—stol dice en el v. 28: ÇSon enemigos por causa de vosotrosÈ por lo que respecta al Evangelio, pero en cuanto a la elecci—n, son amados Ça causa de los padresÈ. En este cap'tulo 11

no se trata por tanto del Evangelio, del llamamiento de los jud'os a la gracia por medio del Evangelio, aunque haya de entre este pueblo una elecci—n para el Evangelio; se trata de los jud'os

como pueblo externo de Dios, de los jud'os segœn la carne, que son enemigos en cuanto al Evangelio, pero amados a causa de los padres en lo que concierne a una elecci—n nacional.

ÀEs que Dios ha rechazado a este pueblo enemigo por lo que respecta al Evangelio? La respuesta del ap—stol es: ÇÁEn ninguna manera!È

Nosotros los cristianos nos gloriamos en este principio: que Çirrevocables son los dones y el llamamiento de DiosÈ. Muy bien, es un principio Escriturario, pero, Àa quiŽn lo aplica aqu’ el ap—stol? No a nosotros, sino a los jud’os. Es siempre muy importante tomar cada pasaje de la palabra de Dios dentro de su contexto, y no arrancarlo del terreno en el que Dios lo ha plantado.

La dispensaci—n de la iglesia

Durante la actual dispensaci—n, Dios est‡ llamando a un pueblo celestial; como consecuencia, deja de lado a Su pueblo terrenal, los jud’os. La naci—n jud’a no puede jam‡s entrar en la Iglesia; al contrario, Çha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentilesÈ; hasta que todos los hijos de Dios, que constituyen la Iglesia dentro de esta dispensaci—n, sean llamados.

Las promesas dadas a Abraham

Pero Israel ser‡ salva como naci—n. Vendr‡ de Si—n el Libertador; ﬂ no ha rechazado a Su pueblo.

Son enemigos por causa del Evangelio, y lo ser‡n hasta que haya entrado la plenitud de las naciones; pero el Libertador vendr‡. Esta es una declaraci—n sumaria del prop—sito divino con respecto a los jud’os.

Desde el momento en que se puede decir de la dispensaci—n de los gentiles que no se ha mantenido en la bondad de Dios, se puede decir que m‡s tarde o m‡s temprano ser‡ cortada: Çbondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tœ tambiŽn ser‡s cortadoÈ (v. 22).

La ra’z del olivo no es desde luego Israel bajo la ley; bien lejos de esto. Es Abraham, a quien le fue dirigido el llamamiento de Dios. Fue el llamamiento de un solo hombre, separado, escogido, depositario de las promesas; la elecci—n recay— sobre Abraham, y sobre la familia de Abraham segœn la carne. Israel sirvi— de ejemplo, como depositario de las promesas y de la manifestaci—n de la elecci—n de Dios; actualmente lo es la Iglesia.

A fin de que pod‡is comprender esta *ra’z* de las promesas que es Abraham, dirŽ algo acerca de la serie de dispensaciones que han sido anteriormente.

La ca’da

Primero, tras la Ca’da, vemos al hombre dejado a s’ mismo. Aunque no carente de testimonio, no ten’a ni ley ni gobierno, y la consecuencia de ello fue el mal llevado hasta el mayor grado, de manera que el mundo qued— lleno de violencia y de corrupci—n; por ello, Dios lo purific—

mediante el diluvio.

El gobierno dado a NoŽ

DespuŽs vino NoŽ. Tiene lugar un cambio; este cambio es que el derecho de vida y de muerte, el derecho de ejecutar venganza, es dejado en manos de los hombres: ÇEl que derramare sangre de hombre, *por el hombre* su sangre ser‡ derramada.È A esto se une una bendici—n de la tierra, en mayor o menor grado: ÇƒsteÈ, dijo Lamec, acerca de NoŽ, Çnos aliviar‡ de nuestras obras, y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehov‡ maldijoÈ; y Dios hizo pacto con NoŽ y con la creaci—n, en testimonio de lo cual Dios dio el arco iris: ÇY percibi— Jehov‡ olor grato; y dijo

... no volverŽ m‡s a maldecir la tierra por causa del hombreÈ (Gn 8:21; 9:6, 12 y 13). ƒste es el pacto concertado con la tierra a rengl—n seguido del sacrificio de NoŽ, tipo del sacrificio de Cristo.

DirŽ, de pasada, que NoŽ fracas— en cuanto a este pacto, como siempre ha sucedido con el hombre. En lugar de sacar bendiciones de la tierra mediante la labranza, plant— una vi–a, embriag‡ndose. Por su culpa, el principio del gobierno perdi— tambiŽn su fuerza en sus primeros elementos, y NoŽ, que ten’a las riendas de este gobierno, vino a ser objeto de rid’culo para uno de sus hijos.

Cristo recuperar‡ todo lo que el hombre perdi—

Vemos, en todas las dispensaciones, la ca’da inmediata del hombre; pero todo lo que la insensatez humana ha perdido bajo todas las dispensaciones ser‡ recuperado en Cristo al final: la bendici—n de la tierra, la prosperidad de los jud’os, el gobierno del Hijo de David, el dominio del gran rey sobre los gentiles, la gloria de la Iglesia. Todo lo que ha aparecido y que ha quedado marchitado entre las manos del primer Ad‡n, volver‡ a florecer en las del segundo Ad‡n, Esposo de la Iglesia, Rey de los Jud’os y de toda la tierra.

Otra ca’da, todav’a m‡s terrible, tuvo lugar despuŽs de la que tuvo NoŽ. Dios hab’a lanzado Su juicio con el diluvio, y Su providencia se hab’a revelado de esta manera. Pero, ÀquŽ hizo Satan‡s?

Satan‡s, en tanto que no sea encadenado, se apodera siempre del estado de cosas aqu’ en la tierra.

Tan pronto como Dios se hubo manifestado mediante Sus juicios providenciales, Satan‡s se present— tambiŽn como Dios, haciŽndose como Dios. ÀAcaso no se dice que lo que los gentiles ofrecen, a los

demonios lo ofrecen, y no a Dios? As', Satan‡s se hizo a s' mismo el dios de este mundo. El Se–or dijo a los israelitas: ÇVuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del r'o, *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

esto es, TarŽ, padre de Abraham y de Nacor; y serv'an *a dioses extra–os.* È (Jos 24:2). ƒsta es la primera vez que vemos que Dios se–ala la existencia de la *idolatr'a.* Cuando Žsta hizo su aparici—n, Dios llam— a Abraham; y aqu' tenemos, por vez primera, el llamamiento de Dios a una separaci—n exterior con respecto a las cosas de la tierra, por cuanto al, presentarse Satan‡s como gobernador celestial del mundo, se hizo necesario que Dios tuviera un pueblo separado de los otros pueblos, en el que se pudiera mantener la verdad; y todos los caminos de Dios para con los hombres giran alrededor de este hecho, que el Se–or llam— en esta tierra a Abraham y a su descendencia como depositarios de esta gran verdad: S—lo hay un Dios. En consecuencia, todo lo que Dios hace en la tierra se relaciona, de manera entera y directa, con los jud'os como centro de Sus consejos terrenales y de Su gobierno. Esto es lo que observarŽis, leyendo Deuteronomio 32:8.

VerŽis estos dos principios muy claramente ense–ados en la Palabra; por un lado, tenemos las promesas incondicionales hechas a Abraham; por otro, a Israel recibiŽndolas de manera condicional, y perdiŽndolo todo. Pero como Abraham recibi— las promesas de forma incondicional, Dios no puede jam‡s olvidarlas, por mucho que Israel haya faltado despuŽs de haberse comprometido bajo una condici—n. ƒste es un importante principio; porque si Dios hubiera faltado a Sus promesas para con Abraham, bien podr'a faltar asimismo a Sus promesas para con nosotros.

En el Sina', Israel acept— las promesas de manera condicional, y fracas—; pero esto no disminuy—

en lo m‡s m'nimo la validez y la fuerza de las promesas hechas a Abraham, cuatrocientos treinta a–os antes. No hablo ahora de aquella promesa espiritual, que Çtodas las naciones ser‡n benditas en tiÈ, promesa parcialmente cumplida mediante el Evangelio en nuestra dispensaci—n; sino que quiero mostrar que hay promesas hechas a *Israel,* que descansan sobre la misma fidelidad de Dios.

Las promesas dadas a los padres

Comenzaremos nuestras citas acerca de esta cuesti—n desde la

promesa hecha en GŽnesis 12.

Aqu' tenemos el llamamiento de Abraham, que se encontraba entonces en medio de su familia id—latra. ƒsta es una promesa muy general, pero que abarca las bendiciones temporales, como tambiŽn las que son puramente espirituales. Las dos clases de promesas aparecen en el mismo vers'culo, y son igualmente incondicionales. La parte espiritual de la promesa se encuentra repetida una vez, una sola vez, en el cap'tulo 22, mientras que las promesas temporales son repetidas con frecuencia. En el cap'tulo 15 tenemos la promesa de la tierra, promesa basada en un pacto concertado con Abraham, igualmente de manera incondicional; se trata de una donaci—n absoluta del pa's. Se encuentra all' tambiŽn la promesa de una descendencia numerosa (vv. 5 y 18), e incluso aparecen los l'mites exactos del pa's que se le da (v. 18 y ss.). En el cap'tulo 17:7-8

se renueva la promesa de la tierra. Estas promesas son confirmadas a Isaac (26:3, 4), y a Jacob *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

(35:10-12). Aqu', pues, tenemos Çlas promesas hechas a los padresÈ, y a Israel amado a causa de los *padres,* promesas hechas a Abraham sin ninguna condici—n, tanto las terrenales como las espirituales. Si se dice que las promesas espirituales son incondicionales, tambiŽn lo son las temporales. Hay tanta seguridad en la promesa hecha a Abraham, Çte darŽ este pa'sÈ, como en las que nos han sido hechas a nosotros, los gentiles.

No cito aqu' el combate de Jacob (Gn 32). Se cree que fue la demostraci—n de una fe extraordinaria por parte de este hombre; y es cierto; pero tambiŽn es cierto que se trata de una fe que, ejercitada despuŽs de una conducta muy reprensible, fue acompa–ada de una evidente humillaci—n. Fue Dios quien luch— contra Žl, pero Dios sostuvo su fe.

As', Dios vino a ser Çel *Dios de Abraham, de Isaac y de JacobÈ,* herederos de sus promesas y peregrinos sobre la tierra.

Veremos que Dios, por as' decirlo, se gloria en este nombre sobre la tierra, y que los fieles en Israel ponen siempre en Žl la raz—n de su confianza. ÇAs' dir‡s a los hijos de Israel: Jehov‡, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. ƒste es mi nombre para siempre; con Žl se me recordar‡ por todos los siglosÈ (ƒx 3:15).

Pero, por otra parte, Israel entr— en relaci—n con Dios en base de un principio opuesto a todo lo anterior, el principio de la propia justicia, el principio de la ley, en virtud del cual, reconociendo que debemos obediencia a Dios, tratamos de obedecer con nuestras propias fuerzas. Porque la historia del pueblo de Israel es, en grandes l'neas, e incluso en los detalles de sus circunstancias, la historia de nuestros corazones. ƒxodo 19 nos muestra el inmenso cambio que tuvo lugar en la posici—n de Israel; hasta entonces, las promesas que les hab'an sido hechas lo hab'an sido sin condici—n. Si repas‡is los cap'tulos de ƒxodo, desde el 15 hasta el 19, verŽis que Dios les hab'a dado todas las cosas de gracia, incluso a pesar de sus murmuraciones: el man‡, el agua, el s‡bado; y que los hab'a sustentado en su combate con Amalec en Refidim. Todo esto ﬂ se lo recuerda a ellos. ÇVosotros visteis lo que hice a los egipcios, y como os tomŽ sobre alas de ‡guilas, y os he tra'do a m'. Ahora, pues, si…È.

Las promesas condicionales

Vemos aqu’ la introducci—n, dentro de las relaciones de Dios con Israel, de este peque–o tŽrmino *si:* ÇAhora, pues, si diereis o’do a mi voz ... vosotros serŽis mi especial tesoro, sobre todos los pueblos; porque m’a es toda la tierra. Y vosotros me serŽis un reino de sacerdotes, y gente santa.È

Pero en el momento en que Dios establece una condici—n, nuestra ruina es segura, porque, desde el primer d’a en que nosotros nos encontremos en pacto bajo una condici—n, no la guardamos en absoluto: Žsta fue la insensatez de Israel. Es en vano que Dios env’a Su ley, que es buena, santa y

justa: para un pecador Su ley es la muerte, porque es pecador; y desde el momento en que Dios nos da Su ley y promesas bajo la condici—n de obediencia a la ley, nos la da no para que podamos obedecer, sino para hacernos comprender m‡s claramente que estamos perdidos, por haber violado esta condici—n.

Los israelitas hubieran debido confesar: Es cierto que debemos obedecerte; pero hemos fracasado tantas veces que no osamos aceptar las promesas bajo tal condici—n. En lugar de ello, Àque dijeron? ÇTodo lo que Jehov‡ ha dicho, haremosÈ. Se comprometieron a cumplir todo lo que el Se–or les mandara. Este pueblo acept— las promesas bajo la condici—n de obedecer con exactitud.

ÀY cu‡l fue la consecuencia de tal temeridad? El becerro de oro ya estuba terminado antes de que MoisŽs descendiera del monte. En el momento en que nosotros, pecadores, nos comprometemos a obedecer a Dios de manera exacta (aunque la obediencia es siempre un deber), y bajo la pena de perder la bendici—n si no obedecemos, en tal caso siempre fracasamos. Hace falta que digamos: ÇEstamos perdidosÈ, por cuanto la gracia da por supuesta nuestra ruina. Y es esta inestabilidad total del hombre puesto bajo condici—n la que quiere demostrar el ap—stol en G‡latas (3:17, 20) cuando dice: ÇEl mediador no lo es de uno solo; pero Dios es unoÈ; esto es, que a partir del momento en que hay un mediador, es que hay dos partes. ÇPeroÈ Dios no es las dos partes.

ÇDios es unoÈ, y, Àcu‡l es entonces la otra parte? El hombre.

La ley no puede abrogar las promesas

As’, nada hay estable en el hombre; es por esto que ha sucumbido bajo el peso de sus compromisos, y esto es lo que siempre le suceder‡. Pero la ley no puede abrogar las promesas dadas a Abraham; la ley, que vino 430 a–os despuŽs, no puede en absoluto abrogar la promesa, y la promesa hab’a sido hecha a Abraham, no s—lo para la bendici—n de las naciones, sino tambiŽn para asegurar el pa’s y las bendiciones terrenales para Israel.

El razonamiento del ap—stol, con respecto a las promesas espirituales, se aplica igualmente a las promesas temporales hechas a los jud’os. Vemos que Israel no pudo gozar de las mismas bajo la ley. En efecto, todo se perdi— cuando hicieron el becerro de oro. Sin embargo, el pacto del Sina’

fue basado sobre el principio de la obediencia (ƒxodo 24:7). ÇY tom— el libro del pacto y lo ley— a o’dos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehov‡ ha dicho, y obedeceremos.

Entonces MoisŽs tom— la sangre...È. El pacto fue solemnizado por la sangre sobre este principio: Haremos todas las cosas que Jehov‡ ha dicho. Y bien sabŽis que el pueblo lo que hizo fue el becerro de oro, y que MoisŽs destruy— las tablas de la ley.

Si ahora leŽis ƒxodo 32 verŽis c—mo las promesas hechas antes de la ley eran el recurso de la fe.

Esto es lo que sostuvo al pueblo por la intercesi—n de MoisŽs, incluso en la ca’da, y verŽis c—mo, por medio de un mediador, Dios volvi— al hombre tras su fracaso (vv. 9-14). ÇEste pueblo ... es *La esperanza actual de la iglesia* - J. N. Darby

de dura cerviz. Ahora, pues, dŽjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo harŽ una naci—n grande. Entonces MoisŽs or — en presencia de Jehov‡ su Dios ... VuŽlvete del ardor de tu ira, y arrepiŽntete de este mal contra tu pueblo. AcuŽrdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicarŽ vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y darŽ a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomar‡n por heredad para siempre. Entonces Jehov‡ se arrepinti— del mal que dijo que hab’a de hacer a su pueblo.È

As’, aqu’ tenemos a MoisŽs, despuŽs de la ca’da de Israel, suplicando a Dios por Su gloria que recuerde las promesas hechas a Abraham, y a Dios arrepintiŽndose del mal que quer’a hacer a Su pueblo.

Vayamos a Lev’tico 26. Este cap’tulo es una amenaza de todos los castigos que sobrevendr’an sobre un Israel infiel. Pero se dice, en el vers’culo 42: ÇEntonces yo me acordarŽ de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y tambiŽn de mi pacto con Abraham me acordarŽ, y harŽ memoria de la tierra.È Dios vuelve a las promesas hechas incondicionalmente mucho tiempo antes de la ley. VerŽis que esto es de aplicaci—n a los œltimos tiempos.

Los otros dos pactos con Israel

Hay otros dos pactos concertados con Israel durante su peregrinaci—n en el desierto. Vemos que, habiendo sido violado el pacto bajo la ley, la intercesi—n de MoisŽs dio lugar a otro pacto, cuyas bases tenemos en ƒxodo 33:14 y 19. En el cap’tulo 34:27 dice el Se–or: ÇEscribe tœ estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel.È

Aqu’ se debe destacar la palabra *contigo,* por cuanto hay un notable cambio en la expresi—n de Dios. En Egipto, Dios siempre hab’a dicho, ÇMi pueblo, mi pueblo.È Desde el momento en que hicieron el becerro de oro, ya no lo dice m‡s; usa Çtu puebloÈ (ƒx 32:7), ÇTu pueblo que sacaste de la tierra de EgiptoÈ, porque Israel hab’a dicho: ÇEste MoisŽs, el var—n que nos sac— de la tierra de EgiptoÈ (ƒx 32:1). Dios adopta el mismo lenguaje que ellos. ÀY quŽ sucedi—? MoisŽs intercedi—, no dejando en manera alguna que Dios dijera ÇTu puebloÈ; MoisŽs le responde: Ç *Tu puebloÈ;* e insiste constantemente en esta expresi—n: ÇTu puebloÈ.

Ahora lo que tenemos es un pacto concertado con MoisŽs como mediador. Aqu’ tenemos el principio de la soberan’a de la gracia, principio que se introduce cuando todo est‡ perdido, como consecuencia de la violaci—n de la ley. Si Dios no fuera soberano, Àcu‡l habr’a sido la consecuencia de esta violaci—n? La destrucci—n de todo el pueblo. Es decir, que aunque la soberan’a de Dios es eterna, se revela cuando deviene el œnico recurso de un pueblo perdido en sus propios caminos; y esto tiene lugar por medio de un mediador.

Vemos aun otro pacto en Deuteronomio 29:1: Çƒstas son las palabras del pacto que Jehov‡

mand— a MoisŽs que celebrase con los hijos de Israel en la tierra de Moab, adem‡s del pacto que concert— con ellos en Horeb.È Y Žste es

el tema de este tercer pacto con los israelitas: Dios lo concerta con ellos a fin de que bajo este pacto, siendo obedientes, puedan continuar gozando de la tierra. Pero no lo guardaron, y fueron expulsados de su tierra. Fueron instalados en la tierra en la Žpoca de este tercer pacto, y si lo hubieran guardado habr’an sido mantenidos en ella (vŽase 29:9, 12, 13; vŽase asimismo, para la apelaci—n a las promesas incondicionales, Dt 9:5, 27; 10:15). En Miqueas 7:19, 20 encontramos estas mismas promesas hechas a Abraham como base de la esperanza profŽtica. En Lucas vemos que el fiel israelita Sim—n las recuerda como la base de la confianza de Israel, que, por estas promesas, descansaba en la fidelidad de Dios.

Hasta aqu’ hemos visto en virtud de quŽ principio entr— Israel en tierra de Cana‡n. Pero tambiŽn hemos visto que Dios, antes de la ley, le hab’a prometido la tierra en posesi—n perpetua, por medio de los pactos y de las promesas incondicionales; y es por medio de estas promesas, por la mediaci—n de MoisŽs, que Israel fue perdonado, y que goz— finalmente de la tierra prometida por el tercer pacto, celebrado en los campos de Moab.

DespuŽs de la ca’da de los israelitas en la tierra prometida, quedan por serles aplicadas todav’a, para su restauraci—n, todas las promesas hechas a Abraham. DespuŽs que este pueblo haya faltado en todo a Dios, los profetas nos har‡n ver que Dios les ha prometido la restauraci—n en su pa’s, bajo Jesucristo su Rey, restauraci—n que ser‡ el cumplimiento pleno de todas las promesas temporales.

Recordemos, amigos, que dentro de los caminos de Dios que acabamos de examinar nos encontramos con la revelaci—n del car‡cter de *Jehov‡;* y que, aunque verdaderamente estas cosas le sucedieron a Israel, les sucedieron de parte de *Dios;* que, consiguientemente, son la manifestaci—n del car‡cter de Dios en Israel para nosotros. Israel es el escenario en el que Dios exhibe todo Su car‡cter en el gobierno del mundo; pero no se trata s—lo de Israel bajo Dios revelado en este car‡cter; se trata de la gloria de Dios y del honor de Sus perfecciones. Si Dios pudiera fallar en cuanto a sus dones para con Israel, podr’a fallar en Sus dones para con nosotros.

Seguiremos la historia del estado de este pueblo en la pr—xima reuni—n.

NOVENA CONFERENCIA

(Ezequiel 37)

La decadencia y

dispersi—n de Israel

Las promesas de restauraci—n

Lo que sucede con los huesos secos vistos por Ezequiel nos representa de manera muy clara lo que quiero tratar esta tarde: lo que Dios, en Su bondad, hara en favor de Israel. Al meditar este tema, seguirŽ el mŽtodo que he seguido en todo momento, esto es, os presentarŽ sucesivamente los testimonios de la palabra de Dios.

RecordarŽis que en la œltima ocasi—n, al dar comienzo al tema que nos ocupa, vimos la diferencia entre el pacto concertado con Abraham y el pacto de la ley en el monte Sina', y que, cada vez que Dios ha querido mostrar gracia a Su pueblo, ha recordado el pacto concertado con Abraham.

Hemos visto tambiŽn que Israel disfrut— las promesas bajo el pacto concertado en el desierto, y no bajo el pacto con Abraham, y que desde aquel tiempo, estando Israel bajo la condici—n de la obediencia para conservar el goce de las promesas, siempre fracas—; pero que, a pesar de todo ello, Dios pudo bendecir a Su pueblo, gracias a la mediaci—n de MoisŽs.

Veremos a continuaci—n c—mo *Israel fracas— de nuevo despuŽs de esto, incluso despuŽs de haber sido establecido en el pa's que Jehov‡ le hab'a dado;* y que Dios suscit— los profetas, de una manera peculiar, para llevarlo a la convicci—n del pecado en el que hab'a ca'do, y para mostrar a los fieles que los consejos de Dios con respecto a Israel no dejar'an de ser cumplidos; que por medio del Mes'as se cumplir'a todo lo que Dios hab'a anunciado. Y veremos que ser'a precisamente tras el fracaso de Israel que estas promesas de su restauraci—n llegar'an a ser preciosas para el remanente fiel del pueblo.

La historia del pecado de Israel

Recordad que en la historia del pecado de Israel bajo la ley tenemos la historia del coraz—n de cada uno de nosotros; que, si nos ponemos delante de Dios, reconoceremos que s—lo es la gracia conocida por la

obra de Dios la que puede no s—lo sostenernos, sino sacarnos de la situaci—n en que nos encontramos debido al pecado.

Quisiera atraer vuestra atenci—n a la decadencia y destrucci—n de Israel, bajo todas sus formas de gobierno, despuŽs de su entrada en tierra de Cana‡n. SabŽis que fue JosuŽ quien introdujo a los israelitas en el pa’s. El libro de JosuŽ es la historia de las victorias de Israel sobre los cananeos, la historia de la fidelidad que Dios les mostr— en el cumplimiento de lo que hab’a prometido a Su pueblo. Jueces y Samuel son la historia de la ca’da de Israel en la tierra de Cana‡n hasta el tiempo de David, pero tambiŽn la historia de la paciencia de Dios. Veamos, de entrada, c—mo JosuŽ

expone a los israelitas su condici—n y car‡cter.

Les expone (cap. 24) todo lo que Dios ha hecho en favor de ellos, toda Su gracia y bondad; entonces el pueblo le responde (v. 16): ÇNunca tal acontezca, que dejemos a Jehov‡ para servir a otros dioses...È. Y JosuŽ le dice entonces al pueblo: ÇNo podrŽis servir a Jehov‡È, a lo que el pueblo responde: ÇNo, sino que a Jehov‡ serviremos ... A Jehov‡ nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos.È ÇEntonces JosuŽ hizo pacto con el pueblo el mismo d’aÈ (v. 25). Este capit‡n de su salvaci—n los hab’a llevado a la tierra prometida; gozaban del efecto de la gracia, y ahora se comprometen de nuevo a obedecer a Jehov‡.

En Jueces 2 los encontramos en un total fracaso. ÇNo los echarŽ de delante de vosotros [a vuestros enemigos], sino que ser‡n azotes para vuestros costados, y sus dioses os ser‡n tropezaderoÈ, les dijo Dios, y vemos, en el v. 11, ÇLos hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehov‡, y sirvieron a los baales ... y se encendi— contra Israel el furor de Jehov‡.È

Esto es lo que vemos una y otra vez: beneficios de parte de Dios, e ingratitud de parte del hombre.

Citemos los pasajes que muestran c—mo Israel prevaric— bajo todas las formas de gobierno.

1 Samuel 4:11. El’ era el sumo sacerdote, juez y cabeza de Israel; pero el pecado de sus hijos era insoportable, y vemos la gloria de Dios echada por tierra: el arca de Dios fue tomada, y los dos hijos de El’, Ofni y Finees, murieron. Vers’culos 18-21: El’ mismo muere, y su nuera llama Icabod (sin gloria) al hijo al que da a luz, diciendo: ÇÁTraspasada es la gloria de Israel! por haber sido tomada el arca de

Dios, y por la muerte de su suegro y de su marido.È

Entonces Dios, que hab’a suscitado a Samuel, llamado el primero de todos los profetas (Hch 3:24), gobierna a Israel para ﬂ, pero, bien poco despuŽs, Israel rechaza al profeta (1 S 8:7): ÇY

dijo Jehov‡ a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a m’ me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el d’a que los saquŽ de Egipto hasta hoy, dej‡ndome a m’ y sirviendo a dioses ajenos, as’ hacen tambiŽn contigo.È Dios, pues, les dio un rey en Su ira, y sabemos a quŽ lleg—

este rey deseado por ellos (cap. 15).

1 Samuel 15:26. Se pronuncia la sentencia; y Samuel le dice a Saœl: ÇNo volverŽ contigo; porque desechaste la palabra de Jehov‡, y Jehov‡ te ha desechado para que no seas rey sobre IsraelÈ.

Estos diversos pasajes demuestran que Israel ha fracasado, bajo el rey, bajo el profeta, bajo el sacerdote; y que se encuentra perdido bajo el rey que hab’a escogido.

David es suscitado en lugar de Saœl; Dios hace Su elecci—n por gracia; es ﬂ que da David a Israel; David, tipo de Cristo y padre de Cristo segœn la carne.

As’, y por la bondad de Dios, Israel se enriquece en gran manera y se hace glorioso bajo David y bajo Salom—n. Pero pronto se ve c—mo otra vez este pueblo prevarica bajo estos dos pr’ncipes (1

R 11:5-11). ÇE hizo Salom—n lo malo ante los ojos de Jehov‡, y no sigui— cumplidamente a Jehov‡ ... Y se enoj— Jehov‡ contra Salom—n.È15

Es cosa bien triste observar c—mo el coraz—n del hombre, en todas las posibles circunstancias, se aparta de Dios; y esto es general; Žsta es la ense–anza que podemos extraer de la historia del pueblo de Israel. SabŽis que fue dividido en dos partes, y que las diez tribus se volvieron totalmente infieles. En la persona de Acaz, la familia de David, el œltimo apoyo de las esperanazs de Israel, comenz— a volverse id—latra (2 Reyes 16:10-14). El pecado de ManasŽs fue el

punto culminante de toda esta infidelidad (2 R 21:11, 14, 15).

ƒsta es, en pocas palabras, la conducta de Israel y de la misma Jud‡, hasta el cautiverio de Babilonia. El Esp’ritu de Dios resume la historia de ellos, la historia de los cr’menes de ellos y de Su paciencia, con estas impresionantes palabras (2 Cr 36:15, 16): ÇY Jehov‡ el Dios de sus padres envi— constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque Žl ten’a misericordia de su pueblo y de su habitaci —n. Mas ellos hac’an escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burl‡ndose de sus profetas, hasta que subi— la ira de Jehov‡ contra su pueblo, y no hubo ya remedio.È

15 Y la realeza, suscitada por el mismo Dios, fracas— as’, y fue pronunciado el juicio sobre ella, aunque se reserv—

para David l‡mpara en JerusalŽn hasta los d’as de Sedequ’as.

ƒste es el fin de su existencia en esta tierra de Cana‡n, donde hab’an sido introducidos por JosuŽ.

Finalmente fue puesto sobre ellos el nombre de *Lo-ammi* (no mi pueblo).

Las promesas al remanente fiel

Habiendo recorrido r‡pidamente la historia de su ca’da hasta su deportaci—n a Babilonia, tenemos ahora que considerar las promesas que sostuvieron la fe del remanente fiel de este pueblo, durante la iniquidad y durante el cautiverio de la naci—n.

Hay una promesa que es importante se–alar, que sirvi— como segunda base de la esperanza de los jud’os fieles. Se encuentra en 2 Samuel 7 y en 1 Cr—nicas 17. Entre estos dos pasajes hay esta diferencia: que el de Cr—nicas se aplica directamente a Cristo; y esto se debe a la diferencia que existe entre ambos libros, en el que uno de ellos (Samuel) es hist—rico, mientras que el otro (Cr—nicas) es un resumen que ata toda la historia, desde Ad‡n, dentro de la genealog’a de Cristo y con las esperanzas de Israel, y de la que por consiguiente quedan excluidas todas las infidelidades y ca’das de los reyes de Israel. Tenemos esta promesa: ÇYo fijarŽ lugar para mi pueblo Israel y lo plantarŽ, para que habite en su lugar y nunca m‡s sea removido, ni los inicuos lo aflijan m‡s, como al principioÈ (2 S 7:10). 1 Cr—nicas 17:11: ÇY cuando tus d’as sean cumplidos para irte con tus padres, levantarŽ descendencia despuŽs de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmarŽ su reino. ßl me edificar‡ casa, y yo confirmarŽ su trono eternamente. Yo le serŽ por padre, y Žl me ser‡ por hijo…È. La aplicaci—n de estas palabras a Cristo se encuentra en Hebreos 1, y encontramos, en este testimonio, las promesas hechas a Abraham y a su posteridad, todas las promesas hechas a Israel, puestas bajo la salvaguardia y reunidas en la misma persona del hijo de David.

La promesa hecha a David es la base de todas las que tienen que ver con su familia. Hemos visto la ca’da de esta familia, y tambiŽn la promesa hecha al hijo de David, el Mes’as.

Los testimonios de los profetas

Sigamos el estudio de este tema con los testimonios directos de los profetas.

Isa’as 1:25-28 describe la total restauraci—n de los jud’os, pero mediante juicios que destruir‡n a los malvados.

Isa’as 4:2-4. En aquel tiempo (tiempo de gran tribulaci—n), Çel renuevo de Jehov‡ ser‡ para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel. Y

acontecer‡ que el que quedare en Si—n, y el que fuere dejado en JerusalŽn, ser‡ llamado santo; todos los que en JerusalŽn estŽn registrados entre los vivientes, cuando el Se–or lave las inmundicias de las hijas de Si—n, y limpie la sangre de JerusalŽn de en medio de ella, con esp’ritu de juicio y con esp’ritu de devastaci—nÈ.

El cap’tulo 6 de la misma profec’a nos hace entrar de manera plena en el esp’ritu de la profec’a. Se trata del momento en que Acaz accedi— al trono, este Acaz que iba a enviar el profano altar de Damasco a JerusalŽn; e Isa’as es enviado a encontrarse con este rey, hijo de David, que introduce la apostas’a. La Palabra nos muestra primero la gloria de Cristo, manifestado como Jehov‡ tres veces santo (esto es lo que dice Juan en el cap’tulo 12 de su Evangelio), esta gloria que condena a toda la naci—n, pero que produce por la gracia el esp’ritu de intercesi—n, al que responde la misericordia que restaura a la naci—n. Esta misericordia, sin embargo, no se cumple sin unos juicios que eliminan a los malvados de entre el pueblo y de la tierra, despuŽs de un prolongado endurecimiento, llevado a su culminaci—n con el rechazamiento de Jesucristo y del testimonio dado acerca de ﬂl por el Esp’ritu en los ap—stoles (lŽanse los vv. 9-13).

Isa’as 11:10: ÇAcontecer‡ en aquel tiempo que la ra’z de Isa’ ... ser‡ buscada por las gentesÈ.

Vemos aqu’ cu‡ndo y c—mo ser‡ llena la tierra del conocimiento de Jehov‡; ser‡ cuando ﬂl habr‡

dado muerte al Inicuo con el Esp’ritu de Su boca. Entonces el Se–or

recordar‡ a Israel, y alzar‡

otra vez Su mano (lŽanse los vv. 9-12).

Isa’as 33:20-24; cap. 49. Se ha dicho que, en estos cap’tulos, Si—n es la Iglesia. Pero, cuando todo el gozo ha llegado, Si—n dice: ÇMe dej— Jehov‡, y el Se–or se olvid— de m’È. Esto es imposible, si Si—n fuera la Iglesia. ÁC—mo! ÁLa Iglesia abandonada en medio de su gozo! Leed entonces los vv.

14-23 del cap’tulo 49, y tambiŽn el cap’tulo 62 entero; tambiŽn 65:19-25, donde vemos bien claramente que se trata de bendiciones terrenales, de un estado de cosas hasta ahora desconocido sobre la tierra. En aquel d’a el mismo Dios se regocijar‡ sobre JerusalŽn.

ƒstas son unas promesas que anuncian con gran claridad la gloria que debe venir para JerusalŽn y para el pueblo jud’o. Paso a continuaci—n a unos cap’tulos que hablan todav’a m‡s directamente acerca de esta cuesti—n.

Jerem’as 3:16-18: ÇY acontecer‡ que cuando...È, etc. Hay cosas que parecen ser el cumplimiento de muchas profec’as, como por ejemplo el regreso de Babilonia. Pero Dios ha dado a esto una respuesta de una naturaleza peculiar. Ha juntado unas cosas que nunca todav’a han sucedido juntas. Por ejemplo, dentro de este pasaje se dice: ÇTodas las naciones vendr‡n a ellaÈ. Est‡ claro que esto no sucedi— cuando tuvo lugar el regreso de la cautividad de Babilonia. Se dir‡: Esto es la Iglesia. Pero no lo es, porque Çen aquellos tiempos ir‡n de la casa de Jud‡ a la casa de Israel, y vendr‡n juntamente de la tierra del norte a la tierra que hice heredar a vuestros padresÈ. En fin, aqu’ vemos la reuni—n de tres cosas: JerusalŽn, el trono de Jehov‡, y la reuni—n de Jud‡ e Israel, as’ como las naciones reunidas hacia el Trono de Dios; tres cosas que ciertamente nunca se han cumplido juntas. Cuando la Iglesia fue fundada, Israel fue dispersado. Cuando Israel volvi— de Babilonia, no hab’a ni Iglesia ni hubo reuni—n de naciones.

Jerem’as 30:7-11: ÇÁAh, cu‡n grande es aquel d’a! ... tiempo de la angustia para Jacob; pero de ella ser‡ librado... y extranjeros no lo volver‡n a poner m‡s en servidumbre, sino que servir‡n a Jehov‡ su Dios y a David su rey, ... y Jacob volver‡, descansar‡ y vivir‡ tranquilo, y no habr‡

quien le espante.È Desde luego, estos felices tiempos para Israel aœn no han tenido cumplimiento.

Jerem'as 31:23, 27, 28, 31, hasta el fin. Observemos aqu' el vers'culo 28. ÀA quiŽn ha arrancado, derribado y trastornado Jehov‡? A aquellos mismos de quienes dice que edificar‡ y plantar‡. Es, en efecto, irrazonable aplicar todos los juicios a Israel y todas las bendiciones, que se aplican a las mismas personas, a la Iglesia. Y si es de la Iglesia que se trata aqu', Àcu‡l es el sentido de Çdesde la torre de Hananeel hasta la puerta del AnguloÈ, y de la menci—n del collado de Gareb, etc.?

ObsŽrvense estas œltimas palabras del cap'tulo: ÇNo ser‡ arrancada ni destruida m‡s para siempre.È

Jerem'as 32:37-42. ƒste es un pasaje conmovedor en cuanto a los pensamientos de Jehov‡ acerca de este pueblo. DespuŽs de haberles hecho promesas de bendici—n por gracia, y de asegurarles que ser‡ el Dios de ellos, Jehov‡ les anuncia: ÇY los plantarŽ en esta tierra en verdad, de todo mi coraz—n y de toda mi alma. Porque ... como traje sobre este pueblo todo este gran mal, as' traerŽ

sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo.È

Jerem'as 33:6-11, 15, 24-26. Aqu' volvemos a tener la bendici—n de Israel, y ello por la presencia del Renuevo que har‡ surgir de David, que ejecutar‡ juicio y justicia en la tierra. Recordemos, queridos amigos, que la Palabra de Dios no nos presenta nunca al Esp'ritu Santo como el Renuevo de David, ni su funci—n como la de ejecutar el juicio sobre la tierra. Por otra parte, si alguien sue–a con aplicar esto al regreso de Babilonia, citarŽ Nehem'as 9:36, 37: ÇHe aqu' que hoy somos siervos; henos aqu', siervos en la tierra que diste a nuestros padres para que comiesen su fruto y su bien ... y estamos en grande angustia.È ÁEn absoluto fue el regreso de Babilonia el cumplimiento de todo lo que hemos le'do en cuanto a las promesas! ÀEs que acaso el estado descrito por Nehem'as expresa toda el alma, todo el coraz—n de Dios, en favor de Su pueblo? Ya veis quŽ valoraci—n hace el Esp'ritu de Dios de lo que tuvo lugar despuŽs del regreso de Babilonia.

As', estas promesas de Dios no han sido aœn cumplidas.

Ezequiel 11:16-20. Hasta el d'a de hoy, Israel, o mejor dicho los jud'os, est‡n bajo la influencia del juicio que comporta este pasaje: ÇCuando el esp'ritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo hallaÈ (Mt 12:43). Los vers'culos que siguen

en Ezequiel hablan de su estado postrero, en el que hemos visto que est‡n sometidos a juicio, y luego Dios le da al remanente un nuevo coraz—n.

Ezequiel 34:22, hasta el fin del cap’tulo. Aqu’ vemos de nuevo que David, su rey, est‡ en medio de ellos, y que las bendiciones son irrevocables.

Ezequiel 36:22-32. Si alguien objetara: Pero Žstas son cosas espirituales en las que participamos, responderŽ: S’, nosotros participamos de las bendiciones del buen olivo; pero esto no desposee de ellas a aquellos que les pertenecen [cp. Ro 11:17-24]. ÀA quŽ se debe que nosotros participemos? A que hemos sido injertados en Cristo. Si estamos en Cristo, somos hijos de Abraham, y participamos de todo lo espiritual. Pero aqu’ se trata tambiŽn de cosas terrenales, y el pasaje nos habla de una manera muy clara.

ÇHabitarŽis en la tierra que di a vuestros padres, etc.È. La Iglesia s—lo tiene un Padre, el Padre de nuestro Se–or Jesucristo.

Quisiera ahora se–alar de pasada la alusi—n a este or‡culo que aparece en un pasaje muy conocido (Jn 3:12), donde se hace una alusi—n a Çcosas terrenalesÈ. Se trata de una alusi—n, indudablemente, a lo que se dice en m‡s de un pasaje profŽtico, pero en particular en el pasaje que ahora nos ocupa, y del que tenemos una cita casi textual en las palabras que nuestro Se–or dirige a Nicodemo. Es por esto que le dice: ÀC—mo es que vosotros, los doctores de Israel, vosotros que debierais comprender que le es absolutamente necesario a Israel, para poder gozar de las promesas, recibir un coraz—n nuevo y purificado, c—mo es que no comprendŽis lo que os digo?

ÀNo me comprendŽis, cuando os digo que os es necesario nacer de agua y del Esp’ritu? Si no me comprendŽis cuando os hablo de cosas terrenales, Àc—mo comprenderŽis las cosas celestiales? Es como si viniera a decirles: Si os he hablado de cosas que tocan a Israel, si os he dicho que Israel tiene que renacer para gozar *de las promesas terrenales que le pertenecen,* y no habŽis comprendido lo que vuestros propios profetas han dicho, Àc—mo comprenderŽis las cosas celestiales, la gloria de Cristo exaltado al cielo, y la Iglesia, Su compa–era en esta gloria celestial?

No habŽis siquiera comprendido las ense–anzas de vuestros profetas.

Vosotros, los maestros de Israel, debierais haber comprendido al menos las cosas terrenales, lo que Ezequiel y otros profetas han dicho acerca de estas cuestiones.

Efectivamente, aparecen en este pasaje de Ezequiel, como en muchos otros pasajes que hemos citado, el fruto de los ‡rboles, el rendimiento de los campos, y muchas cosas semejantes, que son las bendiciones terrenales prometidas a Israel; pero, al mismo tiempo, se ve el cambio necesario de coraz—n para gozar de ellas. Es necesario que Israel sea renovado en su coraz—n para recibir las promesas de Cana‡n; es necesario que Dios los haga caminar en Sus estatutos d‡ndoles un nuevo coraz—n, y entonces, y s—lo entonces, gozar‡n de las bendiciones anunciadas. Esto es, Nicodemo, lo que deb’as haber comprendido por el mismo lenguaje de vuestros profetas.

En el cap’tulo 37 de Ezequiel tenemos un relato detallado de la restauraci—n de Israel, la reuni—n de las dos partes de la naci—n, su entrada en su tierra, su estado de unidad y de fidelidad a Dios en esta misma tierra, siendo Dios el Dios de ellos, y estando presente David, su rey, presente para

siempre jam‡s, de tal manera que las naciones conocer‡n que su Dios es Jehov‡, cuando Su santuario estŽ para siempre en medio de ellos.

Ezequiel 39:22-29. Es evidente que esto no ha llegado aœn, porque en este tiempo Dios no esconder‡ m‡s Su rostro de ellos (v. 29) como lo hace aœn hoy, y los habr‡ recogido en su tierra, sin dejar a ninguno entre las naciones, lo que evidentemente no se ha cumplido aœn.

Recordemos, para acabar, los grandes principios sobre los que descansan las profec’as. La restauraci—n de los jud’os se basa en las promesas hechas a Abraham *de manera incondicional.* La ca’da de ellos viene por causa de que ellos trataron de actuar en base de sus mismas fuerzas, y despuŽs de haber puesto a prueba en todas formas la paciencia de Dios, hasta que no hubo remedio. El juicio cay— sobre ellos, pero Dios vuelve a Sus promesas.

Apliquemos esto a nuestros propios corazones. Tenemos siempre la misma historia, nuestra historia, siempre la historia de la ca’da. En el momento en que Dios nos pone en esta o aquella situaci—n, fracasamos en el acto. Pero detr‡s de todo ello hay un principio de poder, esto es, la revelaci—n de los consejos de Dios, y como consecuencia de unas promesas incondicionales, y vemos que es la

mediaci—n y la presencia de Jesœs (con MoisŽs como tipo de fl) la que es el medio del cumplimiento de estas promesas. TambiŽn hemos visto que Dios no ejecuta el juicio, despuŽs de haber sido anunciado mucho tiempo antes, m‡s que despuŽs de una extraordinaria paciencia, despuŽs de haber empleado todos los medios posibles que debieran haber recordado al hombre sus deberes para con Dios, si hubiera una chispa de vida en su coraz—n. Pero no hab’a nada.

Los individuos vivificados por la gracia se mantienen en las promesas, que han de tener su cumplimiento en la manifestaci—n de Aquel que las puede llevar a cabo, y merecer su cumplimiento para otros. Nada exhibe estos principios m‡s claramente que esta historia de Israel.

ÇEstas cosasÈ, dice el ap—stol, Çles acontecieron como ejemplo, y est‡n escritas para amonestarnos a nosotrosÈ. Se trata de un espejo donde podemos ver, por una parte, el coraz—n del hombre, que siempre fracasa; por otra, la fidelidad de Dios, que jam‡s falla, que cumplir‡

todas Sus promesas, y que manifestar‡ un admirable poder, que sobrepujar‡ a toda la iniquidad del hombre y al poder de Satan‡s. Fue cuando la iniquidad lleg— a su punto culminante que dijo: ÇEngruesa el coraz—n de este puebloÈ; y no es hasta Hechos 28:27 que encontramos el cumplimiento de este juicio, anunciado casi ocho siglos antes por el profeta Isa’as. Fue cuando el pueblo lo hubo rechazado todo que Dios lo endureci—, para hacer de ellos un monumento de Sus caminos. ÁQuŽ paciencia la de Dios!

Y as’ es tambiŽn por lo que a nosotros ata–e, esto es, para los gentiles; la ejecuci—n del juicio est‡

en suspenso desde hace dieciocho siglos, y Dios sigue recurriendo a todos los tesoros de Su

gracia, para hallar un eco de bien en nuestros corazones. Como dijo el Se–or: ÇSi yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendr’an pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado ...

Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningœn otro ha hecho, no tendr’an pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a m’ y a mi Padre.È ÁPaciencia admirable! ÁInfinita gracia de Aquel que se interesa por nosotros, incluso a pesar de nuestra rebeli—n e iniquidad!

ÁA Žl sea toda la gloria!

DƒCIMA CONFERENCIA

(Isa’as 1)

La restauraci—n y

bendici—n terrenal dadas

a Israel

Algunos pasajes de la Escritura acerca del destino de los jud’os, que no pude citar en nuestra œltima conferencia, especialmente algunos que se encuentran en los Profetas Menores, servir‡n para poner fin a la profec’a hist—rica que trata de este pueblo; y digo hist—rica porque la profec’a es la historia que nos da Dios acerca del futuro.

Quisiera recordaros de nuevo una circunstancia de gran importancia al hablar de los jud’os; se trata de que su historia es especialmente la manifestaci—n de la gloria del Se–or. Si nos pregunt‡ramos, ÀquŽ interŽs tiene esta historia para nosotros?, estar’amos con ello diciendo: ÀDe quŽ sirve que sepa lo que mi Padre est‡ por hacer con mis hermanos, y la manifestaci—n de Su car‡cter en Sus acciones? Cuando vemos cu‡nto espacio ocupa este tema dentro de la Palabra de Dios, debemos por ello mismo quedar convencidos de que estas cuestiones son extremadamente importantes para nuestro Dios, si no lo son para nosotros. Es en este pueblo, mediante los caminos de Dios para con ellos, que se revela de manera plena el car‡cter de Jehov‡, que las naciones conocer‡n a Jehov‡, y que nosotros aprenderemos tambiŽn a conocerle.

Una misma persona puede ser rey de un pa’s y padre de familia; y Žsta es la diferencia entre lo que Dios es para con la Iglesia y para con los jud’os. Para con la Iglesia, ƒl tiene el car‡cter de Padre; para con los jud’os, ƒl tiene el car‡cter de Jehov‡, el Eterno y Fiel. Su fidelidad, inmutabilidad, omnipotencia, gobierno de toda la tierra, todo ello queda revelado en la historia de Israel; es por esto que esta historia nos da a conocer el car‡cter de Jehov‡.

Salmo 126: ÇCuando Jehov‡ hiciere volver la cautividad de Si—n, ... entonces dir‡n entre las naciones: Grandes cosas ha hecho Jehov‡ con Žstos.È

Veamos el mismo tema, en Ezequiel 39:6, 7: ÇY enviarŽ fuego sobre Magog, y sobre los que moran con seguridad en las costas; y sabr‡n que yo soy Jehov‡. Y harŽ notorio mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, y nunca m‡s dejarŽ profanar mi santo nombre; y sabr‡n las naciones que yo soy Jehov‡, el Santo en Israel.È

Vers’culo 28: ÇY sabr‡n que yo soy Jehov‡ su Dios, cuando despuŽs de haberlos llevado al cautiverio entre las naciones, los reœna sobre su tierra, sin dejar all’ a ninguno de ellos.È ƒsta es la manera por la que Jehov‡ se da a conocer. El Padre se revela a nuestras almas por el Evangelio, por el Esp’ritu de adopci—n; pero Jehov‡ se da a conocer por Sus juicios, por el ejercicio de Su poder sobre la tierra.

He dicho que el Padre se da a conocer por el Evangelio, por cuanto el Evangelio es un sistema de pura gracia, un sistema que nos ense–a a actuar segœn el principio de la gracia; no se trata ya de Çojo por ojo, diente por dienteÈ, que es lo que demanda la justicia, la ley del tali—n; se trata m‡s bien de un principio segœn el que debo Çser perfecto, como mi Padre es perfectoÈ. Pero en el gobierno de Jehov‡ no ser‡ as’. Indudablemente, Jehov‡ bendecir‡ a las naciones; pero el car‡cter de Su reinado es que Çel juicio ser‡ vuelto a la justiciaÈ (Sal 94:15). Cuando tuvo lugar la primera venida de Jesucristo, el juicio estaba en manos de Pilato, y la justicia en Jesœs; pero cuando vuelva Jesœs, el juicio ser‡ vuelto a la justicia. Mientras tanto, el pueblo de Cristo, los hijos de Dios, tienen que seguir el ejemplo del Salvador, esto es, no esperar que el juicio sea segœn el rigor de la justicia, sino ser apacibles y humildes en medio de todas las injurias que padecen de parte de los hombres. Unidos a Cristo, quedan indemnes ante todos los males por el poder de aquel entra–able amor que los conforta, por las consolaciones que provienen de la presencia de Su Esp’ritu, y, adem‡s, por las esperanzas de una gloria celestial. Por otro lado, *Jehov‡* consolar‡ a Su pueblo mediante una acci—n directa de Su justicia en favor de ellos, restableciŽndolo en la gloria terrenal.

As’, los jud’os son el pueblo por medio de y en el cual Dios establece Su nombre de Jehov‡, y Su car‡cter de juicio y de justicia. En la Iglesia vemos al pueblo en el que, como en Su familia, *el Padre* manifiesta Su car‡cter de bondad y de amor. ÀQuŽ suceder‡ con los jud’os en el tiempo postrero? Esto es lo que ya hemos considerado en Jerem’as 30 a 33, y en Ezequiel 36 a 39, donde vemos una serie de promesas y revelaciones acerca de esto.

Profec’as de la restauraci—n de Israel

Os citarŽ algunos otros pasajes acerca de esta misma cuesti—n, siguiendo el orden de los profetas en la Biblia.

Daniel 12:1 … Aqu’ tenemos la presencia de Aquel que actuar‡ en favor del pueblo de Daniel, esto es, el pueblo jud’o.

Deseo hacer unas observaciones sobre algunos rasgos de esta profec’a. Primero, Dios, en Su poder, por el ministerio de Miguel, estar‡ de pie en favor de los hijos del pueblo de Daniel, y ser‡

un tiempo de angustia como jam‡s habr‡ sido. Esto es lo que nos explica lo que leemos en Mateo 24 y en Marcos 13:19.

La resurrecci—n (v. 2) se aplica a los jud’os. Encontraremos exactamente las mismas expresiones en Isa’as 26, ÇTus muertos vivir‡n…È, y en Ezequiel 37:12. Tenemos una resurrecci—n figurada del pueblo sepultado, como naci—n, entre los gentiles.

De los que son levantados se dice que algunos Ç[ser‡n levantados] para vergŸenza y confusi—n perpetua.È Esto es lo que les suceder‡ a los jud’os. De los sacados de entre las naciones, algunos gozar‡n de la vida eterna, pero otros ser‡n objeto de vergŸenza y confusi—n eterna (Is 66:24). En una palabra, lo que aqu’ tenemos es, por una parte, que Dios estar‡ en pie por Su pueblo durante un tiempo de angustia; por otra parte, tenemos la liberaci—n de un residuo. ƒste es el resumen del cap’tulo 12 de Daniel.

En Oseas 2:14, y hasta el final del cap’tulo, vemos que el Se–or recibir‡ a Israel, introduciŽndolo en su pa’s, tras haberlo humillado, pero tambiŽn tras haber hablado a su coraz—n; que transformar‡ a la naci—n tal como era en los tiempos de su juventud; que Jehov‡ har‡ pacto con ella, la bendecir‡ en todas maneras en esta tierra, y la desposar‡ consigo. Y, adem‡s, hay una cadena ininterrumpida de bendiciones, desde Jehov‡ mismo hasta los bienes terrenales derramados en abundancia sobre Israel, que es simiente de Dios (este es el significado del tŽrmino Jezreel); es por esto que a–ade: ÇY la sembrarŽ para m’ en la tierra.È Porque Israel vendr‡ a ser el instrumento de bendici—n para la tierra, como vida entre los muertos. Ahora todo est‡ estorbado por el pecado; las maldades espirituales est‡n en lugares celestiales, y hay todo tipo de desgracia, todo ello acompa–ado indudablemente de muchas bendiciones, fruto de las misericordias de Dios.

Dios hace que todas las cosas obren para bien para los que le aman; pero en aquel tiempo habr‡

plenitud de bendiciones terrenales.

Oseas 3:4, 5: ÇPorque muchos d’as estar‡n los hijos de Israel sin rey,

sin pr’ncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines. DespuŽs volver‡n los hijos de Israel, y buscar‡n a Jehov‡ su Dios, y a David su rey; y temer‡n a Jehov‡ y a su bondad en el fin de los d’as.È No tendr‡n ni verdadero Dios ni falsos dioses; pero, despuŽs de esto, buscar‡n a Jehov‡ y a David, esto es, al Bienamado: a Cristo.

Joel 3:16-18, 20, 21. DespuŽs de haber hablado de las naciones cuando Su pueblo regrese de su cautividad (vv. 1-15), en unos vers’culos que tratan del juicio ejecutado sobre los gentiles, Dios

nos habla en este pasaje de los jud’os. JerusalŽn ser‡ purificada; Jehov‡ morar‡ en Si—n; Žl ser‡ el refugio de Su pueblo y la fortaleza de los hijos de Israel. Esto es lo que suceder‡ cuando el juicio de Dios caiga sobre las naciones.

Am—s 9:14, 15: ÇY traerŽ del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificar‡n ellos las ciudades asoladas, y las habitar‡n; plantar‡n vi–as, y beber‡n el vino de ellas, y har‡n huertos, y comer‡n el fruto de ellos. Pues los plantarŽ sobre su tierraÈ. Esto todav’a no ha sido cumplido.

Lo que precede a estos vers’culos se cita en el cap’tulo 15 de Hechos, no para demostrar que la profec’a fue cumplida en aquel entonces, sino que Dios hab’a siempre determinado sacar para S’

un pueblo de entre los gentiles. Es decir, que el lenguaje de los profetas concordaba con lo que Sim—n Pedro hab’a relatado acerca de lo que Dios hab’a hecho entonces. No es el cumplimiento de una profec’a, sino el establecimiento de un principio, por boca de los profetas y por medio de Sim—n Pedro.

Miqueas 4:1-8. Esto todav’a no se ha cumplido tampoco. Vemos aqu’ una topograf’a de JerusalŽn, y la restauraci—n de su primer dominio.

Miqueas 5:4, 7 y 8. El nombre de Cristo ser‡ engrandecido hasta los fines de la tierra; Israel es la lluvia de la bendici—n divina por todo lugar, y vencedor en todo lo que se le opone.

Con respecto a Miqueas, es digno de se–alar, recordando el principio ya establecido, la manera en que el esp’ritu de la profec’a menciona (7:19, 20) las promesas hechas incondicionalmente a los padres.

Sofon’as 3:12, hasta el final. ÁQuŽ lenguaje encontramos aqu’! Se dice

que Dios Çcallar‡ de amorÈ.

Est‡ emocionado hasta tal punto que ÇcallaÈ. Y ÀquiŽnes son el objeto de Su amor? Veamos el vers'culo 13: ÇEl remanente de Israel no har‡ injusticia ni dir‡ mentira, ni en boca de ellos se hallar‡ lengua enga–osa; porque ellos ser‡n apacentados, y dormir‡n, y no habr‡ quien los atemorice.È Jehov‡ est‡ en medio de ellos, y nadie podr‡ atemorizarlos.

Zacar'as 1:15, 17-21. Vemos aqu' tambiŽn las cuatro monarqu'as, que han dispersado a Israel, disipadas ellas mismas por el poder y los juicios de Dios.

Zacar'as 9:9, hasta el final: ÇAlŽgrate mucho, hija de Si—n; da voces de jœbilo, hija de JerusalŽn; he aqu' tu rey vendr‡ a ti...È.

Se puede decir que esto ya se ha cumplido, pero s—lo en parte. Se debe destacar que cuando el Esp'ritu Santo cita este pasaje de Zacar'as (Jn 12;15), omite estas palabras: Ç *justo y salvador*

[salvo Žl, margen; BAS, dotado de salvaci—n] È. Jesœs, efectivamente, no tuvo cuidado de S'

mismo. Cuando le estaban diciendo, ridiculiz‡ndole: ÇSi eres Hijo de Dios, desciende de la cruzÈ, no hizo nada; no se sustrajo al padecimiento; en lugar de vindicarse a S' mismo, vino a ser nuestro garante.

Zacar'as 10:6 y hasta el final. ÀCuando ha sido que Israel ha sido como si el Se–or no los hubiera desechado? Aœn no se ha cumplido.

S—lo un remanente ser‡ preservado

Pasemos ahora a ver que el pueblo de Israel ser‡ restaurado a su tierra, pero que s—lo un remanente ser‡ preservado.

Zacar'as 12. El vers'culo 2 menciona un tiempo de guerra, de todas las naciones contra Israel; pero Dios fortalecer‡ extraordinariamente a Israel, y las naciones ser‡n destruidas, y ser‡

derramado esp'ritu de gracia y de oraci—n sobre el residuo de Israel, que contemplar‡ transido de dolor al Mes'as que traspasaron.

Paso a Isa’as 18, donde la profec’a presenta algunas dificultades en cuanto a la traducci—n; pero su gran objeto es demasiado evidente para poder ser oscurecido por ninguna traducci—n. Los r’os de Cus son el Nilo y el ƒufrates. Los enemigos de Israel estaban, dentro del per’odo b’blico de su historia, junto a estos dos r’os. En esta profec’a se hace un llamamiento a un pa’s m‡s all‡ de estos r’os, un pa’s alejado que no estaba aœn en relaci—n con Israel en el tiempo de la profec’a; as’, el profeta tiene a la vista un pa’s que ten’a que existir m‡s tarde.

Vers’culo 3. Dios llama a todos los moradores de la tierra habitable a que tomen conocimiento de lo que va a acontecer. Todas las naciones se ocupan de Israel; son llamadas, de parte de Dios, a que den atenci—n a lo que sucede con respecto a JerusalŽn; todas se encuentran interesadas en la suerte de esta ciudad; el mundo es invitado a asistir a los juicios que tendr‡n lugar. Mientras espera, Dios descansa y deja hacer a las naciones (v. 4). Israel comienza a volver a su tierra.

ƒsta es una descripci—n de Israel regresando a Judea ayudada por alguna naci—n alejada de este pueblo, y que no es ni Babilonia ni Egipto, ni otras naciones que se ocupaban de Israel en tiempos antiguos. No digo que sea Inglaterra, ni Francia ni Rusia. Los israelias vuelven a su pa’s, pero Dios no se ocupa de ello; Israel est‡ abandonada a las naciones; y cuando todo anuncia que va a florecer y a prosperar de nuevo, sucede que las ramas son podadas, cortadas y quitadas, todo el verano y todo el invierno, dejados para las aves de los montes y las bestias de la tierra, designaciones todas ellas de los gentiles. Sin embargo, en este tiempo ser‡ llevado a Jehov‡ un presente de este pueblo, y de parte de este pueblo, a la morada de Jehov‡ de los ejŽrcitos, en el monte de Si—n.

El regreso de las dos tribus y de las diez tribus Salmo 126:4: ÇHaz volver nuestra cautividad, oh Jehov‡.È Si—n y Jud‡ ser‡n los primeros en regresar. Los cautivos de Si—n ya habr‡n vuelto cuando esta oraci—n sea ofrecida a Dios (v. 1), pero ser‡n s—lo la prenda de lo que Dios har‡ restaurando a todo Israel.

Debo decir unas palabras acerca de esta dispersi—n de Israel y de Jud‡ y de su restauraci—n. Los primeros en ser devueltos a la tierra son los jud’os, que rechazaron a Jesœs, que son culpables de la muerte de Jesœs. SabŽis que las diez tribus como tales nunca se hicieron culpables de este crimen. Hay una diferencia notable dentro de la naci

—n: las diez tribus fueron dispersadas antes de la aparici—n de las cuatro monarqu’as; fueron los asirios los que llevaron a las diez tribus al cautiverio, antes que Babilonia existiera como imperio. Wolf nos habla de una circunstancia acerca de un grupo jud’o, que vive en medio de los ‡rabes, y que Žl ha visitado recientemente. Estos jud’os se denominan descendientes de un grupo que no quiso volver a Judea con Esdras, porque sab’a que los que volver’an con Esdras dar’an muerte al Mes’as, y se quedaron donde estaban.

Tanto si esta tradici—n es falsa como si es verdadera, su misma existencia es digna de menci—n.

Una cosa es segura, que los jud’os, habiendo rechazado a Cristo, ser‡n sujetados al Anticristo, y concertar‡n un pacto con el Seol y la muerte (Is 28), pero su pacto destruir‡ todas sus esperanzas. Unidos al Anticristo, sufrir‡n las consecuencias de este pacto, y al final ser‡n destruidos. Dos terceras partes de los moradores de todo el pa’s ser‡n cortadas; ello dentro del mismo pa’s de Israel, despuŽs de su regreso (Zac 13:8, 9).

Si leŽis Ezequiel 20:32-38, verŽis que es muy diferente el caso de las otras diez tribus. En lugar de dos terceras partes destruidas en el pa’s, los rebeldes no entran en absoluto en la tierra. Dios hace con ellos lo que hizo con Israel tras su salida de Egipto: Los destruye sin que lleguen a ver la tierra.

As’, hay dos categor’as de jud’os, por as’ decirlo, en este regreso del pueblo; primero tenemos la naci—n jud’a propiamente dicha, es decir, Jud‡ y los que acompa–an a Jud‡ en su rechazamiento del verdadero Cristo; se unir‡n al Anticristo, y dos terceras partes ser‡n destruidas en el pa’s. En segundo lugar, los rebeldes de las diez tribus ser‡n tambiŽn destruidos, pero en el desierto, antes de entrar en la tierra.

Mateo 23:37-39. Este juicio, que Jesœs mismo predijo contra este pueblo, nos hace comprender la certidumbre de la venida del Se–or para restaurar Israel y reinar en medio de Žl. ÇÁJerusalŽn, JerusalŽn, que matas a los profetas, ... He aqu’ vuestra casa os es dejada desierta... *hasta que dig‡is:* Bendito el que viene en el nombre del Se–or!È

Israel ver‡ a Jesœs, pero s—lo cuando esta palabra del Salmo 118:26 salga de su boca. Este Salmo presenta una imagen feliz del gozo de

Israel, en aquel tiempo, y es de este mismo Salmo que el Se–or pronuncia el juicio que ha de recaer sobre los gobernantes jud’os, por haberle rechazado: ÇLa piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ‡ngulo.È TambiŽn de este Salmo procede aquel gozoso saludo que Dios puso en boca de los peque–os que aclamaban al Salvador en el templo, precursores de aquellos que, en el tiempo del que estamos hablando, recibir‡n corazones de ni–os, y reconocer‡n al Se–or que sus padres rechazaron. Este Salmo es el que celebra el gozo y la bendici—n de Israel, que se deben a la fidelidad de Jehov‡, se–alando el pecado de esta naci—n, por el rechazamiento de la ÇpiedraÈ que deb’a constituir el fundamento de Dios en Si—n, pero que, por la infidelidad de esta naci—n, vino a ser piedra de tropiezo y de juicio.

Adem‡s de estas dos clases de israelitas que volver‡n bajo la conducci—n providencial de Dios, pero por su propia voluntad, el Se–or reunir‡ de entre los gentiles, despuŽs de Su aparici—n, a los elegidos de la naci—n jud’a que todav’a estar‡n entre ellos, y este regreso ir‡ acompa–ado de grandes bendiciones (vŽase Mt 24:31; cp. Is 27:12, 13; 11:10-12).

Quiero a–adir aqu’ dos principios muy sencillos y claros, que distinguen a todas las bendiciones anteriores (como, por ejemplo, el regreso de Babilonia) del cumplimiento de las profec’as que acabamos de examinar:

Estos dos principios son:

1. Que las bendiciones se desprenden de la presencia de Cristo, hijo de David; 2. Que son consecuencia del nuevo pacto.

Ni la primera ni la segunda de estas condiciones se cumpli— al regreso de Babilonia, ni hasta el d’a de hoy.

El Evangelio no trata de las bendiciones terrenales de los jud’os, que es el tema de estas profec’as.

UNDƒCIMA Y ULTIMA CONFERENCIA

(Apocalipsis 12)

Recapitulaci—n

y conclusi—n

He le’do este cap’tulo 12 de Apocalipsis no para explic‡roslo de manera detallada, sino porque nos presenta de manera ordenada el sumario de lo que suceder‡ al final de esta dispensaci—n, o por lo menos las fuentes celestiales de estos acontecimientos, y los ayes de la tierra.16 Mi intenci—n, esta tarde, es la de recapitular, tambiŽn de manera ordenada, lo que he dicho de los acontecimientos del fin, hasta all’ donde Dios me dŽ capacidad para ello.

Dos grandes frutos del estudio de las profec’as

Antes que nada, queridos amigos, quisiera repasar algunas ideas dadas en nuestras primeras conferencias. Comienzo, pues, al tratar de estas cosas, por recordaros una vez m‡s su gran fin, que me parece que es doble. Como primer resultado, deben separarnos de este mundo, lo que es un efecto constante de toda la Palabra, en el bien entendido de que el Esp’ritu de Dios actœe, pero la profec’a es particularmente eficaz para esto; quiero deciros que la profec’a tiende a separarnos Çde este presente mundo maloÈ. En segundo lugar, es especialmente adecuada para darnos a entender mejor el car‡cter de Dios y Sus caminos para con nosotros. Estos son los dos grandes frutos del estudio de las profec’as, frutos que me parecen muy valiosos.

Se hacen muchas objeciones contra este estudio; pero es as’ que siempre actœa Satan‡s contra la verdad. No me refiero a objeciones contra este o aquel punto de vista, sino a las objeciones contra el estudio mismo de la profec’a; y Satan‡s siempre actœa as’ contra la palabra de Dios en su integridad. A uno le dice que siga la moral, y no los dogmas, porque sabe que los dogmas alejar‡n a los hombres de su poder, por la revelaci—n de Jesœs y de Su verdad en sus corazones. A otro le sugiere que descuide la profec’a, porque all’ se encuentra el juicio del mundo, del que Žl es el 16 La liberaci—n de la tierra se encuentra en otros pasajes de la Escritura.

pr’ncipe. Pero, Àno es esto acusar a Dios, que nos la ha dado, y que adem‡s ha prometido una bendici—n especial a la lectura de esta parte, considerada la m‡s dif’cil de Su Palabra?

La profec’a arroja una intensa luz sobre las dispensaciones de Dios, y, en este sentido, nos da mucho tambiŽn para nuestra liberaci—n espiritual. Lo que m‡s estorba al alma de alcanzar esta libertad es el

error que se comete de confundir la ley con el Evangelio, las dispensaciones pasadas con la dispensaci—n actual. Si, en nuestra lucha interior, nos encontramos cara a cara con la ley, nos es imposible hallar la paz. Pero si insistimos en la diferencia existente entre la posici—n de los santos antes de la actual dispensaci—n y la de los santos en la presente dispensaci—n, esto tambiŽn perturba los esp’ritus de otros. Pero el estudio de la profec’a arroja una gran luz sobre estos puntos, y, al mismo tiempo, sobre la norma de conducta de los fieles; porque, aunque manteniendo siempre claramente la salvaci —n totalmente gratuita por la muerte de Jesœs, la profec’a nos lleva a comprender esta diferencia entera de la que hemos hablado entre la situaci—n de los santos de otros tiempos y la de los santos en la actualidad, y clarifica, con todos los consejos de Dios, el camino por el que ﬂl ha conducido a los Suyos, tanto antes como despuŽs de la muerte y resurrecci—n de Jesœs.

Adem‡s, queridos amigos, como ya hemos dicho, es siempre la esperanza que se nos presenta la que actœa sobre nuestros corazones y sobre nuestros afectos. As’, siempre tenemos delante de nosotros los gozos que imprimen su car‡cter en nuestra alma; aquello que ocupa la atenci—n del hombre como su esperanza deviene la norma de su conducta.

ÁCu‡nta importancia tiene, entonces, que el esp’ritu estŽ lleno de esperanzas segœn Dios! Se pretende que esto es querer penetrar en vano en cosas escondidas; pero si fuera cierto que no se debe entrar en la profec’a, tambiŽn se tendr’a que decir que no se deben llevar los pensamientos m‡s all‡ del tiempo actual. La manera de saber quŽ es lo que Dios quiere hacer en el futuro es desde luego estudiar las profec’as que nos ha dado. La profec’a es el futuro, el espejo escriturario de las cosas futuras. Si no se estudia lo que Dios ha revelado acerca del porvenir, se caer‡

necesariamente en las ideas propias. Decir que Çla tierra ser‡ llena del conocimiento de Jehov‡È es ya una profec’a, y no se puede saber nada de cierto en cuanto a los caminos de Dios con respecto a esto, como tampoco con respecto a las cosas celestiales, sin estudiar la profec’a. Es indudable que uno puede gozar de comuni—n con Dios en el momento actual, y esto es a;gp que ya es nuestro desde ahora; pero cuando hablamos de los detalles de la gloria venidera, se trata de un tema profŽtico. Todo lo que va m‡s all‡ del presente y no es profec’a de Dios, es especulaci—n humana.

Por otra parte, se afirma que la profec’a es, muy importante cuando ha sido cumplida, y esto es indudable, porque demuestra la veracidad de

la palabra de Dios. Pero, Àpuede un hijo de Dios emplear tal lenguaje, y hacer tal uso de la profec’a? Es como s’ alguien me tratara como un amigo,

colm‡ndome de beneficios, comunic‡ndome todos sus pensamientos e inform‡ndome de todo lo que sabe que ha de suceder, y yo s—lo me fuera a servir de lo que me dijera para asegurarme posteriormente, cuando las cosas sucedieran as’, de que se trata de una persona veraz. Queridos amigos, es una gran injuria a la bondad, a la amistad de Dios, actuar as’ con fl. Y os digo que vosotros y yo, como cristianos, no necesitamos ver el acontecimiento antes de creer que Dios ha dicho la verdad. Vosotros creŽis ya que la profec’a es la palabra de Dios.

Por dem‡s, la mayor parte de las profec’as se cumplir‡n al final, en los tiempos postreros, y entonces ser‡ demasiado tarde para convencerse de su car‡cter divino. Nos han sido dadas para dirigirnos ahora dentro de los caminos del Se–or, y para ser nuestra consolaci—n, haciŽndonos comprender que es Dios quien lo ha dispuesto todo, y no el hombre. De esta manera, las pasiones, en lugar de ser dirigidas a la pol’tica, se calman; veo lo que Dios ha dicho, leo en Daniel que todo est‡ dispuesto anticipadamente, y me tranquilizo. Y separado de esas cosas mundanas, puedo estudiar por adelantado la profundidad y perfecta sabidur’a de Dios; me ilustro y me adhiero a fl, en lugar de seguir mis propios caminos. Veo, en los acontecimientos que se tienen lugar, el desarrollo de los pensamientos del Alt’simo, y no un dominio abandonado a las pasiones humanas. Y es mediante la profec’a, especialmente en los acontecimientos que se cumplen al final, que nos es mostrado el car‡cter de Dios, todo lo que Dios ha querido decir acerca de S’ mismo, de Su fidelidad, Su justicia, Su poder, Su longanimidad, pero tambiŽn el juicio que ejecutar‡ con certidumbre sobre la orgullosa iniquidad, y la venganza deslumbradora que arrojar‡ sobre aquellos que corrompen la tierra, para que sea establecido Su gobierno en paz y bendici—n para todos. En una palabra, como aquello que est‡ anunciado por boca de los profetas, en cuanto a los jud’os, demuestra el car‡cter de *Jehov‡,* Su fidelidad y todos Sus atributos, de la misma manera lo que se ense–a acerca de la Iglesia exhibe el car‡cter del *Padre.* La Iglesia est‡ en relaci—n con Dios en Su car‡cter de Padre, y los jud’os con Dios en Su car‡cter de *Jehov‡,* que es el nombre caracter’stico de la relaci—n de ellos con Dios.

El domingo pasado alguien os cit— a algunos entre vosotros aquel famoso pasaje de Pablo: ÇMe propuse no saber entre vosotros cosa

alguna sino a Jesucristo, y a Žste crucificadoÈ (1 Co 2:2).

Deseo decir algo con respecto a esto. Este pasaje es constantemente presentado como objeci—n contra el estudio de lo que est‡ revelado en la Palabra. Esto proviene de dos causas; lo primero, de aquella prol’fica fuente de error, que es la frecuente cita de un pasaje sin examinar el contexto; la otra causa es, Áay!, una ausencia de rectitud, un deseo de detenerse en los caminos del Se–or, y de saber tan poco como sea posible. No es cierto, no se dice que nos debamos limitar al conocimiento de Jesucristo s—lo como crucificado. Hace falta conocer a Jesœs glorificado, a Jesucristo a la diestra de Dios; es necesario que lo conozcamos como Sumo Sacerdote, como Abogado delante del Padre. Tenemos que conocer a Jesucristo tanto como sea posible, y no decir: Me he propuesto no saber nada entre vosotros m‡s que a Jesucristo, y a Žste crucificado. Decir tal cosa es tomar la palabra de Dios para abusar de ella.

El ap—stol, hablando en medio de los paganos, de los fil—sofos de Corinto, quer’a decir que no hab’a considerado entrar en el campo de la filosof’a pagana, sino que se limitaba a Jesucristo, a Jesucristo el menospreciado de los hombres, para humillar mediante la cruz aquella vanagloria, basando la fe de ellos en la palabra de Dios, y no en la sabidur’a humana. Pero tambiŽn dice, en el mismo cap’tulo, que, desde el momento en que se encuentra en medio de cristianos, actœa de manera muy distinta: habla Çsabidur’a entre los que han alcanzado madurezÈ (v. 6). No quer’a filosof’as humanas, pero, estando entre los maduros, dice: Çhablamos sabidur’a entre los que han alcanzado madurezÈ. Querer limitarse a Jesœs crucificado es, insisto, querer limitarse a tan poco cristianismo como sea posible. En Hebreos 6 el ap—stol dice que no quiere aquello que se le quiere hacer decir aqu’; de hecho, condena lo que se nos propone en base de una falsa humildad, y dice: ÇDejando los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfecci—n.È

DespuŽs de estas observaciones acerca del estudio general de la profec’a, quiero recordar en pocas palabras c—mo se revela Dios por medio de ella.

El combate entre el postrer Ad‡n y Satan‡s

El cap’tulo 12 de Apocalipsis nos presenta el gran objeto de la profec’a

y de toda la palabra de Dios, esto es, el combate que tiene lugar entre el postrer Ad‡n y Satan‡s.

Es desde este centro de la verdad que resplandece toda la luz que despide la Sagrada Escritura.

Esta grande lucha puede tener lugar o bien por las cosas terrenales, y, en tal caso, es en el pueblo jud’o; o por la Iglesia, y en tal caso es en los lugares celestiales.

Es por esto que la profec’a tiene dos partes: las esperanzas de la Iglesia y la de los jud’os, aunque la primera, hablando con propiedad, no se llama profec’a como tal, la cual trata de la tierra y de su gobierno por parte de Dios.

Pero, antes de entrar en esta gran crisis, el combate entre Satan‡s y el postrer Ad‡n, es necesario desarrollar la historia del primer Ad‡n, y esto es lo que se ha hecho. Finalmente, para que la Iglesia sea puesta en la situaci—n de ocuparse de las cosas de Dios, es necesario ante todo que tenga la feliz certidumbre de su propia posici—n delante de ﬂ.

En Su primera venida, Cristo cumpli— toda la obra que el Padre le hab’a encomendado en Su sabidur’a en los consejos eternos de Dios; esto es lo que asegura la paz de la Iglesia. El Se–or Jesœs vino para introducir en el mundo, esto es, en el coraz—n de los fieles, la certidumbre de la salvaci—n, el conocimiento de la gracia de Dios. DespuŽs de haber llevado a cabo esta salvaci—n, se la comunica d‡ndoles la vida. Su Esp’ritu Santo, que es el sello de esta salvaci—n en el coraz—n, les revela las cosas venideras como hijos que son de la familia, herederos de los bienes de la casa.

Dentro del per’odo que separa la primera venida del Se–or de la segunda, la Iglesia es reunida por la acci—n del Esp’ritu Santo, para tener parte en la gloria de Cristo cuando ﬂ venga.

Estos son, en pocas palabras, los dos grandes temas que os he expuesto; esto es, que habiendo Cristo cumplido todo lo necesario para la salvaci—n de la Iglesia, habiendo salvado a todos los que creen, el Esp’ritu Santo actœa ahora en el mundo para comunicar a la Iglesia el conocimiento de esta salvaci—n. No viene para proponernos la esperanza de que Dios ser‡ bondadoso, sino a comunicarnos un

hecho, el hecho de que Jesœs ha cumplido ya la salvaci—n de todos los que creen, y, cuando el Esp’ritu Santo comunica este conocimiento a un alma, Žsta sabe que es salva. As’, estando en relaci—n con Dios como hijos de ﬂ, somos Sus herederos, Çherederos de Dios, coherederos de CristoÈ. Todo lo que ata–e a la gloria de Cristo nos pertenece a nosotros, y nos ha sido dado el Esp’ritu Santo: en primer lugar, para hacernos comprender que somos hijos de Dios.

Es un Esp’ritu de adopci—n; pero, adem‡s, es un Esp’ritu de luz que ense–a a los hijos de Dios cu‡l es su herencia. Por cuanto son uno con Cristo, les es revelada toda la verdad de Su gloria, la supremac’a que tiene sobre todas las cosas, habiŽndole establecido Dios como heredero de todas las cosas, y a nosotros como coherederos de ﬂ.

Habiendo cumplido Cristo todo lo que era necesario, la Iglesia es recogida de entre todas las naciones, hasta la segunda venida de su Salvador, y es unida a ﬂ. Ella tiene el conocimiento de la salvaci—n que ﬂ ha consumado, y de la gloria venidera, y el Esp’ritu Santo es, en los creyentes, el sello de la salvaci—n consumada, y las arras de la gloria venidera.

Estas verdades arrojan una intensa luz sobre toda la historia del hombre. Pero recordemos siempre que el gran objeto de la Biblia es el combate entre Cristo, el postrer Ad‡n, y Satan‡s.

ÀEn quŽ estado hall— Cristo al primer Ad‡n? En un estado en las profundidades del cual tuvo que entrar ﬂ como cabeza responsable de toda la creaci—n. Lo encontr— en estado de ca’da, totalmente perdido. Y era necesario manifestar todo esto antes de la venida de Cristo. Dios no introdujo a Su Hijo como Salvador del mundo hasta que se cumpliera lo necesario para demostrar que el hombre era incapaz en s’ mismo de todo bien. Toda la era del hombre, antes y despuŽs del diluvio, bajo la ley, bajo los profetas, no hace m‡s que dar siempre testimonio, cada vez de manera m‡s clara, de que el hombre estaba perdido. Fracas— en todo, bajo cada circunstancia posible, hasta que al final, habiendo enviado Dios a Su Hijo, los siervos dijeron: ÇHe aqu’ el heredero, matŽmosleÈ.

HabiŽndose llenado as’ la medida del pecado, sobrepuj— tambiŽn la gracia de Dios, d‡ndonos la herencia a nosotros, miserables pecadores, la herencia con Cristo en la gloria celestial, de la que poseemos las arras, teniendo aqu’ abajo a Cristo por el Esp’ritu.

La esperanza actual de la iglesia - J. N. Darby

La sucesi—n de las dispensaciones

Entro ahora un poco en la sucesi—n de las dispensaciones, y tambiŽn en lo que toca al car‡cter de Dios a este respecto, y lo primero que quiero observar es el diluvio, porque hasta esta Žpoca no hab'a habido, por as' decirlo, gobierno en el mundo. La profec'a que exist'a antes del diluvio era que Cristo iba a venir; las ense–anzas de Dios siempre tend'an a este fin. ÇHe aqu', el Se–or vieneÈ, dec'a Enoc, Çcon sus santas mir'adas.È

Pero pasemos ahora a NoŽ. En Žl tenemos el gobierno de la tierra, y a Dios entrando en juicio y confiando al hombre la espada del castigo.

DespuŽs tenemos el llamamiento de Abraham. Observemos que no es el principio del gobierno el que nos presenta aqu' la Palabra, sino el de la promesa y el llamamiento a entrar en relaci—n con Dios, en la persona de aquel que viene a ser la ra'z de todas las promesas de Dios, Abraham, el padre de los creyentes. Dios lo llama, le hace salir de su patria, dejar su familia, mand‡ndole que vaya a un pa's que le mostrar‡. Dios se le revela como el Dios de la promesa, que separa a un pueblo para S' mismo por una esperanza que le da. Es en esta Žpoca que Dios se revela bajo el nombre de Dios Todopoderoso.

DespuŽs de esto Dios toma de entre los descendientes de Abraham, por este mismo principio de la elecci—n, a los hijos de Jacob para que sean Su pueblo aqu' en la tierra, y que sean objeto de todos Sus cuidados terrenales. Del seno de este pueblo ha de venir Cristo segœn la carne. Es en el seno de este pueblo de Israel que ƒl manifiesta todo Su car‡cter como Jehov‡; no es s—lo un Dios de promesa, sino que es un Dios que reune los dos principios de gobierno y de llamamiento, que hab'an sido manifestados sucesivamente en NoŽ y en Abraham. Israel era el pueblo llamado, *separado,* pero separado para bendiciones terrenales y para gozar de la promesa, al mismo tiempo que para ser objeto del ejercicio del gobierno de Dios segœn Su ley.

Tenemos as' el principio se–alado en NoŽ, el del gobierno de la tierra, y el principio se–alado en Abraham, el de su llamamiento y de su elecci—n; y tenemos a Jehov‡ que debe cumplir todo lo que ƒl ha anunciado como Dios de promesa, Çque era, que es y que ha de venirÈ, y gobernar toda la tierra segœn la justicia de Su ley, la justicia revelada en Israel.

Hemos visto que Dios hizo depender el cumplimiento de Sus

promesas, en aquellos tiempos, de la fidelidad del hombre, y que prepar— todas las ocasiones para ponerlo a prueba y manifestar, de manera detallada y como en una ilustraci—n, todos los caracteres bajo los que actuaba para con Žl.

Esto es lo que hizo bajo los sacerdotes, los profetas, los reyes, etc. Ahora deseo especialmente haceros observar que la profec'a nos desarrolla la sucesi—n de estas relaciones de Dios con Israel y

con el hombre, no s—lo como manifestaci—n de la ca'da del hombre, sino principalmente como manifestaci—n de la gloria de Dios.

Cuando Israel transgredi— la ley de todas las formas posibles, incluso en el seno de la familia de David, que fue el œltimo sustento de la naci—n, en aquel momento de fracaso comenz— la profec'a, en todos sus aspectos, y manifestando estos dos rasgos: El primero, la manifestaci—n de la gloria de Cristo, para demostrar que el pueblo hab'a faltado a la ley; el otro, la manifestaci—n de la gloria venidera de Cristo, para que fuera el sustento de la fe de aquellos que deseaban observar la ley, pero que ve'an que todos fracasaban.

Es demasiado tarde para prestar atenci—n a las profec'as cuando ya han sido cumplidas. Aquellos a las que se Žstas se dirig'an deb'an someterse a los profetas mientras profetizaban; la palabra de Dios deb'a hablar a sus conciencias. Y as' es con nosotros. Al mismo tiempo, hab'a predicciones que anunciaban que el Mes'as ser'a enviado, para venir y padecer, a fin de cumplir otras cosas de la mayor importancia.

La profec'a tiene su aplicaci—n propia a la tierra; no se profetiza acerca del cielo; trata de cosas que tienen que acontecer sobre la tierra, y es en esto en lo que la Iglesia ha errado; se ha pensado que iba a ser ella misma el cumplimiento de estas bendiciones terrenales, cuando en realidad es llamada a gozar de bendiciones celestiales. El privilegio de la Iglesia es tener su porci—n en los lugares celestiales, y, m‡s tarde, las bendiciones se extender‡n sobre el pueblo terrenal. La Iglesia es algo totalmente distinto, durante el rechazamiento del pueblo terrenal, que es rechazado a causa de sus pecados, y dispersado entre las naciones, de entre las cuales Dios ha escogido un pueblo para darle a gozar la gloria celestial con el mismo Jesœs. El Se–or, rechazado por el pueblo jud'o, ha venido a ser una persona totalmente celestial. Es esta doctrina la que se halla especialmente en los escritos

de Pablo. No se trata ya del Mes’as de los jud’os, sino de un Cristo exaltado, glorificado, y la Iglesia unida con ﬂ en el cielo; y es debido a no haber comprendido bien esta regocijante verdad, queridos amigos, que la Iglesia se ha debilitado de tal manera.

La iglesia glorificada

Habiendo seguido as’ de manera resumida la historia de estas diversas dispensaciones, nos queda ahora por ver la Iglesia glorificada, pero sin que el Se–or haya hecho dejaci—n de ninguno de Sus derechos sobre la tierra. ﬂ era el heredero; ﬂ iba a derramar aquella sangre que ser’a el precio del rescate de la herencia. Como dijo Booz (cuyo nombre significa Çen ﬂ hay fuerzaÈ), ÇEl mismo d’a que compres las tierras de manos de Noem’, debes tomar tambiŽn a Rut la moabita, mujer del difunto, para que restaures el nombre del muerto sobre su posesi—nÈ. Era necesario que Cristo rescatara a la Iglesia, coheredera por gracia (como Booz, tipo de Cristo, rescat— la herencia al tomar a Rut como mujer), habiendo reca’do en ella la herencia por decreto de Jehov‡.

As’, tenemos a Cristo y la Iglesia teniendo derecho a la herencia, esto es, a todas las cosas que Cristo mismo ha creado como Dios. Pero, Àcu‡l es el estado de la Iglesia en la actualidad? ÀEs que ella ha heredado ya estas cosas? Ni una sola, porque no podemos, hasta que estemos en la gloria, poseer ninguna, excepto el Esp’ritu de la promesa que es Çlas arras de nuestra herencia, hasta la redenci—n de la posesi—n adquiridaÈ. Hasta este momento, Satan‡s es el pr’ncipe de este mundo, el dios de este mundo; incluso acusa a los hijos de Dios en los lugares celestiales, que s—lo ocupa por usurpaci—n (lo cual debe tan s—lo a las pasiones de los hombres, y al poder que ejerce sobre la criatura ca’da y alejada de Dios, aunque, en œltimo tŽrmino, la providencia de Dios haga que todo redunde para el cumplimiento de Sus consejos).

El gobierno es transferido a los gentiles

Ahora, queridos amigos, habiendo considerado los derechos de Cristo y de Su Iglesia, consideremos c—mo Cristo los har‡ valer. Ser‡ precisamente esto lo que nos llevar‡ a ver, en su orden, el cumplimiento de estas cosas al final de todo. S—lo que, al llegar aqu’ (porque hasta ahora s—lo he hablado de los jud’os), debo echar un vistazo a los gentiles.

Hemos visto que cuando la ruina de la naci—n jud’a qued— consumada, Dios transfiri— el derecho del gobierno a los gentiles; pero el gobierno de la tierra qued— entonces separado del

llamamiento y de las promesas de Dios. Hemos visto estas dos cosas reunidas en el pueblo jud'o, el llamamiento de Dios y el gobierno sobre la tierra; pero quedaron distinguidas en el momento en que Israel fue puesto a un lado. Ya hemos visto estos dos principios: el gobierno en NoŽ, y el llamamiento en Abraham. Estos dos principios quedaron reunidos en los jud'os; pero Israel fracas—, y desde entonces dej— de poder manifestar el principio del gobierno de Dios, porque Dios actuaba con justicia en Israel, y por cuanto el Israel injusto no pod'a ya ser el depositario del poder de Dios. Entonces Dios abandon — Su trono terrenal en Israel. Sin embargo, en cuanto al llamamiento terrenal, Israel sigui— siendo el pueblo llamado: Çporque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.È En cuanto al gobierno, Dios puede transferirlo adonde quiera, y lo transfiri— a los gentiles. Hay llamados de entre las naciones, pero es para el cielo. Nunca se transfiere el llamamiento de Dios para la tierra; este llamamiento queda para los jud'os. Si quiero una religi—n terrenal, debo ser jud'o.

En el momento en que la Iglesia pierde su car‡cter celestial, lo pierde todo. ÀQuŽ sucede con las naciones despuŽs que se les asigna el gobierno? Se transforman en ÇbestiasÈ; es con este nombre que se designa a las cuatro monarqu'as. Una vez que el gobierno ha sido transferido a los gentiles, pasan a ser opresoras del pueblo de Dios. Tenemos, en primer lugar, a los babilonios; en segundo lugar, a los medos y a los persas; luego, a los griegos; y finalmente, a los romanos. Ahora bien, esta cuarta monarqu'a consum— su crimen en el mismo momento en que los jud'os consumaron el suyo, al hacerse c—mplice, en la persona de Poncio Pilato, de la voluntad de una naci—n rebelde,

para dar muerte a Aquel que era el Hijo de Dios y el Rey de Israel. El poder gentil est‡ ca'do, como lo est‡ el pueblo llamado, el pueblo jud'o.

Y entre tanto, ÀquŽ sucede? Primero, tiene lugar la salvaci—n de la Iglesia. La iniquidad de Jacob, el crimen de las naciones, el juicio del mundo, el de los jud'os, todo ello pasa a ser la salvaci—n de la Iglesia, que es consumada en la muerte de Jesœs. En segundo lugar, todo lo que ha sucedido desde estos hechos tiene por objeto tan s—lo la reuni —n de los hijos de Dios. Dios muestra en todo ello suma paciencia. Los jud'os, el pueblo llamado, se ha convertido en rebelde, y ha sido echado de la presencia de Dios; las naciones se han vuelto igualmente rebeldes, pero el gobierno sigue en ellas; en estado ca'do, ciertamente, pero siempre est‡ ah' la paciencia de Dios, esperando hasta el fin. Y

luego, ÀquŽ suceder‡?

Que la Iglesia se reunir‡ con el Se–or en los lugares celestiales.

Los acontecimientos despuŽs que la Iglesia sea arrebatada
Supongamos ahora que ha llegado el momento decretado por Dios, y que toda la Iglesia es reunida; ÀquŽ suceder‡ con ella? Que ir‡ de inmediato al encuentro del Se–or, y tendr‡n lugar las bodas del Cordero, siendo la salvaci—n consumada en la misma sede de la gloria, en los lugares celestiales. ÀD—nde estar‡n entonces las naciones? Seguir‡ estando all’ el gobierno de la cuarta monarqu’a; los jud’os se reunir‡n en su estado de rebeli—n, e incluso, en su mayor’a, se someter‡n al Anticristo, para hacer la guerra al Cordero. ÀPor quŽ sucede esto? ÀPor quŽ el Evangelio no ha impedido tal estado de cosas? Porque Satan‡s, hasta este momento, no ha sido nunca expulsado del cielo, y que por consiguiente, todo lo que Dios ha hecho aqu’ abajo para el hombre ha sido arruinado, bien el gobierno de los gentiles, bien la relaci—n presente de los jud’os con Dios; todo ha sido deteriorado por la presencia de Satan‡s, siempre all’, ejerciendo su funesta influencia.

Pero ahora Dios va a intervenir. ÀY quŽ har‡? Desposeer‡ a Satan‡s, ech‡ndolo del poder. Esto es lo que har‡ Jesœs cuando se reuna la Iglesia con ﬂ, y cuando comenzar‡ a actuar para poner todas las cosas en orden.

Queridos amigos, cuando la Iglesia sea recibida por Cristo, habr‡ una batalla en el cielo, para la purificaci—n de la sede celestial del gobierno de estas fecundas fuentes de mal, de estos agentes activos de los males de la humanidad y de toda la creaci—n. El resultado de tal combate es f‡cil de preveer; Satan‡s ser‡ echado del cielo, sin ser aœn atado; pero ser‡ lanzado sobre la tierra, adonde llegar‡ con gran ira, porque sabe que le queda poco tiempo. Desde este momento, el poder quedar‡ establecido en el cielo segœn los prop—sitos de Dios. Pero en la tierra ser‡ distinto, porque, cuando Satan‡s sea echado del cielo, incitar‡ a toda la tierra, y sublevar‡ de manera

particular a la tierra ap—stata rebelada contra el poder de Cristo que viene del cielo. Se dice: ÇPor lo cual alegraos, cielos, y los que mor‡is en ellos. ÁAy de los moradores de la tierra y del mar!...È

As’, los cielos creados ser‡n ocupados por Cristo y Su Iglesia, y Satan‡s

vendr‡ con gran ira sobre la tierra, teniendo poco tiempo. Bajo la influencia del Anticristo, la cuarta monarqu’a pasar‡

a ser la esfera especial en la que se manifestar‡ entonces la actividad de Satan‡s, que unir‡ a los jud’os con este pr’ncipe ap—stata contra el cielo. No entro aqu’ en las pruebas escriturarias: ya hemos hablado de ellas; me limito a recapitular los hechos en el orden de su cumplimiento. Es innecesario a–adir que el resultado de todo esto ser‡ el juicio y la destrucci—n de la cuarta bestia y del Anticristo. Jesucristo destruir‡, en este mismo juicio, el poder de Satan‡s en el gobierno que hemos visto confiado a los gentiles. El Inicuo que ejerce este poder, unido a los jud’os, y habiŽndose instalado en JerusalŽn como el centro de gobierno de la tierra, ser‡ destruido por la venida del Se–or de se–ores y Rey de reyes, y Cristo ocupar‡ de nuevo esta capital de gobierno, que se convertir‡ en la sede del trono de Dios sobre la tierra.

Pero, aunque el Se–or haya descendido a la tierra, y aunque haya sido destruido el poder de Satan‡s, y haya sido establecido el gobierno en manos del Justo, no por ello habr‡ quedado toda la tierra sometida bajo Su cetro. El remanente de los jud’os est‡ liberado, y la bestia y el Anticristo destruidos, pero el mundo, no reconociendo aœn los derechos de Cristo, desear‡ poseer Su heredad; y el Se–or tendr‡ que despejar el terreno para que los moradores de la tierra gocen las bendiciones de Su reinado sin perturbaciones ni estorbos, y para que en este mundo, tanto tiempo sometido al Enemigo, sean establecidos el gozo y la gloria.

Lo primero que har‡ el Se–or ser‡ purificar Su tierra (el pa’s que pertenece a los jud’os) de los tirios, filisteos, sidonios, de Edom, Moab, Am—n, en resumen, de todo lo que se encuentra entre el ƒufrates y el Nilo. Esto ser‡ hecho por el poder de Cristo en favor de Su pueblo restaurado por Su bondad. Tenemos entonces al pueblo morando en seguridad; luego, todo el resto de Israel ser‡

recogido de entre las naciones. Cuando el pueblo estŽ as’ recogido en paz plena, vendr‡ otro enemigo: Gog; pero s—lo vendr‡ para su perdici—n.

Creo que habr‡, dentro de este tiempo, probablemente al comienzo de este per’odo, aparte de los juicios pœblicos, una manifestaci—n m‡s serena, m‡s ’ntima, del Se–or Jesœs a los jud’os. Esto es lo que tendr‡ lugar cuando descender‡ sobre el monte de los Olivos, donde Sus pies se afirmar‡n sobre el monte, siguiendo la expresi—n de Zacar’as 14:3, 4. Es siempre el mismo Jesœs; pero se revelar‡ apaciblemente, y se les

mostrar‡ no en Su car‡cter de Cristo del cielo, sino como el Mes’as de los jud’os.

Una vez haya tenido lugar la restauraci—n de los jud’os y la manifestaci—n del Se–or, vendr‡

tambiŽn bendici—n para los gentiles. La Iglesia habr‡ recibido bendici—n, habr‡ dejado de existir la

apostas’a de la cuarta monarqu’a, el Inicuo habr‡ sido destruido, lo mismo que los israelitas infieles; en resumen, el pa’s de los jud’os gozar‡ de paz.

Pero despuŽs habr‡ el mundo venidero, preparado e introducido por medio de estos juicios y por la presencia del Se–or, en lugar de la presencia del mal y del Maligno. Los que habr‡n visto la manifestaci—n de esta gloria en JerusalŽn saldr‡n a anunciar su venida a las naciones. ƒstas se someter‡n a Cristo; reconocer‡n a los jud’os como el pueblo bendito de Cristo, los llevar‡n a su pa’s, y vendr‡n a ser ellas mismas el escenario de una gloria que, con centro en JerusalŽn, se extender‡ en bendici—n por todo lugar donde la raza humana podr‡ gozar de sus efectos. Al haberse extendido por todo lugar el testimonio de esta gloria, los corazones, llenos de buena voluntad, se someter‡n a los consejos y a la gloria de Dios, respondiendo a este testimonio.

Cumplidas todas las promesas de Dios, y habiendo quedado establecido el trono de Jehov‡ en JerusalŽn, este trono vendr‡ a ser la fuente de bienaventuranza para toda la tierra; la restauraci—n de los jud’os ser‡ para el mundo como vida de entre los muertos.

Queda una cosa por a–adir, y es que en esta Žpoca Satan‡s quedar‡ atado, y que, consiguientemente, la bendici—n ser‡ sin interrupci—n, hasta que sea Çdesatado por un poco de tiempoÈ. En lugar de la presencia del Adversario en las alturas, en lugar de su gobierno, que est‡

ahora en el aire, en lugar de la confusi—n y de la desgracia que produce ahora hasta donde se le permite, estar‡n ah’ Cristo y los Suyos, como fuente y medio de bendiciones siempre renovadas.

El gobierno en los lugares celestiales vendr‡ a ser la garant’a, y no el estorbo o el instrumento a rega–adientes, de los beneficios de Dios. La Iglesia glorificada, testimonio para todos, por su mismo estado, de la

magnitud del amor del Padre, y de aquella fidelidad que cumple todas Sus promesas y que m‡s que colmar‡ las esperanzas de nuestros dŽbiles corazones, llenar‡ con su gozo los lugares celestiales, y en su servici— constituir‡ la dicha del mundo, para el que ser‡

instrumento de las gracias de las que gozar‡ su coraz—n. As’ ser‡ la JerusalŽn celestial, testimonio en gloria de la gracia que la habr‡ puesto tan en alto. De en medio de ella brotar‡ el r’o de vida en el que se encuentra el ‡rbol de la vida, cuyas hojas son para la sanidad de las naciones; porque, en la misma gloria, la Iglesia mantendr‡ este dulce car‡cter de gracia. Al mismo tiempo, y sobre la tierra, la JerusalŽn terrenal ser‡ el centro del gobierno y del reino de la justicia de Jehov‡. Al ser testimonio, por su posici—n y gloria aqu’ en la tierra, de la fidelidad de Jehov‡ su Dios, como lo ha sido, en sus desdichas, de Su justicia, pasar‡ a ser, como sede de Su trono, el centro del ejercicio de esta justicia. ÇLa naci—n o el reino que no te sirviere, perecer‡È (Is 60:12). En efecto, dentro de este estado de gloria terrenal, aunque situada en Žl por el nuevo pacto, esta ciudad conservar‡ aœn su car‡cter normal, para que pueda ser testigo del car‡cter de Jehov‡, como la Iglesia lo es del car‡cter del Padre. Dios manifestar‡ el pleno significado de Su nombre de ÇDios Alt’simo, poseedor de los cielos y de la tierraÈ; y Cristo cumplir‡, en su plenitud, las funciones de Sacerdote segœn el orden de Melquisedec, quien, despuŽs de la victoria lograda sobre los enemigos

del pueblo de Dios, bendecir‡ a Dios en nombre del pueblo, y al pueblo de parte de Dios (vŽase Gn 14:18 y ss.).

Conclusi—n

Queridos amigos, comprenderŽis que hay una multitud de detalles que no he tocado; por ejemplo, las circunstancias de los jud’os que ser‡n perseguidos en Judea. Hay pasajes que nos ense–an acerca de ello. Pero este bosquejo general os llevar‡ a considerar por vosotros mismos la Palabra de Dios acerca de todo este tema. Por lo que a m’ respecta, le doy la mayor importancia a los grandes rasgos de la profec’a, y la raz—n es Žsta: Como ya he dicho, existe, por una parte, la distinci—n de las dispensaciones, que se hacen sumamente claras bajo la consideraci—n de estas verdades; por otra parte, se desvela plenamente mediante ellas el car‡cter de Dios. Con todo, nada hay que impida estudiar la profec’a hasta en sus m‡s m’nimos detalles. Si intentamos examinar las obras humanas de esta manera,

encontraremos una multitud de imperfecciones; pero es al contrario con las obras de Dios; cuanto m‡s se entra en sus m‡s peque–os detalles, tanta m‡s perfecci—n se ve.

Quiera Dios perfeccionar en nosotros, y en todos Sus hijos, esta separaci—n del mundo que debe ser, delante de Dios, el fruto de la esperanza expectante de la Iglesia, al tener a la vista estas bendiciones celestiales, y tambiŽn los terribles juicios que caer‡n sobre todo aquello que ata al hombre a este mundo. Porque el juicio caer‡ sobre todos estos objetos terrenales. ÁQue Dios perfeccione tambiŽn los deseos de mi coraz—n, y el testimonio del Esp’ritu Santo!

DE LA IGLESIA

por John N. Darby

La Iglesia de Dios:

ÀCu‡l fue su origen?

Àcu‡l es su naturaleza, y cu‡l su destino?

ÀQuŽ prop—sitos tiene Dios para con ella?

ÀCu‡l es su relaci—n o distinci—n con Israel?

ÀQuŽ hay de la Segunda Venida de Cristo?

ÀQuŽ es la Primera Resurrecci—n?

Estos y otros temas son tratados con profundidad y esmero en la serie de conferencias que fueron pronunciadas por John N. Darby en 1840, hace pues ya casi 160 a–os, en la ciudad de Ginebra.

Las conferencias tuvieron un enorme impacto, y el libro producto de las mismas hizo Žpoca, dirigiendo los pensamientos de muchos creyentes a las ense–anzas de la Escritura acerca de la verdadera naturaleza y vocaci—n de la Iglesia, y su esperanza. Por fin la lengua castellana tiene a su disposici—n esta obra fundamental para la ense–anza de la esperanza verdadera de la Iglesia.